

# Príncipe de Viana

---

2013

Año LXXIV Núm. 257



SEPARATA

**El topónimo y la lengua del castillo de Javier**

**Gabriel M.<sup>a</sup> Verd Conradi S. J.**

# PRÍNCIPE DE VIANA

## SUMARIO

### ARTE

**Fernando R. Bartolomé García / Laura Calvo García**

El pintor navarro Juan Ochoa de Arín (1600-1652) y su producción en Gipuzkoa ..... 7

**Francisco Javier Zubiaur Carreño**

Labor e incremento del Museo de Navarra (1999-2002). I. Fondos, difusión y funcionamiento ..... 25

**Raúl del Toro Sola**

Miguel Echeveste Arrieta y la Escuela de Organistas de Navarra (1927-1957) .... 51

### HISTORIA

**Serafín Olcoz Yanguas**

Pedro Tizón: una primera aproximación al estudio de un noble caballero del siglo XII ..... 73

**Juan Carrasco Pérez**

Notariado y Hacienda Pública en el reino de Navarra. El devengo de los sellos del rey (1294-1414) ..... 111

**Víctor Pastor Abáigar**

Notas del vecindario de Los Arcos en la Baja Edad Media: laicos y cabildo parroquial, presencia de judíos y organización municipal. Introducción: fuentes documentales ..... 193

**Pierre Force / Álvaro Adot Lerga / Pierre Dufourcq**

Nuevas villas e inmigración en la Navarra medieval. El Fuero fundacional de La Bastide Clairence (1312) ..... 237

**Jaime Ignacio del Burgo Tajadura**

El carlismo y su agónico final ..... 281

**Victor Manuel Arbeloa Muru**

Una estadística diocesana sobre el vascuence en Navarra (1935) ..... 301

### FILOLOGÍA

**Gabriel M.<sup>a</sup> Verd Conradi S. J.**

El topónimo y la lengua del castillo de Javier ..... 313

**Carmen Llamas Saíz**

Partículas y funciones de marcación discursiva en el *Vocabulario navarro* ..... 377



# El topónimo y la lengua del castillo de Javier

GABRIEL MARÍA VERD CONRADI, S. J.\*

Este estudio responde a dos propósitos: procurar hacer luz sobre el topónimo de Javier y exponer la lengua que se hablaba habitualmente en el territorio del castillo y la villa de Javier en 1506, el año del nacimiento del gran apóstol de Oriente. Aunque en realidad el segundo estudio es más amplio de lo dicho, pues empieza desde la Antigüedad. Pronto se vio que la toponimia y la lengua eran dos asuntos que estaban estrechamente relacionados, ya que la lengua hablada comúnmente en dicha región durante la Edad Media había influido en la conformación del topónimo. También se vio que el topónimo y la lengua dependían paralelamente de su relación con el territorio aragonés. Muchas veces los argumentos eran los mismos y, aunque los dos asuntos se pueden exponer por separado, un tratamiento conjunto los clarifica mutuamente.

## EL TOPÓNIMO JAVIER Y SU DOMINIO LINGÜÍSTICO

Empecemos por el topónimo *Javier*<sup>1</sup>, que, bajo distintas formas, es un nombre de lugar que se encuentra en muchos sitios. En Aragón bajo la forma de *Javierre* principalmente, de lo que daré cuenta más adelante. Centrémonos ahora en las grafías medievales.

\* Licenciado en Teología, licenciado en Filosofía y Letras. Facultad de Teología de Granada.

<sup>1</sup> Sobre este topónimo el estudio fundamental es el de Menéndez Pidal, 1948 (reeditado con algún añadido en 1968, pp. 233-250), aunque ya trató sobre él en su artículo de 1918. El artículo de Uriarte, 1902, merece recordarse y tiene valor como pionero, pues aún tiene que defenderse de que la equiparación que hace entre los nombres de *Javier* y *Echaberrí* pudiera parecer ridícula y extravagante. (En la p. 506, nota 2, se pueden ver las etimologías que corrían entonces. Y Menéndez Pidal, 1918, p. 227 [1968, p. 11], cita a lingüistas que se oponían en 1909 y 1912 a esta etimología). Acierta, pues, Uriarte en lo fundamental, aunque en 1902 no se le podían pedir precisiones (por ejemplo sobre el valor de los grafemas *x/ch*) que la ciencia lingüística no había elaborado. Y su colección de grafías medievales completa otras, aunque sean posteriores.

## Grañas del castillo de Javier

Transcribo las grañas que he encontrado en la documentación de la casa de Javier, según la recopilación de documentos del P. Escalada: *Essabier*, *Exabierr*, *Exavierr*, *Issabierr*, *Issavierr*, *Xavier*, *Xauier*, *Xabier*, *Xabierr*, *Sabier*, *Savierr*, *Jabier*, *Javier*. La más antigua, de 1217, dice así precisamente: «Xavier»<sup>2</sup>.

Las que recoge Menéndez Pidal sobre el castillo son: «*Escabierre* en 948, *Exaberre*, *Exavierre* en 1093; *Isavier*, *Savier*, *Xavier* y *Javier* en el siglo XIII»<sup>3</sup>. Destaco el *Javier* con *J* del siglo XIII, que ya examinaremos.

Las grañas medievales del castillo que proporciona Belasko son: *Exauierre* (1091), *Issauier* (1237), *Saverri* y *Xauerri* (1086, 1137, 1171), *Sabier* y *Iabier* (1102) *Xauierri* y *Xavierr* (1366)<sup>4</sup>.

El P. Uriarte menciona las siguientes grañas del castillo del santo, empezando por el *Castiello de Isavier* (1236), *Exavierr*, *Exabierr*, *Exabier*, *Exavier*, *Exavierr*, *Xavier*<sup>5</sup>. Señalo una que se aparta de todas las anteriores, por la *ch*: «río de *chavierr*», «Señor de *Chabierr*», dicho de Miguel de Javier, hermano mayor del gran misionero<sup>6</sup>. Después volveré sobre esta graña.

En un documento producido a distancia de Javier se le llama a este, en 1325, con el extraño nombre de *chiuerre prope sangossam*, mientras que otro testigo le llama *Saiuel*<sup>7</sup>. Habría que achacar a la lejanía la torpeza de estas grañas, que veremos.

Es de notar que todas estas grañas, menos las dos últimas, bárbaras, y una de las de Menéndez Pidal, muestran diptongo para nombrar el castillo de Javier.

Consta, por último, que en el siglo XIII a la villa<sup>8</sup> se le añadía un sobrenombre, quedando en *Xavier de cabo Lerda*. El hecho tiene un significado importante, que será tratado en su momento.

<sup>2</sup> Escalada, *Documentos*, doc. n.º III (ed. 2001, p. 204). Véase también Moreno Escribano, 1969, pp. 6, 8.

<sup>3</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 227 (1968, p. 11).

<sup>4</sup> Belasko, 1996, p. 251 (*idem*, 1999, p. 259). *Nomenclátor*, 1990, p. 182.

<sup>5</sup> Uriarte, 1902, p. 514.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 512, nota 7.

<sup>7</sup> Recondo, 1957, pp. 294-295.

<sup>8</sup> Oficialmente es villa, no ciudad, ni concejo, lugar, etc. (*Nomenclátor*, 2009, p. 50). Está documentada al menos desde 1217 (Escalada, *Documentos*, doc. n.º III [2001, p. 204]: «*Savierr*, *meum castellum et villam*»). Sobre la villa de Javier hay pocas descripciones. Arteta, 1952, la describe como era en ese año, y da los datos demográficos que constan sobre ella durante la Edad Media, con una población muy escasa, fuera de la del castillo (pp. 103-104). A mitad del siglo XIX tenía 17 casas, 17 vecinos y 98 almas (según Madoz, 1846, XVI, p. 425). A mediados del siglo XX el municipio de Javier tenía 354 habitantes, contando con sus dos anejos. El pueblo mismo tenía 238 habitantes, a los que había que sumar los de estos anejos, que estaban en dos enclaves aparte: *Peña*, sobre una loma, o *Monte de Peña*, entonces con 70 habitantes, y *Torre de Peña* con 46 habitantes (*Dicc. Geogr. de España*, XI p. 247). En 2008 Javier contaba con 97 habitantes y Torre de Peña con 15 habitantes en tres caseríos (*Nomenclátor*, 2009, p. 50), mientras que Peña se había convertido en un despoblado. Sobre Peña a mediados del XIX, véase Madoz, 846, XII, p. 773. En lo alto de Peña, había un castillo, del que queda una torre de planta cuadrada. Sobre su descripción y su historia, Martinena, 2008, pp. 220-221. Fotos de Peña con sus edificios vacíos se pueden encontrar en internet, y también en Martinena (*ibid.*); y López de Aberasturi y Pérez Simón, 2007, p. 39, los cuales piensan que Peña fue «un conjunto urbano con muralla que se remonta al inicio de la Reconquista y que probablemente formaba parte del mismo tipo de fortificaciones al que pertenecía el Castellar». En la p. 58 (y 40) muestra su localización, formando parte de los castillos de frontera.

### Grañas de otros Javier(re)

El P. Uriarte (1902) recoge en su artículo como apellidos *Exavier* 1120 Mendavia, *Exaverre* 1131 Calatayud, *Xavierr* 1125 Jaca, *Exabierre* 1111, «Domna Leguntia *Esceberriensis*» 1051, que supone un *Esceberri*. Como topónimos, *Exavierre Latri* 1061 (hoy *Javierrelatre*, Huesca), *Exabierri Martez* 971 (hoy *Javierremartes*, Huesca), *Exavierre Gayo* 867 y *Scaberrigayo* sin año. (ambos *Javierregay*, Huesca), *Scaberri* (del valle de Hecho, Huesca), *Scaberri* 948 (un *Javierre* sin identificar), *Eyssavier*. Hay que notar (por la segunda *a*) esta grafía: *Essavarri* 1025.

Menéndez Pidal en *Orígenes* (1950) presenta otras grafías antiguas<sup>9</sup>, sobre todo en Aragón: *Scauierr* 1036, *Szauierrelatre* 1066 y *Exabirri latere* (ambos *Javierrelatre*, Huesca), *Scauierr* 1036, *Escabierri* 1040, *Exauierre* 1055, *Exauiri* 1015 Leire, *Exauirr* 1151, *Xauierre* 1081, *Scaberri* 1059. Y en otros escritos añade estas grafías con sus años: *Escaberri* 1081, *Escabier* 1040, *Scavir ad latere* 1058 y *Scabierr alatre* 1062 (de nuevo *Javierrelatre*), *Sciaberraça*, *Scaberraca* 1066, *Exabirri* 1061, *Exauerre* 1092 y 1093<sup>10</sup>.

Alvar en sus estudios sobre el navarro-aragonés<sup>11</sup> menciona *Exarri* (s.a.), *Exauerre* 1092 y 1093, *Exauer* 1118, *Exauier* 1215 y 1245, *Scauierr* 1036, *Escabierri* 1040, *Scauirr Alatre* 1062 y *Sçauerrilatre* 1066 (ambos *Javierrelatre*, Huesca), *Scabierri*, *Escaberri* 1081, *Xauierre* 1120?, *Exauierre* 1055, *Esauier* 1120, *Exauarre* 1091, *Xabier* 1097, *Exaujerre*.

Irigoyen<sup>12</sup> enumera trece lugares de este nombre (*Javierre* o *Javier*) en Huesca, a veces con sus nombres medievales, como: *Exiuerre*, *Exauerre*, *Xauierre*. Documenta *Javierremartes* como «*Exaberri amartz* [o sea, *ad Martes*, «junto al pueblo de Martes»], *Scaberri*, *Xauerre Martes*». Con estas últimas se han acrecentado las variadas grafías medievales que hemos encontrado de este lugar, hoy despoblado. Los *Javierre* de Huesca, actuales y medievales, los detallaré después.

### Otros topónimos modernos que se apartan de los anteriores

Seguimos con Irigoyen<sup>13</sup>, que recoge los siguientes topónimos con *a* en la segunda sílaba en lugar de *e* o de diptongo, todos en Huesca: *Jabarrella* (pero en el siglo XIII como *Xauerrella*, *Xaberriella*, *Xabarriella*), *Javarraz* (dos en Jaca; en el siglo XIV, *Xaberraça*), *Jabarraz* (en Jaca) *Jabarrillo* (dos en Loscorrales y Loarre), *Jabarret*. Con la misma *a* se puede añadir el *Exauarre* 1091, que acaba de darnos Alvar. Añade Irigoyen *Chavierrella* (Loarre, Huesca) y *Chavarria* (Barbastro, Huesca), ambos con *ch*. Después los analizaremos.

Por último menciona a *Juivierre* (Castejón de los Monegros, Huesca), hoy un despoblado, documentado desde el siglo XIII como *Chuivierre* o *Xubierre*. Y recuerda que hay un *Juverri* en Andorra (sin diptongar, como catalán).

<sup>9</sup> Se pueden localizar por el índice alfabético de su obra.

<sup>10</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 228 (1968, pp. 12-13). En su artículo de 1948 no aparecen grafías medievales nuevas.

<sup>11</sup> Alvar, 1973. Su obra se titula *Estudios sobre el dialecto aragonés*, pero es sobre el navarro-aragonés (ver pp. 13-17, con el mapa). Para la localización de los términos, ver el índice de palabras.

<sup>12</sup> Irigoyen, 1986, pp. 195-196.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 196-197.

Aunque también se usa la grafía *Juverri*, la forma oficial de este pueblo andorrano es *Juberri*. ¿Tenemos en *Juvierre* y *Juberri* una deformación de *Javierre*? Alguno lo defienden (como se puede ver en internet), pero Irigoyen lo trata en un párrafo distinto. Actualmente, además de un topónimo, es un apellido, mayormente como *Jubierre*<sup>14</sup>.

En el valle de Lónguida (Navarra) tenemos actualmente *Juverri*. No está diptongado y mantiene la *i* final, aunque empieza con *J*. En la documentación medieval aparece como *Echauerri* 1591, *Exauerri* ?, *Exssavier* 1268, *Saverri* 1086, *Xavier* 1280<sup>15</sup>. O sea, con sonido *-x* en todos los casos menos en el primero, que tiene *-ch*; y con diptongo en dos de los seis testimonios antiguos. Podía haber evolucionado a *Javier* según estas grafías, pero terminó en un híbrido: con *J-* (por la *x* medieval), con un diptongo fluctuante, que al final se perdió, y manteniendo siempre la *-i* final vasca. Seguramente esta forma híbrida, o a medio evolucionar, se debió a su entorno. Pues geográficamente está aparte de la zona de los *Javier(re)*.

### La grafía y la fonética de estos topónimos

A partir de ahora nos vamos a encontrar con rasgos fonéticos vascos junto con otros romances. ¿De qué romance se trata? Al final del proceso nos encontraremos en un ámbito castellano hablante, que en Navarra se puede dar como consumado a fines del siglo XV<sup>16</sup>, pero estos textos son bastante anteriores. Se puede decir, simplificando, que se trata del romance navarro-aragonés, puesto que ambos dialectos son muy parecidos, de tal modo que tradicionalmente se estudiaban como uno solo. Sin embargo, adelantando los datos con los que nos vamos a encontrar, podemos decir que se trata propiamente del pirenaico-aragonés. Y tanto en lo vasco como en lo románico.

Al decir vasco me refiero aquí a una lengua que se extendía a lo largo de los Pirineos hasta el Mediterráneo, afín al vasco, si no estrictamente vasca, que Menéndez Pidal llama ibérico y otros, cautamente, lengua prerromana. Pues bien, en cuanto a este vasco o vascoide, se trata, como vamos a ver, de una antigua forma dialectal oriental que se extendía por el Pirineo y Aragón, frente a la forma occidental que abarcaba grosso modo las Vascongadas y la mayor parte de Navarra.

Y digo aragonés en cuanto al romance, porque, aunque se admita la existencia de un romance navarro autóctono (lo veremos con detenimiento), la zona de Navarra colindante con Aragón –tal el caso de Javier–, que, en la raya entre los dos reinos, pasaba al dominio de uno a otro, hablaba la misma lengua que sus vecinos aragoneses. Lo dice Jimeno Jurío, que es de tendencia filovasca: en Leyre, el Romanzado, el Almiradío, Yesa, Sangüesa, Cáseda y

<sup>14</sup> Irigoyen no nos dice exactamente el estatuto de algunos de estos topónimos. Hay que notar que no todos ellos son poblaciones, y que hay poblaciones que se han despoblado, como el *Jubierre* oscense, del que solo queda la ermita. Otros son anejos, como *Jabarrillo*, que lo es de Loarre. Además hay que tener en cuenta en las búsquedas (por ejemplo en internet) que, por aragonésismo, se alternan las grafías de *j/x/ch* y *blv*, como en *Jubierre/Juvierre/Chubierre*, *Jabarrella/Javarrella/Xabarrella*, etc. Esto se tratará después más detenidamente.

<sup>15</sup> Belasko, 1996, p. 250 (*idem*, 1999, p. 258).

<sup>16</sup> González Ollé, 1970b, pp. 82-84, 93.

Aibar, «penetró en fechas tempranas una corriente romanizante», por lo que «en estas localidades la lengua familiar y de relación vecinal era el romance de influencia aragonesa»<sup>17</sup>. Y también, el principal especialista del romance navarro, González Ollé: «El romance del este navarro y el del oeste aragonés tuvieron que constituir necesariamente, en sus orígenes, una misma modalidad idiomática»<sup>18</sup>. Y en verdad que se trata de «sus orígenes», como vamos a ver, y porque el origen romance de la zona circunjaveriana algunos lo ponen en los mismos comienzos de la Edad Media, cuando Aragón estaba primero mucho más latinizado y después mucho más romanceado que Navarra. Aunque hay que tener en cuenta que el aragonés distaba de la unidad lingüística y que estaba y está muy dialectalizado. Así, veremos que un mismo sonido que afecta a Javier, el representado con la letra *x*, tras una época de concordancia, tuvo después evoluciones distintas.

Ahora bien, lo vasco y lo románico no estaban separados sino entrelazados en la zona pirenaica. Menéndez Pidal nos hablará de topónimos vascos modificados por hablantes latino-romances. Alvar nos dice que el «léxico [de los documentos aragoneses] aparece empedrado de elementos vascos»<sup>19</sup> y de voces ibéricas<sup>20</sup>.

1) *La prepalatal*. Primero hay que decir que la mayoría de las grafías anteriores, aunque parezcan bastante distintas, se pueden unificar fácilmente, pues el sonido prepalatal fricativo sordo, /š/, o *sh* inglesa, se representaba de distintas maneras, a saber, con *x* principalmente porque era etimológica<sup>21</sup>, con *sc*, *ss*, *s*, y con otras combinaciones, como *isc*, *sç*, *sz*, *xc*, etc.<sup>22</sup>. La grafía con *sc*, que es la que más nos puede extrañar, tenía valor de *x* (como en *Scimeno* por *Ximeno*), o sea, de prepalatal fricativa sorda<sup>23</sup>.

De modo que *Exavier*, *Escavier*, *Essavier*, *Exssavier*, *Esavier*, todos eran fonéticamente lo mismo, siendo el prototipo *Exavier*. Lo mismo se diga de *Xavier*, *Scavier*, *Savier*, *Szavier*, con *Xavier* como la grafía normalizada. Tampoco variaban fonéticamente con *iy*, que era un mero refuerzo ortográfico del dígrafo consonante, como en *E-yss-avier* (= *E-x-avier*) o en *Sci-aberraça* (= *X-aberraça*, también escrito *Scaberraca*).

Hemos encontrado dos grafías con *Ia-* y con *Ja-* en la Edad Media, el *Iabier* de 1102 y el *Javier* del siglo XIII. Estas grafías significarán otra cosa en tiempos posteriores, pues el *Javier* medieval todavía no representaba la jota española actual. Con la *i* y la *j* se representaba en la Edad Media una prepalatal sonora<sup>24</sup> y no es probable que la prepalatal fricativa sorda de la *x* /š/ pasara a ser sonora para volver a ser sorda. Como se trata solamente de dos grafías anómalas entre

<sup>17</sup> Jimeno Jurío, 1997, p. 88.

<sup>18</sup> González Ollé, 1970b, pp. 72, 92-93.

<sup>19</sup> Alvar, 1953, p. 45.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 302-307.

<sup>21</sup> Menéndez Pidal, 1950, p. 55: «La evolución del latín *x* > š trajo la grafía *x*».

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 55-57; Alvar, 1953, pp. 34-35, y en 1973, pp. 31-33, señala aún más grafemas de este fonema, pero solo he señalado los que han aparecido en nuestro nombre.

<sup>23</sup> Menéndez Pidal, 1918, pp. 227-228; *idem*, 1948, p. 2 (1968, pp. 11-12; 237); Alvar, 1973, I, p. 32.

<sup>24</sup> La prepalatal fricativa sonora, /ž/ o *j* francesa, y, como alófono, la correspondiente prepalatal africana sonora, /ǰ/ o *j* inglesa: Menéndez Pidal, 1950, pp. 49, 58-59; Lapesa, 1980, pp. 206, 377; Alvar, 1953, pp. 28, 36.

las muchas normales de *x* y sus derivados, lo más probable es que se trata de una incorrección ortográfica de *i* por *x*, de lo que hay testimonios. El primer testimonio estaría en estos *Iabier/Javier* de los siglos XII y XIII, cohabitando entonces con los habituales *Xavier*, pero, aunque es una confusión rara, hay más ejemplos de ella, como *Rechexo* y *Requeio*, por Requejo, en un mismo documento del siglo XII (1127)<sup>25</sup>. Pues la grafía confundía «muchos sonidos sordos con sus sonoros correspondientes; la sonoridad o sordez le preocupaba menos [al escriba] que el punto de articulación», dice Menéndez Pidal<sup>26</sup>.

Las grafías con *ch* son muy raras refiriéndose al castillo del santo. En un mismo documento de 1325, hemos encontrado *chiuerre prope sangossam* junto a la grafía *saiuel*, dos grafías que pueden ser consideradas bárbaras, aparte de contradictorias, pues la segunda equivale por la consonante inicial (*s*) a una *x*, según los grafemas vistos. Aparte de que proceden de lejos del castillo de Javier<sup>27</sup>, de gente sin un conocimiento preciso de su nombre y pronunciación.

Por otra parte, en unas capitulaciones escritas en Fuenterrabía en 1524, entre el condestable de Castilla y un primo de san Francisco Javier (Valentín de Jassu), se le llama al hermano del santo (Miguel de Xavier) con el nombre de *Señor de Chabierr*<sup>28</sup>. Pero la escritura dependía del escribano, y las capitulaciones se escribieron en Fuenterrabía, en la zona del dialecto vasco occidental con *ch* en lugar de *x* (como vamos a ver). En un documento de Sangüesa de 1521 se dice *el castilaz de chabier*, pero dos líneas después *el castillo viejo de xabierr*<sup>29</sup>. Está claro que la grafía normal, la segunda, debilita el valor de la primera.

De modo que estas muy pocas grafías vasco-navarras con *ch* para nuestro castillo se pueden entender como torpezas ortográficas o como pronunciaciones occidentalizadas, que veremos, de su nombre. Otra cosa es el otro topónimo *Chavier*<sup>30</sup> de la misma Navarra, que sí responde por la africada al dialecto occidental, aunque con un aspecto híbrido por el diptongo y la apócope, hibridismo que no aparece en las formas comunes del apellido *Chaverri* ni en el más usual de *Chavarri*.

Sobre las formas pirenaico-aragonesas con *x/ch* trataré después.

2) *El diptongo*. Es muy importante, porque supone una transformación fonética romance, no vasca. La diptongación se dio tanto en el castellano como en el navarro-aragonés. Pues bien, las grafías del castillo de Javier aparecen treinta y tres veces con diptongo, frente a tres sin diptongo (dos de ellas bárbaras), y me refiero a las grafías diferenciadas, pues las ocurrencias de estas grafías tienen que ser más numerosas. La más antigua de estas referencias al castillo dice *Escabierre*, del 948<sup>31</sup>, en el primer milenio y ya con diptongo. La forma más antigua de este nombre en esta documentación sería *Exavierre*

<sup>25</sup> Lapesa, 2004, p. 549.

<sup>26</sup> Menéndez Pidal, 1950, p. 68.

<sup>27</sup> Recondo, 1957, pp. 294-295.

<sup>28</sup> Uriarte, 1902, p. 512, nota 7.

<sup>29</sup> Recondo, 1957, p. 266.

<sup>30</sup> Belasko, 2004, p. 64: «antiguos despoblados como *Chavier*», «*Chavier* de Caparroso» (p. 65). Aunque poco frecuente, *Chavier* también es un apellido (como en Antonio Chavier, que recopiló los Fueros de Navarra en 1686).

<sup>31</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 227 (1968, p. 11).



*Gayo* en el 867<sup>32</sup>, nada menos que del siglo IX y ya con diptongación. Como vemos, nos movemos en la Alta Edad Media.

En la segunda parte de este estudio intentaremos valorar la antigüedad de estos topónimos. Lapesa se funda en la comparación con el catalán: «Los diptongos *liél* de *Javierre*, *Lumbierre*, *Belsierre* y *luál*, *luél* de *Lascuarre*, *Ligüerre* prueban que *b e r r i*, *g o r r i* y *e r r i*, existían en ellos cuando *p ě t r a* dio *piedra* y *b õ n u*, *buano*, *bueno*. El contraste entre estos topónimos aragoneses y los catalanes *Esterra*, *Algerri*, que no diptongan, demuestra que unos y otros son anteriores a la diferenciación de los romances aragonés y catalán»<sup>33</sup>. Anteriores desde luego al año 867 del ya visto *Exavierre Gayo*. Y, según Menéndez Pidal, de hacia los siglos VI-VII<sup>34</sup>.

En Castilla se dio en algunos nombres un doble proceso, primero de diptongación y luego de monoptongación: *ie* > *i* (*priesa* > *prisa*, *aviespa* > *avispa*, *Enneco* > *Yénego* > *Ínigo*<sup>35</sup>), sobre todo ante *ll* (como en *castellum* > *castiello* > *castillo*). En aragonés la monoptongación, sobre todo ante *ll*, es escasa y poco clara, aunque abunda en la toponimia moderna del Alto Aragón, incluso en la toponimia medieval, se supone que por influjo castellano<sup>36</sup>. Ahora bien, hay grafías de Javier, ya vistas, con monoptongaciones, al menos gráficas, como las de *Scavir* 1058 y *Scauirr* 1062 –o sea, *Xavir*–, *Exauirr* 1151, *Exauiri* 1015, *Exabirri* 1061 (procedentes de *Exabierre*). Sin embargo, para Alvar «el adjetivo prerromano *berri* diptonga como es sabido, y la representación de su diptongo se hace por una *i*: *scavir ad latere* (1058), *exabirri lateri* (1061) ‘Javierrelatre’»<sup>37</sup>. Extraña que no cite aquí las otras grafías con *ie*, tan abundantes en nuestro nombre, lo que hace excepcionales las anteriores. Pero Menéndez Pidal, que conoce esa grafía de *i* para indicar el diptongo en escribas inexpertos<sup>38</sup>, después de copiar de «los diplomas aragoneses viejos» precisamente algunas grafías en *-ir* de Javier de las reseñadas antes, piensa que «no es de creer que en todos estos casos análogos se trate de la falsa grafía del diptongo *ie*»<sup>39</sup>. Pudo darse una monoptongación, aunque no prosperara según los *Javierre* modernos. Quizás porque en aragonés era un fenómeno extraño.

3) *Afèresis y síncope*. La primera escritura conocida con ambas modificaciones, es decir, como *Xavier*, sería *Scabierr alatre* de 1062<sup>40</sup>.

<sup>32</sup> Uriarte, 1902, p. 507; Recondo, 1957, p. 277. Se trata del pueblo actual *Javierregay*, de Huesca.

<sup>33</sup> Lapesa, 1980, p. 33, nota 17. (Y en Lapesa, 1968, p. 23, nota 1).

<sup>34</sup> Menéndez Pidal, 1950, mapa desplegable junto a la p. 464.

<sup>35</sup> Sobre el *Ínigo* monoptongado, Verd, 1974, p. 258, § 296 (en Navarra); pp. 261-262, § 306-307 (en Castilla).

<sup>36</sup> Menéndez Pidal, 1950, pp. 155-157, sobre la monoptongación en aragonés. De la toponimia moderna baste citar *Uncastillo* (Zaragoza), medievalmente *Unukastiellu* (*ibid.*, p. 147). Menéndez Pidal (*ibid.*, p. 156) piensa que la reducción a *-ill* no es indígena, sino una castellanización, pero Alvar, 1953, p. 150, dice que «la reducción *ie* > *i* se daba ya en topónimos que citan estos mismos textos [con diptongación, como *amariella*]: *Cortillas* (1471), *Castillo* (1503), *Guasillo* (*ibid.*)». De todos modos, los textos son tardíos, cuando el influjo castellano estaba avanzado, y su influencia tenía que sentirse antes en los nombres oficiales de lugar que en el lenguaje común.

<sup>37</sup> Alvar, 1953, p. 27.

<sup>38</sup> Menéndez Pidal, 1950, pp. 46-47.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 156-157.

<sup>40</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 228 (1968, p. 12). Se trata de *Javierrelatre* (Huesca), del que hemos visto variopintas grafías medievales. Es conocida la fluctuación entre la síncope y la vocal final en el dialecto aragonés.

**Exe/Exa**

1) *La x*. Está claro que *Javier* viene del *Exavierre* medieval de los documentos, y que es un compuesto con el significado de «casa nueva». Sin embargo, una frase como esta de Menéndez Pidal: «De *Echeberri* se deriva *Javier*»<sup>41</sup>, que se puede encontrar en cualquier libro de toponimia o etimología, requiere algunas precisiones. En vascuence moderno «casa» se ortografía *etxe*<sup>42</sup>, pronunciado *eche*, que era la ortografía tradicional. Por eso Menéndez Pidal ha escrito *Echeberri*, y es muy conocido el apellido *Echeverría*. Pero hemos visto que en la casi totalidad de las grafías de nuestro topónimo, el castillo de Javier y los Javierre aragoneses no se escriben con *ch* sino con *x* (o las sibilantes y dígrafos que equivalen a la *x* medieval). Por eso esa frase de Menéndez Pidal (que se repite habitualmente) no es exacta. De lo que era consciente el mismo Menéndez Pidal, pues dice una vez en sus *Orígenes* que Javierre viene *echa-berri* y otra vez que de *ěša-berri*<sup>43</sup>, o sea, *exa-berri*. La segunda transcripción es la exacta y la única posible para *Javierre*, porque es la única que podía producir la jota. La primera es la de los *Echaverri(a)*. *Exaberri* supone en la Edad Media una prepalatal fricativa sorda (la *sh* inglesa) y *Echaberri* supone la prepalatal africada sorda (la *ch* española).

Por tanto, cuando Menéndez Pidal dijo que *Javier* se derivaba de *Echeberri*, más que inexacto se acomodó a la ortografía vasca de su tiempo, pues él sabía de sobra que este nombre tenía dos variantes dialectales, con fricativa y con africada, ya que había dedicado a ello un estudio pionero de gran valor (1948, reeditado en 1968). Estudio que está hecho precisamente al hilo del nombre de *Javier*. En él demuestra que primitivamente había dos formas dialectales para «casa» (en ibérico dice él): *eche* y *exe*, la primera con prepalatal africada sorda (la *ch* española, /tʃ/), y la segunda con prepalatal fricativa sorda (la *sh* inglesa, /ʃ/); la primera, que hoy es la del vasco común, estaba en el área occidental del dominio vasco, y la segunda (hoy fuera de uso) en la oriental (en los Pirineos y Aragón, primitivamente en una lengua vascoide o ibérica)<sup>44</sup>.

Lapesa sintetiza sin equívocos a su maestro: «Así *Javier* y *Javierre* corresponden a e š a b e r r i ‘casa nueva’, con /š/ dialectal, variante de la /ç/ de e c h e, e c h e a ‘casa’»<sup>45</sup>.

También Corominas es consecuente en la grafía<sup>46</sup>. Dice que *etxe* en el vasco extremo-oriental revestía la forma EŠE, y que esa forma era la paleovasca. Como ejemplo, además de los conocidos *Exabierre*, *Xavier(re)*, y *Javier*, señala topónimos catalanes de la misma etimología, como *Ix* < *exe* (o EŠE) en la Alta Cerdaña francesa<sup>47</sup>, *Oveix* en Lérida, *Saneja* en la Baja Cerdaña (Gerona)<sup>48</sup>.

A estos parece que podemos añadir *Ejea* (partido de Boltaña, Huesca) y *Ejea de los Caballeros* (Zaragoza), «pueblos que antes se escribían con *x*,

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 227 (1968, p. 11).

<sup>42</sup> Para la etimología de *etxe*, véase Agud y Tovar, 1991, pp. 617-618.

<sup>43</sup> Menéndez Pidal, 1950, pp. 147, 462.

<sup>44</sup> Menéndez Pidal, 1948, pp. 1-6 (1968, pp. 235-242).

<sup>45</sup> Lapesa, 1980, p. 32. Véase también Lapesa, 1968, p. 22.

<sup>46</sup> Corominas, *Onomasticon*, II, p. 50, 1.ª col., líneas 29-34; IV, 2.ª col., líneas 33-46; VII, 1.ª col., líneas 34-44.

<sup>47</sup> *Hix* en francés, hoy en *La Guingueta d'Ix* en catalán, en francés oficialmente *Bourg-Madame* y antiguamente *Les Guinguetes d'Hix*.

<sup>48</sup> *Saneja* procede de *Exenegia* según Menéndez Pidal, 1948, p. 5 (1968, p. 240).

*Exea*<sup>49</sup>, y en catalán *Eixea*, que son el mismo nombre con el artículo vasco al final. Así como también «*Gea* o *Jea* de Albarracín, además de *Igea de Cornago* en Logroño, partido de Cervera del río Alhama, escrito antes *Ixea de Cornago*», y otros<sup>50</sup>. Como vemos, la forma oriental vasca (o ibérica) *exe* /eše/ se extendía por Aragón y llegaba hasta Gerona, y *Xavier/Javier* pertenecía a este ámbito dialectal. Aunque hay que hacer una distinción que no veo en Corominas: *Exea/Ejea* y los otros topónimos de este tipo vienen de *exe* más artículo, mientras que *Javier* viene de *exa*, que es distinto, como vamos a ver a continuación.

2) *La a*. Pues todavía se puede dar un paso más. El *Exavierre* medieval (con todas sus variantes) y el consiguiente *Javier* no se derivaban de *exe* sino de *exa*. Pues hemos visto que se escribía con *-a*. De modo que también tuvo que existir un *echa/exa*, como atestiguan los apellidos *Echaverría*, *Echavarría*, *Echarri*, *Chávarri*, *Chaverri*, etc., dentro de los emparentados con *Javier*, y *Echaide*, *Echagüe*, *Echauri*, etc., en los que tienen otra composición. De donde se deduce, como me confirma la profesora Echenique Elizondo, vasca y vascohablante, que «la forma dialectal *echa* resulta visible en la alternancia de apellidos como *Echevarría/Echeverría* por una parte, y *Echabarría* por otra». Para mayor abundancia, Michelena reúne una larga lista de apellidos con *a* (unos cuarenta y siete: *Echániz*, etc.) y con *e* (unos treinta y cuatro: *Echegaray*, etc.)<sup>51</sup>, aunque agrupándolos juntos y sin mencionar la existencia de una duplicidad dialectal *etxe/etxa*, que ha sido poco reconocida<sup>52</sup>, aunque ya la había mencionado Menéndez Pidal<sup>53</sup>.

De modo que la *x* y la *a* con sus alternativas forman cuatro combinaciones, que, en grafía medieval, son: *exa*, *exe*, *echa*, *eche*<sup>54</sup>. Y *Javier* proviene de la primera.

## Berri/Barri

En vascuence existen dos formas dialectales para decir «nuevo»: *berri* y *barri*, como mostró Menéndez Pidal<sup>55</sup>, remontándolas al ibérico<sup>56</sup>. Las visualizamos en los apellidos *Echeverría* y *Echevarría*, prescindiendo de otras

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 4 (1968, p. 240). El tono prudente de mi afirmación se debe a que Hübner y Manuel Gómez Moreno, seguidos por Jürgen Untermann y M.<sup>a</sup> Lourdes Albertos Firmat, identifican *Ejea de los Caballeros* con la antigua *Segia* (sobre las distintas posturas véase Verd, 1974, p. 272, § 343, nota 251). Pero argumenta en contra Menéndez Pidal, 1948, p. 4, nota 2 (1968, p. 240, nota 7): «La *x* con que siempre se escribe *Exea* se opone a la identificación que suele hacerse de *Ejea* con la antigua *Segia*». Fonéticamente, así parece. También Lapesa, 1968, p. 22: «En *Egea* (Huesca y Zaragoza) se reconoce el mismo e š e, e š e a, e š a, de *Javier* y *Javierre*, variante dialectal de e c h e, e c h e a 'casa'». Aunque esta frase la suprimió Lapesa en la 8.<sup>a</sup> edición de su *Historia*.

<sup>50</sup> Menéndez Pidal, 1948, p. 5 (1968, p. 240), a los que añade, además del ya mencionado *Exenegia* (hoy *Saneja*, Gerona), *Jérica* (Castellón), en lo antiguo escrito como *Exerica* y *Xerica*.

<sup>51</sup> Véase la lista de los apellidos derivados de *etxe* en Michelena, 1973, § 236: «etse, etxe». Como se ve, en la entrada pone dos variantes, pero las dos con *e* final, y sin mencionar en el lema la forma mayoritaria *etxa*.

<sup>52</sup> Tampoco las diferencian Agud y Tovar, 1991, pp. 617-618: entrada «Etse».

<sup>53</sup> Al final de su artículo de 1948 (p. 13) y 1968 (p. 249), y en la explicación de los signos del mapa anejo.

<sup>54</sup> Menéndez Pidal, 1948 y 1968, en el mapa del final pone estas cuatro formas: *(e)cha*, *(e)che*, *(e)xa*, *(e)xe*.

<sup>55</sup> Menéndez Pidal, 1948, pp. 6-13 (1968, pp. 242-248).

<sup>56</sup> *Berri* se encuentra en los distintos *Iliberri* de la Antigüedad, del que el más conocido es *Iliberri/Elvira*, la actual Granada. Sobre *berri/barri*, véanse Agud y Tovar, 1989, pp. 190-191.

variantes de los mismos. Simplificando, pues, hay mezclas en la toponimia, *barri* es la forma occidental del adjetivo (Vizcaya y Álava) y *berri* la forma oriental (Guipúzcoa, Navarra)<sup>57</sup>. Y en efecto, *berri* es lo que presuponen las formas diptongadas del *Javier* navarro y de los *Javierre* aragoneses. En nuestra documentación medieval solamente han aparecido quizás dos testimonios con el segundo elemento *barri* en la parte oriental. Y digo quizás, porque Alvar no nos da la localización de los dos *Exarri* y *Exauarre* 1091 que menciona<sup>58</sup>, y porque Irigoyen nos dirá que los topónimos oscenses con *a* (lo veremos en seguida) pueden proceder de *berri*. También se documenta un topónimo *Essavarri* 1025<sup>59</sup>, pero que es occidental, de Álava: *Echávarri*. Parece que no existe toponimia con *barri* en la parte oriental, ni en Huesca ni en el Pallars, pues ni *Benabarre* ni *Isabarre* serían compuestos de *barri*, a decir de Corominas<sup>60</sup>.

Menéndez Pidal indica que ambas formas dialectales del adjetivo *berri*/*barri* se daban ya en la Antigüedad, recordando los varios *Iliberri* de entonces y la gente astur (por tanto del dialecto occidental) de los *Egivarri*, mencionada por Plinio, así como los topónimos en *barri* de la Mauritania Cesariense<sup>61</sup>.

Con estos datos podemos volver a los topónimos modernos de Huesca que hemos visto en Alfonso Irigoyen: *Jabarrella*, *Jabarrillo*, *Javarraz*, *Jabarraz*, *Jabarret*, *Chavarria*<sup>62</sup>. Hay que notar que todos menos el último tienen un sufijo. ¿Son compuestos de *barri*?

Según Irigoyen, no. Pues la documentación medieval muestra *be-* en los testimonios que aporta de algunos de ellos: *Xauerrella*, *Xaberriella* (para *Jabarrella*), *Xaberraça* (para *Javarraz*). A los que se puede añadir al menos *Xaberraz*<sup>63</sup>. Se produjeron, según él, dos fenómenos:

1) Por el sufijo, que es el que lleva el acento, no se pudo diptongar la inacentuada *e* de *berri*. Que, por los documentos medievales, parece la forma original.

2) La conversión de *e* a *a* se produjo por «evolución de *-e-* delante de RR», lo que igualó el adjetivo a la forma occidental<sup>64</sup>. O sea, la forma occidental *barri* no existió originariamente en Aragón, sino que fue una evolución de *berri*.

Por otra parte, algunos topónimos muestran diptongación alternativa. Aunque *Jabarrella* (Jaca) y *Chavierrella* (Loarre) son lugares distintos, los

<sup>57</sup> Menéndez Pidal, 1948, p. 11 (1968, p. 247), y en el mapa.

<sup>58</sup> Alvar, 1973, I, pp. 31, 72.

<sup>59</sup> Uriarte, 1902, p. 513, con la referencia en la nota 6. Y en Menéndez Pidal, 1948, p. 7 (1968, p. 243).

<sup>60</sup> Menéndez Pidal, 1948, pp. 9, 11 (1968, pp. 245, 248) había mencionado *Benabarre* en Huesca, e *Isabarre* en Lérida, como compuestos de *barri*, y, por tanto, dos enclaves en la parte oriental. Pero Corominas (1965, I, pp. 161-162; II, pp. 59-61) le refuta, negando tal etimología en uno y otro nombre, y, por tanto, la existencia de *barri* en Aragón y en el Pallars. Expone otras etimologías para estos topónimos.

<sup>61</sup> Menéndez Pidal, 1948, pp. 11-13 (1968, pp. 247-250). Sobre *Egivarri*, Lapesa, 1980, p. 34.

<sup>62</sup> *Jabarraz* y *Jabarrillo* también se encuentran escritos *Jabarella* y *Jabarrillo*, con *r* simple, como en Menéndez Pidal, 1950, p. 156, y en internet.

<sup>63</sup> En internet se reproduce un documento de Jaca, 27 de abril de 1601, sobre la «pardina de *Xaberraz*» (Archivo Histórico Provincial de Huesca, Protocolos Notariales, Miguel Alcalde, n.º 8301, ff. 27r-29r).

<sup>64</sup> Irigoyen, 1986, p. 197. También en Menéndez Pidal, 1948, p. 6 (1968, p. 242): «No solo en vasco, sino en otras lenguas se observa que la *r* abre la vocal anterior *e*, tendiendo a *a*».

nombres son paralelos. En internet consta *Jabierraz* como alternativa del común *Jabarraz*. El *Jabarrillo* de Loarre aparece en el diccionario geográfico de Madoz, en 1847, como *Javierrillo*<sup>65</sup>. ¿Son estas formas diptongadas una asimilación moderna a los nombres de *Javier* y *Javierre*, en lugar de la pervivencia de una forma diptongada medieval? Ciertamente la diptongación medieval se pudo perder y recuperarse de nuevo por asimilación castellana, pero, si existió en la Edad Media, ¿no se pudo conservar oralmente? Por ejemplo, una forma autóctona aragonesa de *Javarrillo* es *Chavierrillo* con diptongo<sup>66</sup>.

Por último, noto que los sufijos son romances. *Javarraz* tiene un aumentativo aragonés, *az(o)*, que explicaré después.

### Evolución fonética del topónimo Javier

Es un dato asentado que el topónimo *Javier*, aunque de raíz vasca (o ibérica, según Menéndez Pidal, o prerromana, según otros), es una palabra de evolución romance<sup>67</sup>. O sea, que fueron labios latinos o neolatinos los que modificaron su fonética y le dieron su estructura actual. Sobre esto trataré más ampliamente en la segunda parte, pero es evidente, por ejemplo por la diptongación que sufre. Esta modificación la pudieron hacer, como veremos que dice Menéndez Pidal, los propios habitantes, si se romanizaron, o pudo venir de hablantes externos. En América y África tenemos muchos ejemplos de estos cambios en la toponimia por la colonización.

Por otro lado, es bien sabido que el nombre de *Exaberri*, del que procede *Javier*, equivale en vasco moderno a *Etxeberri*. Y que su significado primario es «casa nueva», un nombre de lugar corriente en muchos idiomas, como los españoles *Casanova* y *Casanueva*. Pero pronto veremos que su etimología puede admitir otros significados y analizaremos por qué se usó esta denominación. Ahora pasemos a la evolución histórica de este nombre.

1) *Javier* procede, pues, de *Exaberri* o *Exaverri* y, por tanto, es un compuesto nítidamente oriental en el vascuence, tanto por el *exa*, como por el *berri*. Pero las áreas de ambos dialectalismos, aunque orientales los dos, no se superponen completamente, como se puede ver en el mapa de Menéndez Pidal<sup>68</sup>. Si *berri* abarca la mayor parte de Navarra, *exa* casi la excluye, menos una punta en la frontera con Aragón (que incluye el castillo de Javier). De modo que, siendo los dos orientales, *exa* es más oriental que *berri*. Por eso es muy ilustrativo ver en el mapa cómo la villa y el castillo de Javier están en la misma frontera lingüística en cuanto al *exa*, casi fuera de Navarra y encuadrados en cuanto a ese dialectalismo vasco (ibérico diría Menéndez Pidal) con Aragón, como si el aragonés primitivo fuese el espacio natural lingüístico de nuestro Javier.

<sup>65</sup> Madoz, 1846, IX, p. 612.

<sup>66</sup> Vázquez Obrador, 2001, p. 152.

<sup>67</sup> Véase Menéndez Pidal, 1918 (1968, pp. 7-48).

<sup>68</sup> Menéndez Pidal, 1948, el mapa entre las pp. 12-13 (1968, tras p. 250). Como no se superponían completamente, se pudieron dar estas dos variantes de nuestro mismo nombre: *Chavarri* y *Chaverri*, los dos, apellidos; y el primero también topónimo. El primero, que se suele acentuar *Chávarri* (sobre ello, Menéndez Pidal, 1948, p. 1; 1968, p. 236), y en el que se juntan los dos rasgos dialectales occidentales, está más extendido que el segundo.

2) *Diptongación*. La *e* de *berri* era vocal abierta, como se podía esperar de su variante *a*<sup>69</sup>. Por ello, en los pueblos romanizados tempranamente (cuando aún tenía fuerza la diptongación) la *e* tónica abierta se convertía en *ie*<sup>70</sup>. La diptongación se daba en aragonés<sup>71</sup> como en castellano. Con lo que *Exaberri* en la Navarra oriental y en Huesca se convirtió muy pronto en *Exavierrri* o *Exavierre*<sup>72</sup>. Esta diptongación, que examinaremos más ampliamente, no es ajena, sino muy importante, para el fin de este estudio.

3) *Aféresis*. Después la forma diptongada *Exavierrri* se acortó y transformó. En *Xavier* (y *Xavierre*) se ha perdido la primera vocal por aféresis, un fenómeno registrado en el aragonés medieval<sup>73</sup>. Tanto es así que parece que en el romance oriental casi no se produjo, o no pervivió, la evolución natural \**Ejavierrri*, mientras que sí existe *Echaverri* en occidente. He dicho «casi» porque el nombre del pueblo de *Javierre* (el de Bielsa, Huesca) sus habitantes lo pronuncian en el dialecto aragonés belsetán (que es el más arcaico y menos castellanizado) como *Ixabierre*<sup>74</sup>, donde *x* es /š/ o *sh*; y con una *I-* inicial que ya hemos visto en los documentos medievales: *Issavierr*. También hubo un *Exaver Pequeral/Pekera*, pero que hoy es Casanueva (que no es sino su traducción), cerca de Casa Pequera, en la sierra de Loarre. Así pues, el nombre medieval *Exavierrri* prácticamente solo ha sobrevivido oficialmente con aféresis.

Según Menéndez Pidal, la aféresis también se produjo en otros derivados de *exe*, como en *Gea de Albarracín* (Teruel), *Saneja* (Gerona) < *Exenegia*, y *Jérica* (Castellón) < *Exerica*<sup>75</sup>, que ya conocemos. A los que podríamos añadir, si proceden del mismo étimo, el *Juvierre* aragonés y el *Juberri* de Andorra (mientras que en el otro dialecto occidental también hubo formas con aféresis en vasco como *Chaverri* y *Chavarri*, pero junto a las formas plenas *Echaverri(a)* *Echavarri(a)*, etc.).

4) *Vocal final*. En las grafías medievales del castillo de Javier que hemos visto al principio, hay seis con vocal final; a saber, cuatro en *-e* (*Escabierre* en 948, *Exaberre*, *Exavierre* en 1093, *Exauierre* 1091) y dos en *-i* (*Saverri* y *Xauerri*, 1086, 1137, 1171). La mayoría, ya desde 948, acaban en *-e*. Lo predecible

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 8 (1968, p. 244). Y lo trata monográficamente en su artículo de 1918 (también reproducido en 1968).

<sup>70</sup> Siguiendo la suerte de la vocal de *ferrum*, también con *RR*, según Menéndez Pidal, 1968, p. 48 (en una «Nota adicional», que falta en 1918).

<sup>71</sup> Para el aragonés, que a veces también diptongaba en *ia*, véanse Menéndez Pidal, 1950, pp. 147-148, y Alvar, 1954, pp. 57, 148-150, donde ejemplifican precisamente con los *Exavierre* y *Javierre*.

<sup>72</sup> Diptongado ya en el 867, como hemos visto: *Exavierre gayo* (Uriarte, 1902, p. 507; Recondo, 1957, p. 277).

<sup>73</sup> Alvar, 1953, p. 53; *idem*, 1973, I, p. 62, ejemplifica con dos nombres prerromanos, de los que el segundo es nuestro Javier: «En un par de nombres de origen prerromano se pierde la *e* inicial: *E n n e c u s* > *Necones... Necons... Negons... Necos...*, *e t x e b e r r i* > *xauierre*». El primero es el nombre de *Íñigo*. Más variantes con aféresis en este nombre, la mayoría en Aragón, en Verd, 1974, p. 210, § 166; p. 213, § 168.

<sup>74</sup> Ya lo decía Menéndez Pidal, 1948, p. 2 (1968, p. 237), y lo dice Vázquez Obrador, 2001, p. 152, pero se puede ver ampliamente en internet, y me lo han confirmado por teléfono desde el pueblo. Aunque me añaden que, como se está perdiendo el belsetán (el dialecto aragonés del valle de Bielsa), se está imponiendo la pronunciación de la grafía oficial de *Javierre*.

<sup>75</sup> Menéndez Pidal, 1948, p. 5 (1968, p. 240). Dice que Asín le buscó etimología árabe a *Jérica*, pero que no conocía su forma antigua con *e* inicial, la cual queda sin explicación árabe.

es que acabaran en *-i*, por proceder de *berri*, y así es en los topónimos y apellidos occidentales vascos (*Echeverri*, *Echavarri*, *Cheverri*, *Chávarri*, etc.). Pero la documentación medieval nos hace pensar que, si el castillo de Javier no llega a perder la vocal final, hubiera sido un *Javierre* más como los aragoneses. Pues la ley fonética general del romance hispánico<sup>76</sup> de convertir la *i* final latina en *e* (*torre*, *lee*, *hice*, *vine*, *dije*) se cumple en *Javierre*, aunque Alvar propone otra explicación en este caso<sup>77</sup>.

5) *Apócope*. La lucha entre la pérdida y la conservación de la *-e* final en los dialectos peninsulares fue una lucha de seis siglos, según Menéndez Pidal<sup>78</sup>, por lo que no nos tienen que extrañar las fluctuaciones en nuestro nombre. Pero frente a las cuatro grafías anteriores con vocal final, hay treinta grafías del castillo sin ella (grafías que suponen mucho más de treinta ocurrencias), que es lo que ha perdurado: *Javier*. Y si nos limitamos a los documentos de la casa de Javier recogidos por el P. Escalada, salvo error u omisión, las trece grafías carecen de vocal final. En *Xavier*, pues, se pierde la última vocal por apócope, al contrario que en su hermano *Javierre*.

Esto presenta un problema, pues en los romances peninsulares hay dificultad en perder la vocal tras RR múltiple: *torre* < TURRIM (pero no tras R simple: *mayor* < MAIOREM). Menéndez Pidal lo ejemplifica precisamente con nuestro nombre<sup>79</sup>. Pero recordemos las grafías medievales de Javier apocopadas en doble *-rr*: *Exabierr*, *Exavierr*, *Issabierr*, *Issavierr*, *Xabierr*, *Sabierr*, *Savierr* (alternado con *r* simple final). Lo que contrasta con los *Javierre* de Aragón con vocal final y con el *Javerri* del valle de Lónguida, en Navarra (además de las formas vascas *Echavarri*, *Etxeberrri*, *Echarri*, etc.). Así pues, *Javier* con apócope parece encontrarse en medio de los dialectos occidentales (*Chávarri*) y de los orientales (*Javierre*) como si fuera una anomalía. Pero veamos que no fue una excepción total dentro del romance pirenaico-aragonés, y que tiene un paralelo en *Lumbier*.

Pues no es inusitada la pérdida de la vocal final tras RR múltiple en los dialectos hispanos orientales. Coromines cita en catalán «*La Tor* en lloc de *Torre* del català normal»<sup>80</sup>, en la Cataluña francesa. En cuanto al aragonés, Alvar cita también *tor* (1092)<sup>81</sup>. Es un hecho conocido que el aragonés retiene, pierde y recupera la vocal final, con más intensidad a medida que se aleja de la frontera catalana<sup>82</sup>. Respecto a la *-e* final tras RR, en aragonés se conserva (*Loarre*, *Javierre*), se relaja y se pierde. Pero, entre los casos en que se pierde en

<sup>76</sup> Menéndez Pidal, 1941, § 28; *idem*, 1950, p. 185: «la *-i* es rara» en los documentos medievales; nula en el español actual (menos cuando acompaña a vocal tónica: *hay*, *ley*, *hoy*, *muy*).

<sup>77</sup> Alvar, 1973, I, p. 72 (y en 1953, p. 59), trata de los casos de relajamiento de la vocal final en aragonés notarial, como *e > i*; y entre los ejemplos pone *Scavierrri* (o sea, *Xavierrri*), pero, según lo expuesto arriba, más que de un relajamiento de *Javierre* en *Xavierrri*, podría tratarse de la conservación culta de la vocal final del original *berri*, una grafía notarial que no reflejaría la realidad oral *i > e* que se da en nuestro nombre.

<sup>78</sup> Menéndez Pidal, 1950, p. 186.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 187.

<sup>80</sup> Coromines, 1965, I, p. 161. Se refiere a *La Tor de Querol* (en la Alta Cerdeña o Cerdagne française), que en francés es *Latour-de-Carol* (Pyrénées-Orientales).

<sup>81</sup> Alvar, 1953, p. 59.

<sup>82</sup> Sobre la conservación y apócope de la vocal final, véase Alvar, 1953, pp. 59-61, 153-155; y Alvar, 1973, I, pp. 72-73.

aragonés, Alvar<sup>83</sup> pone *Luar* 1070 y *Logar* 1085 por *Loarre* (Huesca), *Benabar* 1052 y *Beneuar* 1143 por *Benabarre* (Huesca)<sup>84</sup>. Antes Menéndez Pidal había expuesto los mismos ejemplos y alguno más<sup>85</sup>. Por tanto, aunque *Loarre* y *Benabarre* han mantenido finalmente (o han repuesto) la *e* final tras RR múltiple, hubo un tiempo en que fluctuó su mantenimiento, pues hay testimonios de su pérdida. Que es lo que ocurrió definitivamente con *Javier*.

Pues, en cuanto a nuestro nombre, Alvar cita<sup>86</sup> entre los apocopados un *Xabier* 1097 y un *Esauier* 1120, que pueden referirse a nuestro castillo de Javier<sup>87</sup>, lo cual tendría poco relieve estadístico al lado de tantas otras grafías iguales que conocemos, pero que sí tiene interés en cuanto que Alvar relaciona la apócope de nuestro topónimo con el dialecto aragonés. Pues menciona también un *Exauer* 1118, y dos *Exauier* 1215 y 1245<sup>88</sup> que han de ser los *Javierre* de Huesca<sup>89</sup>. Y Menéndez Pidal citaba *Scavir ad latere* 1058 y *Scabierr alatre* 1062 (o sea, *Xavier ad Latre*, «junto al pueblo de Latre», hoy *Javierre-latre*). Luego nuestro nombre conoció en navarro-aragonés la pérdida de la vocal final tras RR múltiple, aunque en Huesca se recuperara y en el castillo de Javier no. Menéndez Pidal, entre los nombres con RR múltiple con vacilación en la vocal final, menciona los nuestros: *Scauierri* 1036, *Scaberri* 1059, *Xavuierrre* 1081, *Javierre* en Huesca, con vocal final, y el *Javier* de Navarra con pérdida de ella, siguiendo con otros nombres aragoneses con apócope<sup>90</sup>. Tenemos, pues, que la apócope del nombre de nuestro castillo tras RR, es un fenómeno, que, aunque raro, está documentado en el romance aragonés y catalán, lo que confirmaría la inclusión del topónimo Javier en el dominio lingüístico pirenaico-aragonés, mejor que en el del romance navarro<sup>91</sup>. Y en claro contraste con las formas vascas, ya vistas, que no se apocopan: *Javerri* (Navarra) y los apellidos *Echaverri*, *Chaverri*, *Echeberri*, etc.

Dentro del territorio navarro tenemos otro caso paralelo en el topónimo *Lumbier*, que —«en gargantas romances», dice Belasko<sup>92</sup>— sufre los mismos cambios que *Javier*: aféresis, diptongación y síncope.

<sup>83</sup> *Ibid.*, 1973, I, p. 73.

<sup>84</sup> También en Menéndez Pidal, 1948, p. 9 (1968, p. 245): «escrito *Banabarre*, *Benabar* o *Benavar* en el siglo XI».

<sup>85</sup> Menéndez Pidal, 1950, p. 187.

<sup>86</sup> Alvar, 1973, I, p. 73.

<sup>87</sup> Pertenecen a *Documentos de Pedro I* (Ubieto [ed.], Zaragoza, 1951), rey de Navarra y Aragón, y a *Documentos [...] del Valle del Ebro* (Lacarra [ed.], Zaragoza, 1946-1952), que no he podido examinar.

<sup>88</sup> Alvar, 1973, I, p. 31.

<sup>89</sup> Pues los dos primeros se encuentran en el *Libro de la Cadena de Jaca* (D. Sangorrín [ed.], Zaragoza, 1920) y el tercero en *Documentos del Monasterio de San Victorián* (Sobrarbe, Huesca).

<sup>90</sup> Menéndez Pidal, 1950, p. 187.

<sup>91</sup> González Ollé, 1999, p. 313, dice que en aragonés «-e se pierde en iguales condiciones que el castellano», también ante vibrante, pero parece que se refiere a la vibrante simple.

<sup>92</sup> Sobre *Lumbier*, Belasko, 1996, pp. 282-283 (*idem*, 1999, pp. 290-291); Michelena, 1973, § 332. Su etimología (\**Ilumberri* 'Villa Nueva' o 'Castro Nuevo') nos interesa menos que sus formas medievales, que se pueden ver en Belasko y en Corona Baratech, 1947, pp. 82-84. Las formas plenas fueron *Lumberri*, *Lomberri*, *Lomberre*. Se diptonga y pierde la vocal final, a pesar de la RR, en las formas medievales *Lumbierr*, *Lumbier*, *Lombierr*, *Lombierr*, *Lombier*. Todo como en *Javier*, también en la aféresis (de *Ilumberri*) y en el compuesto con *berri*. Dice Belasko: «Las formas vasca y romance parten de una misma forma original vasca \**Ilumberri*. A partir de aquí en gargantas romances el nombre perdió sus vocales final e inicial y diptongó la e en ié». Coromines, *Onomasticon*, VII, 1.ª col., línea 50-51: «*Ilumberri*, que ha donat, per aféresi, la forma cast. *Lumbier*». Más que «castellana» habría que decir «romance», pues, respecto a la aféresis, según Corona Baratech *Lomber* está fechado en 1102 y *Lumbier* en 1121.



6) *Javier*, con esa *j* tan elegante<sup>93</sup>. Por fin en labios castellanohablantes –y este era el romance hablado en Navarra al filo de 1500– la *x* o /š/ /se convertía en *j* velar-uvular (como en *Ximénez* > *Jiménez*), que es lo que ocurrió con *Xavier* > *Javier*. Y en Aragón, quizás algo más tarde, con los *Javierre*. Y con *Ejea* (Huesca), y *Ejea de los Caballeros* (norte de Zaragoza), antes escritos *Exea*<sup>94</sup>. (Y después en vasco guipuzcoano)<sup>95</sup>. Ya hemos visto que el correlato de *Javier* (y *Javierre*) está representado en el otro dialecto vasco occidental por otro topónimo navarro, *Chavier*<sup>96</sup> (y por el apellido *Chaverri*), aunque *Javier/Chavier* solo varían en la consonante inicial, pero no en el diptongo ni en la apócope. El topónimo *Javier* se pronuncia actualmente con jota en toda Navarra, también por los vascohablantes<sup>97</sup>, y es la forma oficial de la villa<sup>98</sup>.

Ahora bien, respecto a la *j* hay que atender a la cronología. Hay que descartar los dos inusitados *Iabier* y *Javier* de los siglos XII y XIII, que ya vimos, concluyendo que se trataba de una simple confusión ortográfica de los escribas, puesto que el cambio fonético aún no se había producido. Es de sobra sabido que el sonido /š/ se velarizó, de modo que tanto el *Xavier* posmedieval como el *Javier* moderno se pronuncian igual, con jota. El proceso está claro, la dificultad está en precisar la fecha del cambio a la velarización. Entre los especialistas no hay uniformidad en la cronología. Algunos ponen la velarización a principios del siglo XVI<sup>99</sup>. Otros más tardíamente. Quedémonos con una posición intermedia como la de Rafael Lapesa. Los cambios consonánticos del español, dice, se iniciaron en la Edad Media, y se generalizaron entre los siglos XVI y XVII; y, en cuanto a la velarización, la pronunciación velar hubo

<sup>93</sup> Algunos la ven así en la ortografía juanramoniana: *nostalgia, fulgente, májica, arjentino, antolojía, anjélicas, jeranio, jígante, pájina, imájen, jesto, vijilante, elejía, ¡Intelijencia, dame el nombre exacto de las cosas!* Su *jota jenial*, dicen algunos. También es la grafía internacional de *Jesús y Jerusalem*.

<sup>94</sup> Con otros ejemplos, en Menéndez Pidal, 1948, pp. 4-5 (1968, pp. 239-240).

<sup>95</sup> Echenique, 1987, p. 94, hablando del Siglo de Oro, dice: «también el vasco, por su parte, sufrió el influjo castellano en su fonema primitivo /j/, que pasó a ser /š/ en algunos dialectos merced a la interpolación del fonema castellano de igual naturaleza, y en la actualidad es /x/, como en castellano, en dialecto guipuzcoano».

<sup>96</sup> Además de un apellido es un despoblado. Belasko, 2004, p. 64: «antiguos despoblados como *Chavier*», «*Chavier* de Caparrosos» (p. 65).

<sup>97</sup> La pronunciación con jota es evidente para el que haya estado allí. Pero también es la pronunciación de los vascohablantes navarros, como testifica Belasko, 1996, p. 251: «Todos los vascohablantes consultados en *nen* [*Nomenclátor euskérico de la población de Navarra* (1990), cit.] pronuncian el nombre de la localidad igual que en castellano». Véase Belasko, 1999, p. 259.

<sup>98</sup> *Nomenclátor*, 2009, p. 50; Elorz y Belasko, 2000, pp. 73 y 54. Mientras que *Javerri* ha adoptado una forma vasca colateral, *Xaberri* (*Nomenclátor*, 2009, p. 52). Lo que se explica, pues, aparte de la *J*-inicial, su forma es vasca (falta de diptongación, etc.).

<sup>99</sup> Torquemada (1970) es un autor importante por su antigüedad (ca. 1507-1569), cuyo manuscrito se puede fechar en 1552 (p. 12). Su interés está en que intenta explicar la pronunciación española a mitad del siglo XVI. Testimonia ya entonces la unificación y la velarización de la *x* y de la *j* con estas palabras: «estas letras se pronuncian en lo ultimo del paladar çerca de la garganta» (p. 105). Sin embargo no es coherente con ello en los párrafos anteriores y posteriores. Lo que sí se puede deducir de sus textos contradictorios es que se habían confundido el sonido prepalatal sonoro y el sordo, aunque él se empeña en distinguirlos (pues sigue el patrón toledano, p. 13), y que el sonido resultante oscilaba entre una medio-palatal (*Ich-Laut*) y una postpalatal o úvulo-velar. Los editores de Torquemada dicen que «ya Nebrija y Vergara han hecho comparaciones entre la *x* castellana y la *x* griega, y con los sonidos árabes» (p. 19, nota 14), frase que repite Lapesa, 1980, p. 378. Pero no he logrado encontrar ni en la *Gramática* ni en la *Ortografía* de Nebrija referencia alguna a la *x* griega. Sí relaciona el sonido de la *x* castellana con un sonido no latino de los moriscos y árabes, pero este no tenía que ser necesariamente la jota sino también la *sh*, que es lo que parece deducirse de sus textos.

de contender con la palatal durante mucho tiempo. Hay testimonios de la velarización a mediados de siglo XVI, pero solo se habría impuesto por completo en el primer tercio del siglo XVII<sup>100</sup>.

Antes de seguir habría que ver por qué la grafía *x* pasó a *j*. La prepalatal fricativa sorda, /š/ o *sh*, se representaba por la *x*, y la correspondiente sonora /ž/ o /y/ se representada por la *i* o la *j* (y muy frecuentemente por la *g*: *Tamajo* ‘Tamayo’, *Agerbe* ‘Ayerbe’)<sup>101</sup>. Después se produjo una neutralización entre la sorda y la sonora, prevaleciendo la pronunciación sorda /š/<sup>102</sup>. Esa desonorización, «irradiando desde Aragón y Castilla la Vieja», se habría generalizado en el siglo XVI, con la excepción de Toledo<sup>103</sup>. Pero, por fin, este ensordecimiento «previamente compartido con el castellano por el aragonés, leonés y gallego, se expandió por Toledo, Extremadura, Murcia, Andalucía y América<sup>104</sup>. Se hizo panhispánico. De modo que esta neutralización explica la alternancia entre los dos grafemas, como en *Roxas* y *Rojas*<sup>105</sup>, ya que habían llegado a representar la misma pronunciación. Y finalmente se eligió la *j* (quizás para no confundir la *x* velar con las palabras latinas con *x* /ks/, de las que muchas pasaron al español, como *existir*).

Vengamos a san Francisco Javier, que había nacido en 1506. Nuestro santo escribía su nombre como *Xabier*, pero en su Ejecutoría de Hidalguía, de 1531, leemos *Javier* y él aparece al principio, como «don Francisco de Jasso y de *Jabier*»<sup>106</sup>. Lo que está claro es que entonces las dos grafías representaban lo mismo, como en los ya dichos *Roxas/Rojas*, pero ¿representaban las dos en tiempo del santo el primer estadio de prepalatal sorda /š/, *sh*, o ya la velar-uvular o jota? Podría ser lo segundo, puesto que, como otros cambios fonéticos, este se propagó de norte a sur, desde Castilla la Vieja, y pasó a Madrid, cuando, como nueva capital, se repobló de gentes del norte peninsular<sup>107</sup>, y Navarra está en el norte. Pero, como el cambio fue gradual y con resistencias, no podemos estar seguros de que los primeros jesuitas pronunciaran ya con jota el nombre de su cofundador. Pero, en cuanto a la escritura, aunque se hubiera producido ya el cambio fonético, es natural que la grafía habitual siguiera siendo *Xavier*, porque, siendo entonces indiferente el uso de la *x* y la *j*, la primera letra respondía a la tradición de este topónimo.

### *El problema aragonés*

En el tiempo del que hablamos, Navarra ya estaba castellanizada generalmente, bastante más que Aragón. Pero conviene explicar el proceso que se siguió en el aragonés respecto a la derivación de la letra *x* o sonido /š/, pues nos podemos encontrar con otras derivaciones y grafías, como *Chabierre*, que nos pueden desconcertar. Ante todo hay que partir de la gran diversidad dia-

<sup>100</sup> Lapesa, 1980, pp. 378-379.

<sup>101</sup> Menéndez Pidal, 1950, pp. 48-49.

<sup>102</sup> Lapesa, 1980, p. 377.

<sup>103</sup> *Ibid.*, p. 371. Por ejemplo en Santa Teresa (1515-1582).

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 373.

<sup>105</sup> O, en sentido contrario, *iantar* y *xantar* por «yantar», sin fecha, en Lapesa, 2004, pp. 293, 661.

<sup>106</sup> *Mon. Xav.*, II, p. 37; Escalada, *Documentos*, doc. n.º XX (2001, p. 301); Moreno Escribano, 1969, p. 145.

<sup>107</sup> Lapesa, 1980, pp. 372-373.

lectal del aragonés. La *x* gráfica latina pronunciada /ʃ/, ha dado en aragonés moderno nombres que se siguen pronunciando con /ʃ/, otros con /s/, y otros que se escriben con *j* o *g* /x/ y con *ch*, lo que se puede ver en la toponimia: *Frajen* y *El Fragin*, *Frachinesa* (Huesca) (< FRAXINU ‘fresno’). Y en el habla viva se encuentran nombres comunes derivados de /ʃ/ también con las tres pronunciaciones de /ʃ/ o *sh*, /x/ o jota y *ch*<sup>108</sup>. (Lo mismo que ocurre con la *s*- inicial y sus cinco resultados<sup>109</sup>).

Pues bien, respecto a *Javierre*, *Javierregay*, *Javierrelatre*, *Javarrillo*, *Jabarrella*, etc., los encontraremos en Aragón junto con las tres grafías diferentes dichas. Aparte de las modernas y oficiales con *J*-, se aragonizan generalmente con *X*- (*Xabierre*, *Xabierregay*...) y ocasionalmente con *Ch*- (*Chabierre*, *Chabarrella*...) <sup>110</sup>. También en *Jubierre* (si procede del mismo étimo, como algunos sostienen, para un nombre que es un despoblado, un monte y un apellido), que aparece además como *Xuvierre/Chubierre*, ya desde la Edad Media<sup>111</sup>. Todo esto se puede ver en obras de toponimia aragonesa y en internet. Pero no oralmente. He telefonado a media docena de estos pueblos y en casi todos me dicen que se pronuncian con jota, sin tener ni idea de que hubiera otras alternativas. Si les hablo de ellas, me contestan que será en *fabla*, pero que ellos no la hablan. Solo en *Javierregay* me dijeron que sí, que antes se «escribía» *Xabierregai* y *Chabierregai*, pero que hoy se pronuncia como se escribe actualmente. Además, al tratar del mantenimiento de la vocal inicial, vimos que el *Javierre* de Bielsa es pronunciado por los naturales como *Ixabierre* con /ʃ/, lo cual me lo confirmaron por teléfono, pero añadiendo que tal pronunciación se estaba perdiendo junto con el dialecto belsetán.

Se pueden sacar algunas conclusiones: 1) Estos topónimos eran originalmente *Xabierre*, como sabemos, y se conservó en parte la pronunciación de la /ʃ/ o *sh*, por lo que la prepalatal fricativa sorda se ha mantenido en algunos casos hasta tiempos recientes. 2) Como en el aragonés hay fragmentación dialectal, y se dan casos de *x* > *ch*, no tiene nada de extraño que a veces el resultado haya sido con *ch* inicial (*Chabarrella*). 3) Como a veces nos encontramos con las dos grafías (*Xabierre/Chabierre d’Olsón*)<sup>112</sup>, se puede pensar de que se trate de alófonos (*sh/ch*). O quizás de diferentes aragonizaciones. Pues los nombres oficiales de los pueblos suelen escribirse con *J*. 4) Se suele decir que el paso a *Javierre* ha sido por castellanización. Pero tal vez no se puede excluir una evolución aragonesa autóctona en estos topónimos<sup>113</sup>, y, en todo caso, la castellanización no tiene nada de particular para nosotros, pues el pueblo del gran apóstol de Oriente era primitivamente *Xavier* y pasó a *Javier* igualmente por castellanización. De modo que las grafías aragonesas alternativas para nuestro nombre no suponen ningún problema.

<sup>108</sup> Alvar, 1953, pp. 194-195. Zamora Vicente, 1970, pp. 246-247.

<sup>109</sup> Varían de un autor a otro, pero, por ejemplo, con *s*: *sol*; con *ch*: *chiflar* ‘silbar’; con *z*: *zapo* ‘sapo’, con *j*: *jarmiento* ‘sarmiento’; con /ʃ/: *xordo* (Zamora Vicente, 1970, pp. 226-227; García de Diego, 1978, p. 256; Alvar, 1953, pp. 170-171).

<sup>110</sup> Vázquez Obrador, 2001, p. 152.

<sup>111</sup> Irigoyen, 1986, p. 197.

<sup>112</sup> *Ibidem*.

<sup>113</sup> Porque algunas palabras aragonesas originariamente con *x* /ʃ/ han adoptado en la pronunciación el fonema velar fricativo sordo o jota (Alvar, 1953, p. 195), lo que indica una evolución fonética autóctona, pues se trata del habla popular.

Por último, respecto a *Chavierrella* (Loarre) y *Chavarría* (Barbastro), ambos en Huesca<sup>114</sup>, puesto que conviven con los *Javierre* de la misma provincia, Irigoyen piensa, respecto a la *Ch-*, que se habría dado una convivencia del oriental *exe* y del occidental *eche* o *etxe* en el área aragonesa<sup>115</sup>, pero creo que también se pueden explicar más simplemente por la evolución *multiforme* del aragonés, como en los casos anteriores. Habría que buscar documentación medieval.

## El Castellar y Javier

Hay otro topónimo que, por su ubicación y su etimología, también afecta a nuestra investigación. Se trata de *El Castellar*<sup>116</sup>, otro castillo, rodeado por una muralla de circunvalación, hoy en ruinas, que se encontraba en la cima del monte que está frente a la fachada sur del castillo de Javier<sup>117</sup>. Es interesante para nuestro estudio por su antigüedad, pero también por su lengua y su grafía. En Leyre había otro Castellar o Castillar<sup>118</sup>, pero por toda España hay unos cincuenta topónimos de ese nombre<sup>119</sup>, como *Castellar de la Frontera* en Cádiz, por nombrar solo uno. El de Javier aparecía en las fuentes antiguas como el *Castellaz* (con *-z*): «el castilaz de chabier»<sup>120</sup>, «el castellaz viejo de xabierr»<sup>121</sup>, «el cabeço o castellaz de xabierr»<sup>122</sup>.

La terminación en *-z* puede extrañar, pero no tiene misterio: no es el sufijo de *fugaz*, *locuaz*, *pertinaz*, sino un sufijo aumentativo del dialecto aragonés, como en *caballaz*<sup>123</sup>, que también se da en otro topónimo de la casa de Javier, el *Molinaz*<sup>124</sup>. De hecho se trata del sufijo aumentativo muy común en *-azo*. Se quería decir el *Castillazo*, el *Molinazo*. Lo del aragonesismo está en la apócope.

Pues el sufijo de *El Castellaz* y *El Molinaz*, ambos en el municipio de Javier, es más propio del aragonés que del romance navarro. Pues el navarro

<sup>114</sup> Irigoyen, 1986, p. 197.

<sup>115</sup> *Ibidem*.

<sup>116</sup> Hoy en el castillo y la villa de Javier se pronuncia «El Castelar», y la *l* simple se remonta probablemente al siglo XVI, según testimonio de Recondo, 1957, p. 266: «el castilaz de chabier»; aunque entonces la *l* podía representar a la *ll*, y viceversa. (San Ignacio en los Ejercicios escribe *levando* [como en el n.º 111] y *llevando*). Pero Moret concuerda con la pronunciación de Javier, cuando en sus *Anales del Reino de Navarra* escribe *El Castelar* para referirse al *El Castellar* de Zaragoza. Moret, 1988, IV, índices (p. 467) y, por ejemplo, en p. 99.

<sup>117</sup> Recondo, 1957, pp. 265-268 y lám. I; *idem*, 1976, pp. 3-8, con fotos de sus restos arqueológicos; *idem*, 1988b, pp. 12-14. Una foto aérea del Castellar y otra de sus ruinas, en López de Aberasturi y Pérez Simón, 2007, pp. 41 y 47.

<sup>118</sup> Recondo, 1957, pp. 262-264 y lám. I; *idem*, 1988b, p. 4.

<sup>119</sup> Véase *Dicc. Geogr. de España*, s. v. Castellar y Castillar, Castellares y Castillares.

<sup>120</sup> Recondo, 1957, p. 266. Dos líneas más abajo en el mismo documento se dice «el castillo viejo de xabierr». Esta segunda grafía era la normal y *chabier* la anómala.

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 267.

<sup>122</sup> *Ibidem*.

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. 267, nota 17: «En la variante más frecuente del Castellaz hallamos motivo para establecer una equivalencia entre las formas del Castellaz y del Castellar, paralelamente a la experimentada en la equivalencia el Molinar y el Molinaz de igual raigambre aragonesa. Ambos sufijos son aumentativos dialectales de Aragón, aún en uso en el Valle de la Onsella, comparables a otros más frecuentes: como de rincón, rinconaz y de caballo, caballaz».

<sup>124</sup> Su fotografía, en Recondo, 1976, p. 6. Para su ubicación, véase el mapa de la comarca de Javier en Recondo, 1988a, p. 6.

no suele apocopar la *a* y la *o* finales, lo que constituye una diferencia relevante con el aragonés<sup>125</sup>. Mientras que en aragonés la pérdida de la vocal final es frecuente, y precisamente con este sufijo<sup>126</sup>, como en *fornaz* ‘horno grande’, y también topónimo: «*Corralaz* (Hecho); *Fornaz* (Escarilla, Huesca)», etc.<sup>127</sup>

Es más, este sufijo se aplicaba a presuntos derivados del nombre de Javier, aunque de localidades aragonesas: tres *Jabarraz* aragoneses (del partido judicial de Jaca) menciona Irigoyen, de los cuales uno de ellos está documentado en el siglo XIV con el sufijo pleno: *Xaberraça*<sup>128</sup>, además con *-be* (de *berri*), que era lo primitivo, como se ha explicado, y no *-ba*. Igual que en el *Xaberraz* mencionado, de un documento de Jaca de 1601. En internet se encuentra incluso diptongado: *Jabierraz* como alternativa del topónimo *Jabarraz*. Como en tantos puntos de este estudio, vemos a Javier en el ámbito lingüístico de Aragón.

Sin apócope se encuentra este sufijo en el nombre de la *Torraza*, con que se denominó a la misma torre del homenaje del castillo de Javier<sup>129</sup>, así como en otras fortificaciones aragonesas del contorno, como la *Torraza* de Undués de Lerda (Zaragoza)<sup>130</sup>, que estaba a la vista de Javier, y que es un topónimo conocido en Navarra y Aragón. Tiene aumentativo reduplicado la *Torronaza* de Javierremartes (Huesca)<sup>131</sup>.

Además se produjo un pequeño cambio en la denominación, pasando de *Castellaz* a *Castellar*, lo que parece una castellanización, pues aunque *-azo* es un sufijo castellano, los hablantes no lo reconocerían en *-az*, y se produciría un deslizamiento a una forma parecida fonéticamente y que estaba muy extendida por toda España. El sufijo *-ar* indica un «lugar» en el que hay o abunda un objeto, como en «tejar, pinar, palomar». Por eso *castellar* es un nombre común, que en los diccionarios se define como «lugar donde hay o hubo un castillo». Y, como en España hubo tantos castillos, no es de extrañar que abunde el topónimo en la península. Parece que *castellar* suele designar «fortificaciones imprecisas, más próximas a los castros y a las fortificaciones prehistóricas que a las medievales», aunque «vemos erguirse, medievales, los Castellares de Lérida, Zaragoza, Teruel, Murcia y Badajoz», afirma y precisa el P. Recondo<sup>132</sup>.

Por otra parte, hay que saber que el castillo de Javier no era importante aisladamente, sino por pertenecer a una línea de castillos. Entraba dentro de una táctica defensiva propia de la España medieval, primero contra los musulmanes y después frente a los reinos cristianos vecinos. En este caso se trata de la línea de castillos que bordeaba el río Aragón<sup>133</sup>. En la misma situación

<sup>125</sup> González Ollé, 1999, p. 313: «Diferencia relevante con el aragonés es la persistencia de la vocal final no absoluta». Esto se refiere tanto a la *o* como a la *a*.

<sup>126</sup> Alvar, 1953, p. 154: «La *-o* se pierde en el sufijo *-az*». Zamora Vicente, 1970, p. 220: «[La *o*] desaparece en el sufijo *-az*», ejemplificando con *ricaz*, *Fornaz*, *Campaz*.

<sup>127</sup> García de Diego, 1978, p. 254. Otros ejemplos en Alvar, 1954, pp. 255-256.

<sup>128</sup> Irigoyen, 1986, p. 196.

<sup>129</sup> Recondo, 1957, p. 275; *idem*, 1976, p. 19; *idem*, 1988b, p. 24.

<sup>130</sup> Recondo, 1957, pp. 268-269; *idem*, 1976, p. 10; *idem*, 1988b, p. 6.

<sup>131</sup> Recondo, 1957, p. 262; *idem*, 1988b, p. 4.

<sup>132</sup> Recondo, 1957, p. 265.

<sup>133</sup> Que describe Recondo, 1957, pp. 261-270; *idem*, 1976, pp. 8-12; *idem*, 1988b, pp. 1-18. Y que muestran gráficamente López de Aberasturi y Pérez Simón, 2007, p. 43 y mejor en p. 58.

se encontraba *El Castellar*, enfrente del castillo de Javier y más antiguo que este. Actualmente, después de las excavaciones, solo quedan montones de piedras y restos de muro cubiertos por la maleza. En la documentación del siglo XVI se le llamaba todavía *El Castellaz* y se le contraponía cronológicamente al nuevo castillo de Javier: «el castillo viejo de xabierr», «el castellaz viejo de xabierr», etc.<sup>134</sup> Se suponía en el siglo XVI, en textos de 1521, que nuestro castillo de Javier se había construido en sustitución del antiguo: «el cabeço o castellaz de xabierr donde antiguamente el Castillo o casa de xa/bierr solia ser edificada e despues fue derruydo aquel e mudado y reedificado donde agora está»<sup>135</sup>.

Como Xavier significa primordialmente «casa nueva», es fácil inferir que se le dio este nombre porque sustituía la casa o el castillo viejo. Sería como el «castillo nuevo»<sup>136</sup>. Es lo que deduce el P. Recondo, después de transcribir textos del 1521:

Luminoso documento sobre los orígenes de Xavier, cargado de retrospcción arqueológica. El Castellar es la cuna de Xavier y Xavier es la «casa nueva» en contraposición a la casa antigua del Castellar. El Castellar, con toda la rica gama de variantes, como el Castellaz, el Castellaz, el Castillar o el Castillo viexo significa el origen remoto de Xavier, desaparecido en una gran destrucción de la que pastores y rabadanés referían un eco, evocando el lugar donde «*antiguamente solía ser Xabier*»<sup>137</sup>.

Ahora bien, esta era la opinión, nos dice el P. Recondo, de los pastores y mayores roncaleses del siglo XVI (de 1521 exactamente), pero no es una estricta prueba etimológica, pues ellos no estaban presentes cuando se construyó el nuevo castillo siglos antes. La parte más antigua del castillo de Javier fue simplemente una torre de señales exenta<sup>138</sup>, que se suele datar del siglo X, e incluso del IX<sup>139</sup>. ¿Ya no existía seis siglos antes El Castellaz, todavía perceptible en 1521? La explicación de que nuestro castillo recibiera el nombre de «casa nueva» porque sustituía al antiguo, es posible pero pienso que es solo una conjetura. Al principio solo fue una torre, que, cuando se fue ampliando por círculos concéntricos, para hacer un castillo habitable, pasó a ser la torre del homenaje o de San Miguel o la Torraza. ¿Se llamó Exaverri o Javier cuando era solo una torre o cuando se convirtió en mansión? *Manerium* (de *maneo*), el *manoir* francés, «mansión», se le llamó entonces en el siglo XIII. De donde deduce el P. Recondo:

Era, pues, el Castillo de Xavier en el siglo XIII un castillo habitado establemente, con salas, habitaciones y aposentos, obteniendo todo el des-

<sup>134</sup> Recondo, 1957, pp. 266-267.

<sup>135</sup> *Ibid.*, p. 267.

<sup>136</sup> Es un nombre de lugar que se repite. Hay un Castillo Nuevo en Navarra, el Castillo Nuevo de Manzanares el Real, en Madrid, Castelnuovo en Italia, Newcastle en Inglaterra, Neues Schloss en Baden-Baden, etc.

<sup>137</sup> Recondo, 1957, p. 267. La misma explicación, en Recondo, 1976, p. 5; *idem*, 1988b, p. 14. Y en Schurhammer, 1992, I, pp. 14-15.

<sup>138</sup> Recondo, 1957, pp. 270-279; *idem*, 1988b, pp. 18-24. Es hoy la torre militar más antigua de Navarra.

<sup>139</sup> Recondo, 1957, pp. 271, 277-278.

pliegue de masas, conocido posteriormente. Era, en fin, un castillo mixto, mitad castillo defensivo y mitad residencial, situable entre el mero castillo y el palacio residencial, creación de dos siglos posteriores<sup>140</sup>.

Aunque lo que sigue son solo especulaciones, las enumero, ya que todas me parecen plausibles y ninguna definitiva:

- Javier pudo significar «casa nueva» en contraposición al viejo Castellar.
- Contradiéndose en lo anterior, el mismo Recondo dice en una nota sobre «lo nuevo» de Xavier, que puede referirse tanto a una *renovación* (en contraposición a lo antiguo) como a una *innovación* (sin referencia a nada anterior), siendo lo segundo aplicable a Javier, ya que en su cerro han aparecido indicios prehistóricos que irían contra una novedad absoluta<sup>141</sup>. Quizás no se pueda excluir que el nombre de Exabierre, Javier, sea contemporáneo al Castellaz, de cuando todavía estaba en vigor el fenómeno de la diptongación, igual que en los Javierre de Aragón, que estudiaremos. En qué consistía ese Exabierre, no lo sabemos. Quizás un poblado. Ver líneas abajo.
- O sería más moderno. Quizás el nombre de Exabierre o «casa nueva» proceda de cuando la torre de vigía se amplió como mansión (una «nueva» casa), con referencia a la torre y no al Castellar. Y la torre primitiva del siglo X se podría haber llamado en un principio la Torre o un término parecido a otros de la comarca, como la Torraza, ya mencionado, o La Torreta, muy próxima al castillo de Javier<sup>142</sup>.
- En 1988, el mismo año en que Recondo exponía en un libro la traducción de Javier como «casa nueva»<sup>143</sup>, defendía en otro libro que no, que significaba «Villanueva», aludiendo a los muchos pueblos de nombre «Xavier» de Navarra y Huesca, lo que es lógico si se trata de poblaciones. Pues

casi siempre designa no una casa suelta, sino villas homologables a las poblaciones, tan abundantes en el diccionario geográfico español, recogidas en la voz *Villanueva*. Y en segundo lugar, porque, con esta misma raíz, *etxea* = villa, se construyeron otras muchas villas navarras [En nota: «Echagüe, Echalar, Echálaz, Echalecu, Echano, Echarren, Echarri, Echauri, Echávarri...»]. Este era el nombre de Xavier, la Villanueva, antiquísima, fundada sobre el relieve de un suelo accidentado, como un pañuelo arrugado, cuyas puntas, por los cuatro horizontes, contenían el señorío en una extensión de 12 kilómetros cuadrados<sup>144</sup>.

También es una opción plausible: Villanueva o Pueblonuevo. Pero ¿se refiere a la villa actual o a un poblado de la Antigüedad tardía (de los siglos VI-VII, en el mapa que veremos de Menéndez Pidal), poblado que ya existiría cuando se levantó la primitiva torre?

<sup>140</sup> *Ibid.*, p. 295.

<sup>141</sup> *Ibid.*, p. 265 y nota 10.

<sup>142</sup> *Ibid.*, p. 269.

<sup>143</sup> Recondo, 1988b, p. 14.

<sup>144</sup> Recondo, 1988a, p. 5.

## Recapitulación. El dominio lingüístico

*Vasco o ibérico.* Para expresar el compuesto *casanueva*, el vasco (o el ibérico, según Menéndez Pidal, aunque la denominación es secundaria) contaba con varias formas dialectales para cada componente. Para «casa» tenía *eche/echa* y *exe/exa*. La primera forma pertenecía al dialecto vasco occidental (lo que hoy son las Vascongadas y Navarra en su casi totalidad) y la segunda forma pertenecía al vasco (o ibérico) oriental (que se extendía por los Pirineos, Aragón y una punta que se adentraba en Navarra por la parte de Javier). Para «nueva» tenía también el vasco dos formas dialectales, *barri* y *berri*. La primera era occidental (Vizcaya y Álava) y la segunda era oriental (Guipúzcoa, Navarra, los Pirineos y Aragón). Como vemos, los dominios dialectales de ambas palabras no se superponían completamente. Por tanto *Echebarri* era la forma netamente occidental, *Echeberri*, que era un híbrido, correspondía a la parte central de Guipúzcoa y Navarra, y *Exaberri* –la nuestra– era la forma netamente oriental, que correspondía a una zona que abarcaba los Pirineos, Aragón y esa punta que penetraba en Navarra por Javier. Por tanto, dentro del vasco primitivo (o ibérico), la zona del castillo de Javier pertenecía al dominio lingüístico vasco (o ibérico) extremo oriental, el de Aragón y los Pirineos.

*Romance.* Pasando al romance, el castillo de *Exaberri* se romanizó tempranamente (*Exavierre* ya en 948, *Exavierr*, *Xavier*, *Javier*), mucho antes que el resto de Navarra y en contraste con él, cuando aún se diptongaba la *e* breve tónica, haciendo familia con los *Xavierre/Javierre* aragoneses. Por lo que, en cuanto a la romanización primitiva, también pertenecía *Javier* al dominio aragonés (junto con *Sangüesa*, con su diptongo, y otros topónimos navarros). Digo romanización *primitiva* porque me refiero al primer milenio, pues siglos después Navarra tomo otro rumbo al castellanizarse.

Este escenario toponímico primitivo, que sitúa a Javier en un dominio lingüístico que –tanto en lo vasco (o ibérico) como en lo romance– pertenecía a los Pirineos y Aragón, nos ayudará a comprender la situación lingüística de su castillo y su villa.

## LA LENGUA DEL CASTILLO Y LA VILLA DE JAVIER

No se trata de averiguar aquí la lengua materna o las lenguas que hablaba en su infancia y juventud san Francisco Javier, sino cuál era la lengua propia del lugar en el que nació y en el que pasó los primeros años de su vida, hasta que con 19 años marchó a la Universidad de París (1525). Esto es, el castillo y la villa de Javier. Castillo en el que él nació<sup>145</sup>, y también, como veremos al final, su madre y su abuela.

Según algunas autoridades, se hablaba el romance, en concreto el castellano, y no el vascuence. El P. Georg Schurhammer, el máximo javierólogo de la historia y notorio vascófilo, dice taxativamente:

El Castillo en que él creció caía en terreno de habla castellana, a pesar de su nombre vasco. Es cierto que se hablaba el castellano en toda la

<sup>145</sup> Schurhammer, 1992, I, p. 13: «Fue el único de los hijos que vino al mundo en el Castillo de Javier».



cuenca del Aragón hasta Tudela, y en las estaciones romanas de Liédena y Lumbier, y en los once pueblos más hacia el norte, avanzada extrema de esa lengua, cuyo recinto se llamaba por lo mismo *El Romanzado*<sup>146</sup>.

El P. Schurhammer no aporta apenas bibliografía al respecto<sup>147</sup>, seguramente porque lo consideraba algo evidente, aunque la descripción que ha hecho de la zona tiene que responder a una fuente científica. Además su clara tendencia provasquista<sup>148</sup>, su extraordinaria acribia metodológica y su inclinación agramontesa, contraria a la corona de Castilla (quizás no del todo conforme con el sentir de san Francisco Javier y de su padre, como diré al final), hacen indudable que no hubiera escrito lo anterior sin datos que le parecieran incuestionables.

Más recientemente (pues Schurhammer escribía el original alemán en 1955) el profesor don José Luis Orella Unzué afirmaba en 2002: «En el entorno del Castillo se hablaba castellano como en todo El Romanzado»<sup>149</sup>.

Sin embargo, no existe, al parecer, documentación directa sobre la lengua *oral* a comienzos de aquel siglo en la zona de Javier. Sí existe sobreabundante sobre la lengua escrita (que era el romance: primero el navarro, después el castellano), pero en Navarra la lengua escrita no se correspondía siempre con la de los hablantes del lugar, pues el vasco era entonces una lengua ágrafa. Sin embargo, parece que hay suficientes indicios indirectos que corroboran los asertos de Schurhammer y Orella. Es lo que intento exponer modestamente a continuación.

### La romanización de Navarra en la Antigüedad

El plurilingüismo que existe hoy en Navarra y en las Vascongadas ha sido una constante en toda su historia hasta nuestros días. Incluso se podría afirmar desde la prehistoria. Dejamos de lado las Vascongadas, cuyo plurilingüismo histórico subrayó varias veces Michelena, y que en la Antigüedad se presentaba aún más complejo que en Navarra. A nosotros nos interesa la zona de Javier e, indirectamente, su reino.

En la Antigüedad la lengua principal de Navarra era la de los vascones. Y uso esta expresión neutra para no entrar en la *vexata quaestio* del vascoiberismo y de la relación de la lengua de los vascones con la de los aquitanos, ya que no pertenece a este estudio<sup>150</sup>. Si el ibérico era distinto del vasco, hay indicios de influjo ibero en Navarra, e indudablemente del celta<sup>151</sup>. Hay plura-

<sup>146</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>147</sup> *Ibid.*, nota 130, solo da una referencia de apoyo respecto al Romanzado, no a Javier. Sí es importante que aduce datos contra Lecuona, que veremos, el cual situaba la frontera del romance en ese siglo por debajo de Javier, con lo que el castillo quedaría en la zona del vascuence.

<sup>148</sup> Véanse, por ejemplo, Fortún, 2005, p. 70, nota 2; García Villoslada, 1958. Ambos, navarros. A García Villoslada (p. 506) le sublevaba de Schurhammer que «Francisco Javier aparece siempre como «ein Baske», cuando debería ser «ein Navarrese»».

<sup>149</sup> Orella, 2002, pp. 127-128.

<sup>150</sup> Una visión general sobre esta problemática, que algunos autores esquivan como si no existiese, se puede ver en González Ollé, 2004b, pp. 237-253. Una revisión muy especializada y muy crítica contra los tópicos reinantes y sobre la insostenible, se dice, identificación entre los vascones y los actuales vascos, incluso sobre la verdadera lengua de los vascones, en *Los vascones*, 2009. También lo trata Besga, 2010, pp. 46-47.

<sup>151</sup> Gorrochategui, 2004, p. 120: «Seguramente la influencia ibérica fue más cultural, debida a la superioridad de su civilización y a su asiduidad en el uso de la escritura, como se muestra en la redacción

lidad lingüística incluso alrededor de Pamplona: vascos, iberos, indoeuropeos (celtas)<sup>152</sup>.

Pues no solo había celtas en el sur de Navarra. Belasko, que no ve claros ciertos topónimos navarros que se han atribuido al celta, señala que el topónimo más claramente celta aparece precisamente en el norte de Navarra<sup>153</sup>, lo que confirma su complejidad lingüística.

Si pasamos de la prehistoria a la historia, el uso del latín en Navarra, como en el resto de Hispania, durante el Imperio romano, no necesita demostración, pero añade otra lengua al plurilingüismo de Navarra. Y lo que nos importa no es el hecho indiscutible de su uso sino su grado de enraizamiento. En el sur, en la Ribera navarra, el parecido entre el celta y el latín hacía fácil la adopción del segundo. Pero los romanos se asentaron en toda la zona vascona más de lo que podría parecer.

Como dice González Ollé, las relaciones de los vascones con los romanos no solo fueron pacíficas sino cooperativas. Y hay vestigios del asentamiento romano en las calzadas que construyeron, en las obras públicas, los cinco niveles romanos excavados en Pamplona, los topónimos de origen latino en sus proximidades, los núcleos urbanos como Cascante, que obtuvo el título de municipio y acuñó moneda con la efigie de Tiberio, las villas y fundos con nombres romanos, la cerámica romana que ha aparecido en las excavaciones<sup>154</sup>. Las termas recientemente halladas en el centro de Pamplona<sup>155</sup>. Los vascones asimilaron tempranamente, desde el siglo II antes de Cristo, la cultura romana<sup>156</sup>. Y desde entonces la convivencia de vascones y romanos, de vascón y de latín, fue ininterrumpida<sup>157</sup>.

Creo que en la práctica no se puede distinguir netamente, como intenta Jimeno Jurío, entre romanización (cultura material) y latinización (lingüística)<sup>158</sup>, pues las obras públicas partían de dirigentes romanos que ha-

de las dos inscripciones indígenas halladas en la Navarra media. Los celtas del valle del Ebro, los berones, a quienes se deben los textos de Viana, habrían ejercido una influencia muy directa sobre la parte occidental de Navarra, así como Álava, celtizando el territorio hasta un grado difícil de calcular. Se tiene la impresión, por tanto, de que la Navarra antigua era multilingüe, con predominio absoluto del vasco en las zonas más septentrionales y montañosas y presencia mayor de las otras dos lenguas en cuanto uno se acerca a sus respectivas zonas nucleares».

<sup>152</sup> González Ollé, 2004b, pp. 251-253.

<sup>153</sup> Belasko, 2004, p. 63: «Curiosamente, y buena prueba de lo difícil que resulta interpretar correctamente estos topónimos, el nombre de población más claramente céltico de Navarra aparece en el norte de Navarra, en plena zona vascófona: *Ulizama* 'la más alta'».

<sup>154</sup> González Ollé, 1997, pp. 654-656; *idem*, 1970a, pp. 37-40.

<sup>155</sup> González Ollé, 2004b, p. 236.

<sup>156</sup> Véase Mezquíriz Irujo, 2007.

<sup>157</sup> González Ollé, 2004b, pp. 254-259.

<sup>158</sup> Jimeno Jurío, 1997, pp. 34-38, reconoce que «la romanización fue extensa», pero que «no ha de identificarse necesariamente con latinización lingüística». Su argumentación es fluctuante, pues lo mismo dice que «no toda la población hablaba latín», lo que es evidente en el «toda», como afirma que «unos y otros aceptaban y asumían la cultura y la lengua del Imperio». Sus frases en contra y a favor del latín se alternan. Admite «la aceptación del latín por sectores minoritarios, pero socialmente distinguidos e influyentes», y con esto bastaría. Pero minusvalora indebidamente, pues tienen plena garantía, los estudios que menciona (pp. 35-36), y en seguida cito, de Caro Baroja en sus célebres *Materiales* sobre la intensa latinización y los de Michelena sobre el inminente peligro que hubo de desaparición de la lengua de los vascones. Sobre la lengua de los vascones, hay que tener en cuenta las conclusiones radicales de Ulrich Schmoll y de Untermann, que Jimeno Jurío no menciona. Otra cosa es la revasconización a la caída del Imperio romano.

blaban y difundían el latín *in situ*. Lo primero llevaba a lo segundo, según Ciérvide<sup>159</sup>. De tal manera que se suele usar la palabra *romanización* para indicar la introducción de la lengua de Roma (de donde viene la palabra *romance*), o sea la latinización. Alguna vez diré «romanceamiento», pero es imposible sustituir una palabra tan asentada como «romanización», que vamos a ver en todos los autores siempre con el sentido de «romanización lingüística». Que fue lo que ocurrió en el occidente del Imperio romano<sup>160</sup>, igual que la cultura helenística llevó a la expansión del griego en el Oriente asiático.

Dentro de los argumentos de orden lingüístico están los conocidos estudios de Caro Baroja en sus *Materiales*, sobre los fondos en *-ain* de la zona media de Navarra, formados con un sufijo latino *-anum* sobre un antropónimo de propietario, mayoritariamente romano<sup>161</sup>, como *Paternain* (de *Pater-nus*), etc.<sup>162</sup> O los topónimos navarros en *-in*, procedentes de los anteriores (*Morentin* < *Morentain* < *Maurentinus*)<sup>163</sup>; en *-ano* (*Amillano* < *Aemilianum*), y con otras variantes<sup>164</sup>. En cualquier caso, si se discute el sufijo, quedan los antropónimos romanos<sup>165</sup>. Y dentro del vascuence están sus muchos latinismos de época romana, como recuerda María Teresa Echenique: «El contacto vasco-latino debió ser intenso: el euskera está lleno de latinismos, que muestran, además, un contacto vasco-latino temprano»<sup>166</sup>. Son tantos los latinismos del vascuence (anteriores a los romanismos) que Lacombe afirmó que el vascuence era la primera lengua románica y Rohlf s lo llegó a llamar un «latín euskarizado», como recuerda González Ollé<sup>167</sup>.

En fin, la necesidad de contacto y medro de los indígenas con el conquistador produjo en Hispania una intensa y consciente *autorromanización*, porque, aunque el Imperio romano no imponía el latín sobre las lenguas indígenas, como expone García y Bellido, lo usaba en la península para todo<sup>168</sup>. Por

<sup>159</sup> «La romanización y su consecuente latinización», dice Ciérvide, 1998, p. 506.

<sup>160</sup> «No se conoce en el Occidente un solo documento oficial con texto escrito en dos lenguas o alfabetos. Es más, ni los documentos epigráficos ni los textos nos han transmitido noticia alguna de la existencia de un cargo oficial de intérprete o traductor dentro de la maquina burocrática romana» (García y Bellido, 1967, p. 9). El oriente del imperio fue un caso distinto. Allí Roma se encontró con una gran civilización, la griega, asentada lingüísticamente en toda la región. Como dijo Horacio, «*Graecia capta ferum victorem cepit et artes intulit agresti Latio*», «La Grecia conquistada conquistó al bárbaro conquistador». Hasta se hablaba griego en la misma Roma. Pero era muy diferente la situación de la parte occidental del imperio, formada por poblaciones fragmentadas de cultura muy inferior.

<sup>161</sup> Caro Baroja, 1945, p. 77: «es mucho mayor la proporción de nombres romanos que descubrimos».

<sup>162</sup> *Ibid.*, pp. 58-82. Topónimos con este sufijo se encuentran también en la Narbonense y en la Francia meridional. La *i* procede de una epéntesis (p. 62). Véase también sobre estos topónimos González Ollé, 1970a, p. 39.

<sup>163</sup> Caro Baroja, 1945, pp. 82-84.

<sup>164</sup> *Ibid.*, pp. 83-97.

<sup>165</sup> Sobre la entonces innovadora teoría de Caro Baroja existe mucha bibliografía y distintas opiniones. Pero, según Echenique, 1997, p. 58, esta obra «es absolutamente ejemplar [...] una obra sólida [...] una reconstrucción del pasado convincente y esclarecedora». Y, aunque la transformación del sufijo encuentre reparos de tipo fonético, estos «no invalidan la propuesta general, sagacísima y difícil de demoler para cualquier filólogo» (p. 62). Ciérvide, 1980, pp. 89-90, hace una síntesis positiva de los topónimos de Caro Baroja.

<sup>166</sup> Echenique, 1997, p. 35.

<sup>167</sup> González Ollé, 2004b, pp. 263-264.

<sup>168</sup> «Toda la vida oficial pública y privada» se realizaba en latín y los indígenas veían grandes ventajas en la adopción del vehículo universal de la lengua del Lacio, no solo para comunicarse con el Estado sino ante todo con sus propios compatriotas» (García y Bellido, 1967, p. 9).

eso la latinización partía desde abajo. Y lo que se dice de la autorromanización o latinización de Hispania vale para el territorio vascón<sup>169</sup>. Solo se retrasó en lugares agrestes e inaccesibles. De modo que Michelena cree que «el vascuence debió ver sumamente reducidos sus dominios, hasta el punto de hallarse en trance de extinción durante los primeros siglos de nuestra era»<sup>170</sup>. Lo que le salvó fue la debilitación del Imperio romano, que incluso le permitió recuperar terreno<sup>171</sup>.

Además, otro foco de intensa romanización fue la Iglesia. La Iglesia sin duda catequizaba en la lengua de los naturales del país, por bien de la evangelización, pero la liturgia se realizaba (hasta el siglo XX) en latín, en latín era la enseñanza y la formación eclesiástica, y el clero tenía que estar familiarizado con la lengua del Lacio y sus hijas neolatinas. Digamos que *la Iglesia en Occidente no ha vivido ni respirado fuera del latín*. Por eso dentro del vascuence «los latinismos son particularmente numerosos en el léxico de ámbito cristiano, que, como muy bien explicó García y Bellido, son el producto de la difusión del cristianismo como agente eficaz de latinización»<sup>172</sup>. Oigamos las palabras de este último: «El último y más decisivo golpe sufrido por las lenguas primitivas de la Península, el golpe que acabó definitivamente con ellas, fue la propagación del cristianismo, cuyos celosos apóstoles, empujados por su afán proselitista, lograron llegar y penetrar allí donde ni las armas, ni las letras, ni el comercio, ni la administración habían podido filtrarse nunca eficazmente»<sup>173</sup>.

Esta latinización se tuvo que continuar en tiempo de los visigodos, que tenían una guarnición en Pamplona, donde Chindasvinto fue coronado en el 642. Además nos consta que al menos desde el siglo VI hubo obispo en Pamplona, puesto que Liliolo asistió al III Concilio de Toledo (589)<sup>174</sup>, en el que se hablaba naturalmente en latín, quizás ya algo romanceado. Precisamente hablando de toda la zona vascohablante en su conjunto, Echenique Elizondo cree que «el período visigótico debió de ser el de mayor romanización lingüística»<sup>175</sup>, ya que «la latinización fue considerable por vía de cris-

<sup>169</sup> J. J. Sayas habla precisamente de «autorromanización» en «la mayor parte del territorio vascón». (Véase González Ollé, 2004b, pp. 256-257).

<sup>170</sup> *Ibid.*, p. 267. Y otras aseveraciones en este sentido en Jimeno Jurío, 1997, p. 36, aunque no las comparte.

<sup>171</sup> Sobre la crisis que propició la recuperación del vasco, González-Ollé, 2004b, pp. 257-259.

<sup>172</sup> Echenique, 1997, p. 35; y también en pp. 63-64.

<sup>173</sup> García y Bellido, 1967, p. 29.

<sup>174</sup> Este estudio está centrado en Navarra, y, por sus obispos, sabemos que la Iglesia estaba presente en Pamplona. Prescindo, pues, de la cristianización en las Vascongadas y su cronología, un asunto mucho más oscuro. Por otra parte, véase Sebastián Mariner, «La difusión del Cristianismo como factor de latinización», en *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VI<sup>e</sup> Congrès International d'Etudes Classiques (Madrid, Septembre 1974)* (București-Paris, 1976), pp. 271-282, artículo que plantea la dicotomía entre la cristianización como latinización y la pervivencia del vascuence. Pero más bien propone dificultades que aporta soluciones. Afirma que las hipótesis sobre la cronología de la cristianización se extienden durante «la friolera de una milenio: ¡ss. II y XI, no respectivamente!» (p. 278). En efecto, algunos la sitúan en la Baja Edad Media. Pero habría que diferenciar por zonas, distinguiendo entre Pamplona, la franja de Leyre, las tierras bajas, y, por otra parte, Guipúzcoa, Vizcaya y el extremo norte de Navarra. En cuanto a la catequización en lengua vernácula (que para Mariner es un supuesto) hay que decir que era indudable, y que una liturgia en la misma lengua era imposible (aunque él la vea «muy difícil» y por tanto con alguna posibilidad) (p. 282).

<sup>175</sup> Echenique, 1987, p. 75. Y en la p. 53 dice que el vasco «ha conocido una romanización de importancia excepcional en el período visigótico».

tianización, a consecuencia de lo cual debió surgir un romance en período visigodo»<sup>176</sup>.

En cualquier caso, los núcleos romano-latinos en territorio vascón no desaparecieron y fueron continuados por los visigodos. Y sobrevivieron después de estos, ya en período mahometano, según el testimonio de san Eulogio de Córdoba, que en el año 848 visitó Leyre y otros monasterios de la comarca, quedando maravillado de su legado latino. Naturalmente san Eulogio tenía que comunicarse con los monjes en latín o en romance<sup>177</sup>. De modo que del bilingüismo vasco-latino se pasó a un bilingüismo vasco-prerromance, que será el fundamento de la lengua romance navarra, que se formó en la Edad Media. Tenemos un ejemplo en la ciudad de Andelo. Aunque habitada desde la Edad del Bronce antiguo, fue romanizada ya desde el siglo I antes de Cristo, como muestra la arqueología, produciendo en el siglo IV d. C. núcleos residenciales en las explotaciones agrícolas vecinas, en cuyas *villae* se encuentran mosaicos, termas, etc., que dan testimonio de viviendas confortables y lujosas. Aunque el poblado se redujo, parece que siguió existiendo hasta mediados del siglo XIV. En el siglo XIII la Orden de San Juan de Jerusalén tenía en este lugar algunas heredades<sup>178</sup>. ¿Qué hablaban los habitantes de la *Andelo, ciudad romana*, como la califica Mezquíriz Irujo, y los de las ricas *villae* circundantes? Sin duda latín. Y sus sucesores en la Edad Media, probablemente una forma evolucionada del latín.

De la *Romania submersa* (una denominación que se aplica al norte de Africa<sup>179</sup>) nació la *Romania emersa*, como explica González Ollé<sup>180</sup>: «postulo también para Navarra, la presencia en su espacio geográfico, coexistente con la *Romania emersa*, de una *Romania submersa*, cuna de aquella»<sup>181</sup>. Lo que supone, repito, que hubo en Navarra grupos latinizados, los *nobiliore*s, que nunca perdieron su lengua, pasando del latín al romance sin solución de continuidad. Un cronista árabe del siglo X dice de los navarros que «la mayoría hablan vasco (*al-bashkiya*), lo cual les hace incomprensibles»<sup>182</sup>. Al decir «la mayoría» está indicando que una minoría hablaba romance. Y de esa minoría surgió el núcleo que formó la corte real y el reino de Navarra. Pues, como dice Ciérvide, «el área occidental del Pirineo navarro, cuyos habitantes vivían aferrados a sus caseríos de población reducida, pagana, por lo menos en parte, y vascohablante, no podía constituir el foco de irradiación de un reino cristiano»<sup>183</sup>. El reino cristiano solo podía nacer de los romancehablantes.

Es interesante lo que también dice Ciérvide a propósito de Sancho Garcés I (905):

¿En qué lengua se relacionarían la elite naciente navarra y sus caudillos y los Banu Qasi zaragozanos? Lo más probable sería en latín o, acaso, en un romance inicial, al igual que las mozarabías coetáneas de Toledo y Córdoba

<sup>176</sup> Echenique, 1986, p. 159.

<sup>177</sup> Ciérvide, 1998, p. 501: «Es presumible que tan egregio visitante de tradición hispano-goda se entendería con sus hospitalarios anfitriones en latín y acaso familiarmente en romance».

<sup>178</sup> Mezquíriz Irujo, 2009, pp. 37-45.

<sup>179</sup> González Ollé, 2004a, p. 133.

<sup>180</sup> Sobre todo ello, González Ollé, 2004b, pp. 263-269.

<sup>181</sup> *Ibid.*, p. 269.

<sup>182</sup> Jimeno Jurío, 1995, p. 70; Ciérvide, 1998, p. 500.

<sup>183</sup> *Ibid.*, 1998, p. 501, nota 12.

ya que no es pensable que lo fuera de otro modo al pertenecer dicho linaje a la cultura hispano-romano-goda de Zaragoza y el interlocutor navarro a una elite cuyos derechos pretendían basarse en la legitimidad hispana romano-goda.

Y añade, corrigiendo a Jimeno Jurío: «La presunta vasquidad lingüística y cultural de los Banu Qasi la considero sencillamente imaginaria y no nos permite pensar en una presencia posible del euskera en las relaciones entre ambos linajes»<sup>184</sup>. Es decir, que la corte regia se preciaba de continuar la legitimidad hispano-romano-goda<sup>185</sup>. Y su lengua. Hasta lo admite Jimeno Jurío, aunque sea casi de paso: «A medida que *el latín evolucionaba en los ámbitos sociales donde estaba en uso*, se gestaban los romances»<sup>186</sup>.

Es decir, que la estructura tardorromana –latino hablante– subsistió. En lo seglar y en lo eclesiástico. Repito una frase anterior: la Iglesia en Occidente no ha vivido ni respirado fuera del latín. Luego, si la Iglesia pervivió en Navarra, pervivió el latín. Y de todo ello nació el romance navarro, como vamos a ver más detalladamente a continuación.

(Es muy de notar que actualmente se defiende y se intenta sacar a luz la existencia también de un romance autóctono incluso en Guipúzcoa y Vizcaya, desarrollado a partir de los focos de implantación del latín en esos territorios en tiempo romano y visigodo. Es una original línea de investigación abierta, y reiteradamente defendida, por la profesora María Teresa Echenique Elizondo desde hace más de veinte años<sup>187</sup>, y que se va abriendo camino gracias a las investigaciones de Carmen Isasi, profesora de la Universidad de Deusto, que, con un grupo de investigadores, está profundizando positivamente en esta novedosa cuestión).

### La Edad Media. «La lengua de Navarra» y «la lengua de los navarros»

El plurilingüismo de Navarra no decreció sino que aumentó en la Edad Media. Además del vasco y el latín se añadieron dos lenguas nuevas: el árabe de los invasores (que dejó huella en la toponimia<sup>188</sup>) y el hebreo religioso de los judíos. En el siglo IX en Pamplona (que fue ocupada por francos y árabes) coexisten nombres de persona vascos, romanos, visigodos y árabes<sup>189</sup>.

Por otra parte, el latín se había dividido en una porción de dialectos: el romance navarro autóctono, las lenguas occitanas (y, entre ellas, el gascón) de

<sup>184</sup> *Ibid.*, p. 500.

<sup>185</sup> *Ibid.*, p. 502.

<sup>186</sup> Jimeno Jurío, 1997, p. 56 (cursiva añadida); *idem*, 1995, p. 82, dice que en la Pamplona del siglo XI, junto al vascuence de los nativos, estaban *el latín vulgar y el incipiente romance navarro de unas minorías*, además de las lenguas de los inmigrantes franceses. Esta frase supone un grupo social de lengua latino-romance navarra, que naturalmente tenía sus raíces en el Imperio romano. Lo que no entiendo es por qué los romance hablantes navarros no eran igual de «nativos» que los vasco hablantes en la Pamplona de entonces.

<sup>187</sup> No es el momento de exponerlo aquí, pero lo trata monográficamente Echenique en 1986 y 1991; y de paso en 1987 (cap. 4, más amplio que en la primera edición de 1984); y en 1997, p. 36.

<sup>188</sup> Ciérvide, 1980, p. 90; Belasko, 1996, p. 17 (*idem*, 1999, p. 17). *Azagra*, de la merindad de Tudela, y probablemente *Tafalla* son topónimos árabes.

<sup>189</sup> González Ollé, 1997, p. 658. A veces los nombres de persona estaban formados por lenguas heterogéneas, como en *Muhammad Ibn Lope*.

los inmigrantes francos<sup>190</sup>, el mozárabe<sup>191</sup>, el riojano y el aragonés en la periferia, y finalmente el castellano. Aparte del uso del mismo latín como lengua de los documentos oficiales, del derecho público y privado, y naturalmente de la Iglesia. Los documentos pasaron a redactarse del latín al romance navarro hacia 1220<sup>192</sup>, hasta que llega un momento en que se escriben en castellano.

Pues las distintas lenguas romances se fueron viendo sustituidas paulatinamente por el romance navarro y este por el castellano. Naturalmente los cristianos mozárabes que huían del dominio musulmán asimilarían rápidamente su naciente idioma neolatino al de Navarra. El occitano de los inmigrantes del sur de Francia<sup>193</sup>, que vivían en los burgos aislados de los vascohablantes, fue sustituido hacia 1400 por el romance navarro<sup>194</sup>. Al final de la Edad Media todas las variantes se vieron sustituidas por el castellano, aunque conservando algunos dialectalismos del navarro. Según Gorrochategui, la sustitución se produjo progresivamente a partir del siglo XIV<sup>195</sup>, y, según González Ollé, estaba consumada al final del siglo XV, mucho antes de la unión política<sup>196</sup>. Lo cual le parece paradójico a este último: «No resulta fácil explicar por qué Aragón conservó durante más tiempo sus peculiaridades lingüísticas, toda vez que sus relaciones con Castilla fueron más intensas que las de Navarra durante la Edad Media –hasta el punto de haber entronizado una dinastía castellana– y culminaron en una unión política más temprana y más estrecha»<sup>197</sup>. Pienso que un cambio de dinastía no conlleva un cambio brusco de lengua en un territorio extenso, como es el caso de Aragón, y como está claro en Cataluña. Por otra parte, aunque la relación política de Castilla con Navarra era menos estrecha que con Aragón, Navarra colindaba al sur y al oeste con el reino castellano. Al oeste, con las Vascongadas de la corona de Castilla, con las que compartía el vascuence, y que, por afinidad, le contagiarían su romance castellano, nacido en sus aledaños y muy pronto asimilado<sup>198</sup>. El romance de Navarra era más débil socialmente que el de Aragón, más absorbible, y el prestigio del castellano era mucho mayor entre los navarros que el del aragonés.

¿Cómo se produjo el romance navarro? O por invasión de las zonas romances limítrofes, en el valle del Ebro y en la frontera con Aragón, o por un

<sup>190</sup> Llegaron hasta Toledo, cuyos dos primeros preladados fueron gascones. Gascón eran el autor del *Auto de los Reyes Magos* (González Ollé, 1969, p. 289, nota 19).

<sup>191</sup> Michelena, 1987, dice: «los restos mozárabes que no son escasos [...] en Navarra» (p. 74). Ciérvide, 1998, p. 500, nota 7, exhuma los textos sobre los mozárabes de Tudela.

<sup>192</sup> Según Lacarra (González Ollé, 1970b, p. 50).

<sup>193</sup> Sobre la vitalidad del occitano, el gascón y el bearnés en Navarra, véase González Ollé, 1969. Como es sabido, en un tiempo los francos llegaron a ser más numerosos en Pamplona que los vascohablantes (*ibid.*, p. 295).

<sup>194</sup> Jimeno Jurío, 2004, pp. 180-181. Según Ciérvide, 1998, p. 512, el último documento en occitano es de 1380. El aislamiento es lo que defendía el idioma de los francos. Cuando cayeron las murallas y las discriminaciones jurídicas y sociales, es cuando declinó el occitano (González Ollé, 1969, p. 295). Además la asimilación tuvo que ser fácil, pues se sentían políticamente más próximos a los españoles que a los franceses (*ibid.*, pp. 288-289). Y, como es sabido, su lengua era muy afín al castellano.

<sup>195</sup> Gorrochategui, 2004, p. 107.

<sup>196</sup> González Ollé, 1970b, pp. 82-84, 93.

<sup>197</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>198</sup> Besga, 2010, p. 63, «El mismo castellano nació en un territorio que comprendía también la zona más occidental del País Vasco, y, como ha señalado Anselmo Carretero, comenzó a hablarse en tierras de Vizcaya y de Álava antes que en Soria, Segovia y toda la Castilla al sur del Duero, y mucho antes que en la mayor parte de León y todo el resto de España».

desarrollo autóctono a partir de los hablantes latinos que poblaban el territorio desde el tiempo de los romanos. Los numerosos y minuciosos estudios de González Ollé<sup>199</sup> han consolidado la segunda tesis, sin que niegue el influjo de los romances del sur y del este aragoneses. El romance navarro es muy parecido al aragonés, de modo que tradicionalmente se ha hablado de navarro-aragonés sin más, pero el parecido se explica por la contigüidad territorial con Aragón, lo que no impide que el desarrollo hubiera sido autóctono (no por invasión) y simultáneo. Era autóctono porque los descendientes de los romanos no habían desaparecido. En los documentos encontramos nombres (*Domingo*), apellidos (*Ferrero*) y motes (*Rompesacos*) romances junto a otros vascongados<sup>200</sup>, lo que sugiere bilingüismo.

Por otra parte, Ciérvide *adelanta* el romanceamiento respecto a otros autores: «La opción por la cultura romance fue un hecho a partir del siglo XII, tanto en la zona media como en el sur. A través de los romances se establecieron contactos de todo orden con sus vecinos aragoneses, riojanos y castellanos»<sup>201</sup>. Y también lo *amplía*: «Afirmar que el romance en el siglo XIV era exclusivo en Navarra de minorías letradas, es sencillamente erróneo y manifiestamente abusivo»<sup>202</sup>. Y que el hecho de que el romance navarro hubiera sustituido al latín en el uso escrito indica que su difusión social se había extendido por todo el reino<sup>203</sup>.

En cualquier caso, los navarros tenían conciencia de su propia lengua romance. De modo que en el siglo XIV el «lengoage de Navarra» y el «ydiomate Navarre terre» (el de la coronación de Carlos III en 1390, cuyo texto se conoce) no era el vascuence sino la lengua romance del reino<sup>204</sup>. Romance navarro, que en un acuerdo sinodal de 1454 es calificado de «lengua vulgar y maternal»<sup>205</sup>.

Mientras que la «lingua Nauarrorum», expresión de un documento *privado* de la época de Sancho el Sabio (1167)<sup>206</sup>, designaba el vasco, puesto que se refiere a dos palabras vascongadas incluidas en un texto latino<sup>207</sup>, o, a decir de Martín Duque, a «algunas voces de la *lingua Navarrorum*, es decir, la jerga de los campesinos y pastores de aquellos y otros parajes»<sup>208</sup>. O, como dice González Ollé, la «lingua Nauarrorum» sería la «de los *navarros*, no de *Navarra*, es decir, alude a la lengua de los campesinos asentados en la región montañosa»<sup>209</sup> en el siglo XII, en el que el reino tenía distinta extensión que en el XIV.

<sup>199</sup> Recomiendo González Ollé, 2004a, como una decantación transparente, sin notas, de sus trabajos anteriores.

<sup>200</sup> González Ollé, 2004b, pp. 235-236.

<sup>201</sup> Ciérvide, 1998, p. 506.

<sup>202</sup> *Ibid.*, p. 508.

<sup>203</sup> *Ibid.*, p. 509.

<sup>204</sup> González Ollé, 1999, pp. 308-309; *idem*, 1970b, pp. 48-49; Jimeno Jurío, 1997, pp. 56-57. También *idem*, 1995, pp. 136-138, con la fotografía del documento con la frase *in ydiomate Navarre terre*.

<sup>205</sup> Jimeno Jurío, 1997, p. 57.

<sup>206</sup> Publicado por Goñi, 1997, doc. 305, pp. 267-269. Una fotografía de la frase del documento, en Jimeno Jurío, 1995, p. 69. La editorial Mintzoa de Pamplona publicó en 2001 un facsímil del documento (*Lingua Navarrorum 1167*) en 365 ejemplares, imitando el pergamino, guardado en un estuche de madera, junto con un texto explicativo, con la colaboración de José Goñi Gaztambide y otros.

<sup>207</sup> González Ollé, 1970a, p. 50.

<sup>208</sup> Martín Duque, 1999b, p. 409 [2002, p. 964].

<sup>209</sup> González Ollé, 1970b, p. 49, nota 2. Las cursivas son del autor.



Es decir, aquí *nauarrorum* se interpretaría no como un etnónimo sino como un sociónimo, pues en el texto latino se alude a términos pastoriles y campesinos<sup>210</sup>. Y que es un sociónimo queda más claro en el fuero concedido a los francos en Pamplona (1129): «que no habiten entre vosotros ni *navarros* ni clérigos ni soldados ni infanzones»<sup>211</sup>. Los *navarros*, pues, aparecían como una clase social más. También se ve en el Fuero General de Navarra, escrito en romance, donde se introduce unas voces vascas con las palabras «donde dize el navarro», como si todos no fueran navarros. Aquí «navarro» equivale a «vascohablante», como se puede ver por un texto paralelo: «que dize el bascongado»<sup>212</sup>, señal de que había clases sociales con distintos idiomas. Martín Duque le dedica unas páginas a la interpretación del término «navarro» como un sociónimo<sup>213</sup>, de las que entresaco estas palabras:

R. M.<sup>a</sup> Azcue registra, quizá como arcaísmo, común todavía en su tiempo a casi todos los dialectos vascuences, la acepción de *nabar* como «reja de arado». Parece, pues, admisible, siquiera como hipótesis, que en la región pamplonesa se conociera vulgarmente como *nabarrus* o *navarrus* al usuario habitual del instrumento más característico de la vida agraria. La voz no tendría así originariamente significado étnico sino social, y equivaldría al *arator* de los textos europeo-occidentales de la época, acepción que soterradamente subsistió al menos hasta mediados del siglo XII. No resulta de este modo casual que en ciertos textos forales navarros de la primera mitad de esta centuria aflore todavía el término *navarrus*, captado más de tres siglos atrás por los analistas francos, como sinónimo de *rusticus*, *villanus*, es decir, miembro de la masa de población campesina de condición servil<sup>214</sup>.

Piensa Martín Duque que los analistas francos de tiempo de Carlomagno, hacia el año 800, serían los que habrían notado la distinción entre pamploneses y navarros (y los que, después, a partir de los *Navarri* acuñarían el corónimo Navarra). De modo que primitivamente los dos términos indicarían dos clases sociales: «La hipotética distinción entre *Pampilonenses*, la minoría aristocrática-militar y señorial, y *Navarri*, mano de obra de las villas de señorío»<sup>215</sup>. O bien:

Más que meros etnónimos equivalentes, como se han interpretado en bastantes ocasiones, *Navarri et Pampilonenses* serían probablemente

<sup>210</sup> González Ollé, 1999, p. 316.

<sup>211</sup> «*Et nullus homo non populet inter uos nec nauarro neque clerico neque milite neque ullo infanzone*». Véase en Martín Duque, 1999a, p. 81, nota 120; *idem*, 1999b, p. 409, nota 33 [2002, p. 964, nota 33]. González Ollé, 1999, p. 316, nota 18, de donde concluye: «Así, la *Navarrería* era el barrio de los labradores».

<sup>212</sup> Ambos textos, en Alvar, 1953, pp. 303-304.

<sup>213</sup> Martín Duque, 1999b, pp. 407-410 [2002, pp. 962-966], bajo los epígrafes «De los “Vascones” a los “Pamploneses” y “Navarros”», y también «“Reino de Pamplona”, “rey de los Pamploneses”, “rey de Navarra”». Y en *idem*, 1999a, pp. 60-61: «“Pampilonenses”, “Nabarrri” y Navarra. Posibles claves».

<sup>214</sup> Martín Duque, 1999a, p. 60, con el apoyo documental en la nota 120 (p. 81). Casi con las mismas palabras, *idem*, 1999b, pp. 408-409, con más documentación en la nota 33 [2002, p. 964]. Fortún, 1998, p. 629: «[Navarra] derivaba del indicador étnico, o más bien, social que hacía referencia a la masa de población campesina, pues *navarrus* (del vasco *navar*, arado) era sinónimo hasta el siglo XII de *arator*, *rusticus*, *villanus*».

<sup>215</sup> Martín Duque, 1999a, p. 60.

en aquel contexto «sociónimos», es decir, traducirían la dicotomía social propia de la época en todo el Occidente europeo. El segundo término remitiría a la nobleza, los miembros de la minoría dirigente, los *seniores Pampilonenses* de los textos documentales autóctonos desde el siglo X<sup>216</sup>.

El jesuita José de Moret (1615-1687) fue el que descubrió la frase «lingua Nauarrorum» en el documento de 1167 y el que entonces emparejó «lengua Vascongada» con «lengua de los Navarros»<sup>217</sup>. También fue él el que, fundándose en el mismo documento, puso en circulación que la frase es de Sancho VI el Sabio: «el Rey D. Sancho el Sabio la llamó *Lengua de los Navarros*»<sup>218</sup>.

Pero hay que insistir en que se encuentra en un documento *privado*, y en que la expresión no es del rey sino de los litigantes, o mejor, del notario que redactó la concordia<sup>219</sup>. Por todo ello ciertamente no es un documento regio, aunque tópica y perseverantemente se continúe atribuyendo al monarca. Además ni siquiera lo firmó, pues su espacio está en blanco y estamos ante el documento original, no ante una copia<sup>220</sup>. Pero, aunque lo hubiera firmado el rey, ¿lo habría leído o solo le dirían de qué trataba en general? ¿Es que él sabía latín? ¿Se habría enterado de lo de «lingua nauarrorum»? Pero, repito, en cualquier caso no era un documento regio. Como dice Victor Manuel Arbeloa: «Pero mucho más bulto tiene el error de volver a hacer de nuestro Rey Sancho el Sabio, como se ha hecho casi hasta hoy *ad nauseam*, el autor oficial del controvertido sintagma *lingua navarrorum*»<sup>221</sup>.

Las expresiones son parecidas (*lengoage de Navarra* y *lingua Nauarrorum*), pero pertenecen a épocas distintas y tienen alcance distinto. El primer documento se refiere a la lengua oficial del reino<sup>222</sup> en el siglo XIV y usa un término geográfico, el segundo es privado, usa un término personal y se refiere a la

<sup>216</sup> *Idem*, 1999b, p. 408 [2002, pp. 963-964]. Véase *idem*, 1999a, pp. 60-61; Besga, 2010, p. 38, nota 93.

<sup>217</sup> Moret, 1665, p. 90: «Que la lengua Vascongada, que oy retienen las montañas Septentrionales de España, Nauarra, Guipuzcoa, Vizcaya, y Alaua sea inmemorial, primitiua, y originaria en estas regiones desde la primera poblacion de España, parece se comprueba, no sola [*sic*] por conjeturas verisimiles, y prudentes, sino aun con eficacia mayor. Lengua de los Nauarros la llama absolutamente vna escritura de agora cerca de quinientos años, fecha en el de la Encarnacion 1167, que se vè en el libro redondo de Iglesia de Pamplona [...]».

<sup>218</sup> Moret, 1684, p. 4: «La qual en lo antiguo fue comun de todos los Pueblos Vascones, como el mismo nombre de Vascuence lo dize: y el Rey D. Sancho el Sabio la llamó *Lengua de los Navarros*». La cursiva es del P. Moret. Se puede ver también, con ortografía modernizada, en Moret, 1988, I, p. 25.

<sup>219</sup> La atribución de la frase al rey Sancho es un tópico generalizado. Pero Sancho el Sabio no denominó nada. El documento trata de una concordia entre Pedro, obispo de Pamplona, y el conde Beila sobre la administración de una hacienda y su vaquería: «*Ego Petrus [...] et ego comes Beila [...] fecimus hanc cartam...*». Ellos dos son los que la «hicieron». Según Goñi Gaztambide (2001, p. 14) el redactor hablaba vasco y romance, pero su latín era desastroso y por eso dejó en vasco las dos palabras que no supo traducir.

<sup>220</sup> Al final del largo documento se dejó un hueco para que lo refrendara con su firma el rey Sancho el Sabio, pero el sitio de la firma está en blanco. Y, como el documento de la catedral de Pamplona es una «carta partida por ABC» (Goñi, 1997, n.º 305; *idem*, 2001, p. 1), sabemos que se trata de un original (*ibid.*, p. 11). Una carta partida por ABC es una carta doblada por la mitad, en la que se escribe el texto en las dos mitades y en la línea del doblar se escriben letras: A, B, C... Después se corta la página, con lo que quedan las letras divididas por la mitad. Al juntarse las partes y coincidir las letras partidas, se comprobaba la autenticidad del documento.

<sup>221</sup> Arbeloa, 2004, p. 128.

<sup>222</sup> En romance navarro están redactados el *Fuero general de Navarra* y sus *amelloramientos* (González Ollé, 1970b, p. 47). En un documento de 1344 se habla de su transcripción *in ydiomate Navarre* al mismo tiempo que *in ydioma gallicanum*, dos lenguas romances (González Ollé, 1970b, p. 49).

lengua de los campesinos de la Navarra del siglo XII. No es lo mismo la lengua oficial de una nación que la lengua de sus habitantes. Se pueden poner muchísimos ejemplos, como el del Paraguay (español/guaraní), pero valga uno europeo, el de Luxemburgo, donde el francés es la lengua oficial de la legislación, mientras que la población habla un dialecto del alemán.

Esta situación de diglosia se manifiesta también en otros documentos navarros con «referencias tales como: *dicebatur rustico vocabulo Ataburu; dicitur in basconea lingua Mussiturria; bascones vocant Ygurai*; etcétera»<sup>223</sup>. Dice: «los vascones lo llaman Ygurai...», no «lo llamamos»; el escritor, que vivía en Navarra, habla, pues, desde otro plano lingüístico.

## Diglosia

He mencionado un estado de diglosia, el cual interesa por lo que veremos después sobre la familia de san Francisco Javier. Como es bien sabido, la diglosia consiste en un estado especial de bilingüismo, en el que una de las dos lenguas goza de mayor prestigio y de un estado social y político superior. En la diglosia la lengua de mayor prestigio puede ser minoritaria en el conjunto de la población, pero poco a poco los otros hablantes aprenden la lengua de mejor estatus y van olvidando la propia. Este triunfo de la minoría rectora sobre la inmensa mayoría poblacional es el que se dio en la España musulmana, en la que se impuso el árabe de los relativamente pocos invasores sobre el latín y las lenguas neolatinas de la población hispana; y, contrariamente, en América respecto al español y las lenguas aborígenes. Es un hecho muy frecuente.

En Navarra se produjo el mismo fenómeno. Hemos visto que el romance navarro fue absorbiendo lentamente el vasco, y después cedió –desde dentro y antes de su anexión a la corona de Castilla– ante el castellano. Así, toda la documentación de la Navarra medieval está en latín primero y después en sus distintos romances: navarro, occitano, castellano.

Las relaciones políticas exteriores (y Navarra las tenía con Aragón, Castilla y León) hacían necesario el uso del romance en la esfera política. Los reyes de Navarra tenían que conocer el romance para comunicarse con los otros reyes y sus aristocracias, con los que gozaban de parentesco<sup>224</sup>. Como cuando el rey Sancho VII el Fuerte participó en la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Por otra parte, el mismo reino de Navarra dominó sobre territorios de lengua romance, como La Rioja, que conquistó Sancho Garcés I (905-925), poniendo la capital en Nájera<sup>225</sup>. Estas agregaciones llegaron a su máxima expansión con Sancho el Mayor (1004-1035) que incorporó a su reino los condados de Castilla, Aragón, Sobrarbe y Ribagorza. Sin duda él y su cancillería tenían que entenderse en romance con sus nuevos territorios. Y, en cuanto al interior, la

<sup>223</sup> González Ollé, 1970b, p. 64; más textos parecidos en González Ollé, 1970a, pp. 46-47; *idem*, 1997, pp. 661-662; *idem*, 1999, p. 311; *idem*, 2004b, pp. 233-234. Alvar, 1953, pp. 303-304.

<sup>224</sup> Ciérvide, 1998, p. 502, citando a Martín Duque: «Los nexos de parentesco de la dinastía pamplonesa con las aristocracias cristianas de su vecindad y, en particular, con la estirpe análoga de los monarcas hispanos de León».

<sup>225</sup> González Ollé, 1999, p. 311. Sobre la corte en La Rioja y los monasterios riojanos, González Ollé, 1997, pp. 659-660.

monarquía y la cancillería regia, por su carácter itinerante, fueron uno de los focos de prestigio y difusión del romance en Navarra.

Esto producía una difusión social –también llamada vertical– de la lengua de prestigio, no solo en Navarra sino en toda el área vasca<sup>226</sup>. «De ahí se desprende inmediatamente que dentro del área considerada vascohablante tuvo que darse una escisión, una diferenciación vertical, sociocultural, entre vascuence y romance»<sup>227</sup>. De modo que

frente a una población mayoritaria, rural, formada por labradores y pastores, o artesanos y servidores en las villas, de habla vasca, analfabeta, existía un estamento minoritario dirigente, romanzado, urbano (inicialmente al menos, sería preferible decir palaciano y cenobial), de nobleza y clerecía (en el sentido medieval de este último término) y, en menor grado, militares subalternos y comerciantes, bilingües, cuyos modelos culturales –la escritura entre ellos– eran de origen latino<sup>228</sup>.

Todo el que quería estudiar o salir al extranjero –tal el padre de san Francisco Javier, como veremos– tenía que saber el latín y alguna lengua romance<sup>229</sup>, que en Navarra desde un cierto momento fue el castellano.

Dicho esto, hay que hacer algunas consideraciones puramente lógicas. El romanceamiento social y vertical supone un bilingüismo dentro de una misma población entre unas clases sociales y otras, pero este bilingüismo no era solo entre las personas, sino dentro de una misma persona, para que pudiera relacionarse con su entorno. Solo cuando la regresión del vasco se hubiera consumado en una ciudad, se podía dar en ella una población preferentemente monolingüe. Ni siquiera se puede hablar de territorios uniformes lingüísticamente<sup>230</sup>. En Navarra ha habido pueblos de habla vasca contiguos a pueblos de habla romance<sup>231</sup>. Por otro lado, la movilidad de la población hace que dentro de una ciudad monolingüe siempre haya personas de otra lengua<sup>232</sup>. Lo que relativiza el repetido argumento de que en tal año en tal ciudad consta que se oían el vasco o el romance. Eso no significa que esa población fuera realmente bilingüe.

<sup>226</sup> Michelena, 1977, p. 24. A propósito de la provincia de Guipúzcoa, provincia que, como dice, estaba en el centro de la zona vascohablante sin zonas limítrofes en otras lenguas, afirma: «Es público el empleo de otras lenguas escritas y oficiales [...] el bilingüismo, por lo menos, tuvo que estar siempre bastante difundido en todo el país. Uno puede dudar de que buena parte del público estuviera capacitado para apreciar los matices de las representaciones teatrales en castellano que se daban en el siglo XVI, en Rentería y Lesaca por ejemplo, pero no tiene más remedio que aceptar su realidad. Parece claro, por otra parte, que el bilingüismo establecía una separación vertical, todo lo gradual que se quiera, de clase o de cultura, no horizontal o geográfica, en la población». Véase González Ollé, 1970a, p. 71.

<sup>227</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>228</sup> *Ibidem.*

<sup>229</sup> González Ollé, 1970b, p. 66: «Hasta el rincón del reino más apartado de la corte llegaba de ese modo el influjo lingüístico romance; desde el punto de vista social, su conocimiento se hacía indispensable para todo habitante del reino de Navarra que no quisiera quedar marginado, es decir, para las clases más altas de la sociedad, para los dirigentes de ella».

<sup>230</sup> González Ollé, 2004b, p. 234: «Hay noticias expresas de la presencia del vascuence en el sur de Navarra, en época postmedieval, estimada por lo común prácticamente desaparecida allí esa lengua, como de la existencia de muy tempranos núcleos romances en el norte».

<sup>231</sup> Unos ejemplos, en Belasko, 2004, pp. 73-74.

<sup>232</sup> Jimeno Jurío, 1997, p. 86, transcribe un documento de 1627, en el que se afirma que en todas las villas hay vascongados, «por ser muy grande la Montaña y baxar muchos della a los lugares donde, por la mayor parte y aún todos, hablan el romance y no entienden el bascuence».

## La franja del castillo de Javier

De nuevo hay que recordar que el castillo de Javier está en la misma frontera con el reino de Aragón, solo a poco más de dos kilómetros de ella. Y a unos cinco kilómetros está Undués de Lerda, el pueblo aragonés más cercano, pueblo que da nombre a la torre oriental del castillo de Javier, la torre de Undués, que mira a Aragón. Un pequeño corrimiento en la frontera hubiera hecho aragonés a Javier. De hecho varias veces cambió de manos entre la corona de Navarra y la de Aragón, hasta quedarse definitivamente en la primera.

Veamos muy someramente los complejos desplazamientos de frontera de la mano de Ubieto Arteta (1953 y 1960), y digo complejos porque «no existió una verdadera línea fronteriza, sino una zona fronteriza»<sup>233</sup>. Como Ubieto no nombra a Javier, por su menor entidad, tomo como referencia a Sangüesa, puesto que está unos ocho kilómetros al oeste de Javier, por tanto más separada de Aragón, por lo que, cuando la frontera aragonesa se trasladaba hasta Sangüesa, tenía que incluir a Javier.

Sangüesa está situada en la margen izquierda –al este– del río Aragón, por lo que su inclusión en el reino aragonés, ponía la frontera en el río del mismo nombre. Aunque era y es navarra, pasó a Ramiro I de Aragón con todos sus términos hasta el río Aragón en el siglo XI, hacia 1063-1064. Muerto Sancho el de Peñalén, con Sancho Ramírez de Aragón quedan en una sola mano Aragón y Navarra desde 1076. En 1134 se separan los reinos de Aragón y Pamplona con una frontera imprecisa, pero parece que Sangüesa queda en Navarra. Sin embargo, por el Pacto de Vadoluengo (enero de 1135) Sangüesa vuelve a ser aragonesa, quedando la frontera en el río Aragón. La frontera definitiva queda fijada en mayo de 1135, cuando Sangüesa vuelve a Navarra. Está claro que todos estos cambios conllevaban el de Javier.

Unos diez kilómetros al norte de Javier está el monasterio de Leyre, centro espiritual de Navarra. «Leyre y Javier han cultivado a través de los siglos una relación de vecindad»<sup>234</sup>, que expone el P. Recondo. Pues bien, los monjes de Leyre se consideraban súbditos del rey de Aragón, como dice Ubieto<sup>235</sup>, si bien en 1137 aceptaron el señorío del rey de Navarra. Pero, «aunque la abadía estaba situada dentro del territorio navarro, era más aragonesa que navarra [...] Tan aragonesa, que Alfonso II [de Aragón, 1162-1196] la consideraba como uno de tantos monasterios de su reino»<sup>236</sup>.

Y al revés, la zona de Undués estaba asociada a la diócesis de Pamplona en el siglo VII y no a la de Huesca<sup>237</sup>.

En la exposición anterior he prescindido de los enclaves; una ciudad o una fortaleza de un territorio podían estar bajo la obediencia del otro monarca. Así, respecto al castillo de Javier, fue «probablemente ocupado por un noble de origen navarro y alavés, don Ladrón, que había abandonado a su rey y había conquistado la fortaleza para el rey de Aragón al filo de 1200»<sup>238</sup>. Después,

<sup>233</sup> Ubieto, 1960, p. 202.

<sup>234</sup> Recondo, 2005, p. 226.

<sup>235</sup> Ubieto, 1960, pp. 206-207.

<sup>236</sup> Según J. Gofí Gaztambide (González Ollé, 1970b, p. 71).

<sup>237</sup> López Aguerri *et al.*, 2011, p. 21.

<sup>238</sup> Fortún, 2006, p. 15.

como dice el P. Recondo, «Sancho el Fuerte [1194-1234], el de las Navas de Tolosa, compró el castillo al caballero Don Ladrón por espacio de dos años. Más tarde lo compró el Infante Fernando de Aragón. Xavier se pasó al reino de Aragón. Finalmente Sancho el Fuerte volvió a comprarlo definitivamente para Navarra»<sup>239</sup>.

El último paso, como se ha visto, se debió a Sancho el Fuerte, el de las Navas, y a su política «de fortificar sus fronteras mediante la adquisición de castillos y mejora de sus defensas»<sup>240</sup> en la parte oriental de su reino. Por ejemplo, el infante don Fernando de Aragón le ofreció a Sancho el Fuerte varios castillos aragoneses, como los de Petilla y Tiermas<sup>241</sup>. Recordemos que Petilla de Aragón (donde nació Ramón y Cajal) sigue siendo hoy día un municipio navarro, aunque enclavado en Aragón. Pero lo interesante para nuestra historia es que, dentro de aquella política de adquisición de castillos fronterizos, el rey Sancho VII el Fuerte se quedó con el de Javier.

En fin, el castillo de Javier, como sus territorios vecinos, fue navarro, aragonés, de nuevo navarro, otra vez aragonés y por fin navarro, porque estaba en la misma «zona fronteriza», y –a lo que vamos– todo esto tenía repercusiones lingüísticas. Es cierto que los dos lados de una *línea* fronteriza pueden hablar distintos idiomas. Pero es natural que en una *zona* fronteriza, como precisa Ubieto, tan ajetreada y cambiante, y que estuvo durante décadas bajo un mismo monarca (1076-1134) la gente de la zona se comunicara entre sí continuamente y, en el supuesto de que una parte fuera vascohablante, la lengua de comunicación sin duda se hacía habitualmente en la lengua de prestigio, o sea, el romance navarro-aragonés<sup>242</sup>. Pero es que probablemente esa franja no era bilingüe sino solo romance. «El romance del este navarro y el del oeste aragonés tuvieron que constituir necesariamente, en sus orígenes, una misma modalidad idiomática», dice González Ollé<sup>243</sup>. Es el navarro-aragonés. Pero nos interesa llegar a 1506, el año del nacimiento de san Francisco Javier, empezando desde los orígenes.

### Javier en la misma cuna de la romanización

Primero hay que insistir en algo que se desprende de lo anterior: la comunidad cultural y lingüística que hubo entre esta zona oriental de Navarra y el Alto Aragón, tanto en lo vascónico como en lo romance. Dice Menéndez Pidal: «La Vasconia [...] no solo comprendía la Navarra actual con la Rioja Baja, sino que abarcaba casi todo el Alto Aragón hasta el río Esera»<sup>244</sup>. Y Lacarra: «Toda la política de los reyes de Pamplona en la novena centuria gira alrededor del monasterio de Leire: Aibar, Sangüesa, Liédena, Lumbier, Salazar, Ciligue-

<sup>239</sup> Recondo, 1976, p. 28. También Recondo, 1957, p. 293; *idem*, 1988b, pp. 40-42. Los documentos, de 1217 y 1223, en Escalada, *Documentos*, doc. n.º III, IV (2001, pp. 204-206). Sobre los cambios de mano del castillo, su historia y sus documentos, véase Moreno Escribano, 1969, pp. 6-10.

<sup>240</sup> Lacarra, 1972, II, p. 110.

<sup>241</sup> *Ibid.*, II, p. 112.

<sup>242</sup> Michelena, 1987, p. 81, dice, en un texto que copiaré, que el vasco-hablante se veía obligado a aprender algo de romance, pero que no ocurría lo mismo por parte de los de lengua románica. Lo que es un hecho bien conocido en las zonas bilingües.

<sup>243</sup> González Ollé, 1970b, pp. 72, 92-93.

<sup>244</sup> Menéndez Pidal, 1950, p. 462.

ta, Olza, Cabañas, Lucientes, Pintano... son los nombres que figuran en las crónicas, y de esta región, y de los vecinos valles aragoneses procede toda la documentación que de aquellos primeros caudillos se nos ha conservado»<sup>245</sup>. Lucientes y Pintano son de Aragón. Había, pues, en la Edad Media una estrecha comunidad entre la zona de Leyre, al este de Navarra, y «los vecinos valles aragoneses», comunidad que vamos a ver que se remonta a la antigüedad.

Pues en el Alto Aragón y en la parte alta de Sobrarbe, Ribagorza y Pallars se encuentran muchos topónimos de tipo vascoide, modificados además del mismo modo por la fonética romance. Uno de ellos es precisamente el nuestro de Javier, que procede de *Exaverri*, como vimos al principio, con el significado de «Casanueva» (o, según Recondo, «Villanueva»).

Como vimos, tiene una gran importancia que desde muy antiguo aparece con *x /š/* (o grafías equivalentes) en lugar de *ch*, y con diptongo: *Xavier*. El libro del P. Escalada recoge la documentación más importante de la casa de Javier, y el documento más antiguo, de 1217, empieza así: «De Xavier»<sup>246</sup>. Aunque vimos al principio todas las grafías del castillo de Javier encontradas en los textos medievales, releamos las que aparecen en los documentos de la misma familia según la documentación recogida por el P. Escalada: *Essabier*, *Exabierr*, *Exavierr*, *Issabierr*, *Issavierr*, *Xavier*, *Xavier*, *Xavier*, *Xavier*, *Xavier*, *Xavier*, *Xavier*, *Xavier*, *Xavier*. Todas están diptongadas, y con *x* (o *s*, *ss* o *j*), pero no con *ch*, de lo que se trató al principio de este estudio. La grafía con *J* inicial ya la encontramos en el siglo XIII<sup>247</sup>, aunque con otro valor fonético, que ya vimos. Ahora aparece en 1531, precisamente en la Ejecutoria de Hidalguía de san Francisco Javier<sup>248</sup>. Pero lo importante es que, salvo error u omisión, todas las grafías de la documentación sobre la casa de Javier proceden de *exa* (no *eche*) y tienen diptongo. También ha aparecido sin diptongo en otros cartularios medievales, pero raramente, y en el 948 ya se documentaba con diptongo: *Escabierre*<sup>249</sup>, donde la *sc* era una variante gráfica de la *x* (*Exabierrre*). La forma diptongada es también internacional<sup>250</sup>.

<sup>245</sup> Lacarra, 1944, p. 224. En la reedición de 2007, en p. 392.

<sup>246</sup> Escalada, *Documentos*, doc. n.º III (2001, p. 204). Véase también Moreno Escribano, 1969, pp. 6, 8.

<sup>247</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 27; y en 1968, p. 11, entre las grafías que aduce, pone ya *Javier* en el siglo XIII. Anterior, de 1102, es *Jabier*, ya visto, que fonéticamente es igual al anterior.

<sup>248</sup> No tenemos el original, pero los autores que voy a citar dependen de dos transcripciones notariales distintas, que, sin embargo, coincide en estas grafías. El notario dio curso al siguiente documento para Carlos V, que empieza así refiriéndose al futuro santo: «Sacra Magestad: Dice don Francisco de Jasso y de *Jabier*, hermano carnal é legítimo de Miguel de *Jabier*, cuyos son *Javier*, Azpilcueta e Idoçin...» (*Mon. Xav.*, II, p. 37; Escalada, *Documentos*, doc. n.º XX: 2001, p. 301; Moreno Escribano, 1969, p. 145). Este último le dedica un capítulo al pleito de hidalguía del santo (pp. 135-156). El texto, en *Mon. Xav.*, II, p. 37.

<sup>249</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 227; y en 1968, p. 11.

<sup>250</sup> La forma diptongada no es solo la única en español y en el vascuence actual (*Xabier*), sino también en otras lenguas: *François Xavier*, *Francis Xavier*, *Francisco Xavier* en portugués... En latín siempre ha sido *Franciscus Xaverius*, sin diptongo, pero en el nuevo Martirologio Romano de 2001 se distingue, como se puede ver en el índice, entre los santos que tienen como nombre de pila el nombre compuesto *Franciscus Xaverius* más un apellido y nuestro santo navarro, que aparece como *Franciscus Xavier*, puesto que en este caso no se trata del nombre de pila sino del apellido, y, como es norma, se pone en la forma vernácula del santo correspondiente. Lo mismo ocurre en el Misal Romano desde Pablo VI. Algunas lenguas modernas, por influjo del latín, pierden el diptongo, como el italiano, *Francesco Saverio*. En alemán lo normal es *Franz Xaver*, pero no falta la forma diptongada, como en el pintor Franz Xavier Winterhalter (1805-1873), aunque hoy se normalice frecuentemente su nombre con la grafía común *Xaver*.

Es cierto que, si consultamos diccionarios geográficos actuales de España y Navarra<sup>251</sup>, así como internet, encontraremos por una parte *Echeverri* o *Etxeberri*, *Etxarri*, *Etxerri*<sup>252</sup> y *Javerri* en Navarra, formas no diptongadas y también con *ch/tx* en lugar de *x/j*, pero que, como hemos visto, pertenecen al otro dialecto, al occidental, del vascuence (menos *Javerri*, que es un híbrido). Pero también encontraremos en los diccionarios geográficos otros topónimos del tipo oriental, por la inicial *J* (procedente de *x*) y por el diptongo. Además de nuestro navarro *Javier*, varios *Javierre* en Aragón, en Huesca concretamente. Menéndez Pidal dice que hay seis en Huesca, que no especifica<sup>253</sup>, pero, con un criterio más amplio, los que he localizado son los siguientes:

- *Javierre*, generalmente sin más (también *Javierre de Bielsa*). Cuya pronunciación en el dialecto belsetán ya conocemos: *Ixabierre*.
- *Javierre de Ara* (en la Edad Media, *Javierre de la Ribera de Fiscal*), que en Madoz es *Javierre de Santa Olaria*<sup>254</sup> (ayuntamiento de Fiscal), aldea del valle de Broto con cuidadas y pintorescas construcciones, cuyo remate es la típica chimenea altoaragonesa, y con una iglesia con restos románicos.
- *Jabierre de Olsón* (perteneciente al municipio de Aínsa-Sobrarbe).
- *Javierre del Obispo* (en la Edad Media *Exavierre de los Cornados*, también *de los Cornudos*, después *de la Garganta*, pues se halla junto al barranco de las Gargantas), del ayuntamiento de Biescas, que tiene una iglesia con una interesante torre cuadrangular.
- *Sierra de Javierre*, en la Hoya de Huesca.
- *Javierregay*, en el siglo IX *Exavierre Gayo* (del ayuntamiento de Puente la Reina), que estuvo coronado por un castillo que derribaron las tropas napoleónicas.
- *Javierrelatre* (del municipio de Caldearenas), junto a Latre, con chimeneas cónicas en las casas y una iglesia con un ábside románico.
- *Jabarrella*<sup>255</sup> o *Javarrella*<sup>256</sup>, antes un municipio del partido judicial de Jaca. Hoy está en ruinas, dentro del municipio de Sabiñánigo. Ya se ha explicado la falta de diptongación de este topónimo «javeriano». También hay un *embalse de Jabarrella*.
- *Jabarrillo* (ayuntamiento de Loarre), o *Javierrillo* según Madoz<sup>257</sup>.
- *Exaver Pequera/Pekera*, hoy Casanueva<sup>258</sup>, cerca de Casa Pequera, en la sierra de Loarre.

<sup>251</sup> También tiene una recopilación de «Javieres» el P. Recondo, 1957, p. 277, nota 59, pero no es exacto en las denominaciones, llamando Xavier a los Javierre.

<sup>252</sup> Estas dos formas últimas más contraídas serían de la misma etimología que las demás. Véase Belasko, 1996, pp. 190, 192 (*idem*, 1999, pp. 195, 197).

<sup>253</sup> Menéndez Pidal, 1950, p. 157.

<sup>254</sup> Madoz, 1846, IX, p. 911, dice que *Javierre de Santa Olaria* está situado en la margen izquierda del río Ara, como ocurre con *Javierre de Ara*, el cual está cerca de *Santa Olaria de Ara*. Se trata simplemente de que Madoz ha elegido otra población cercana como distintivo del topónimo. El antiguo municipio de Jánovas en 1887-1897 se fusionó con el de Albella y Planillo (al que pertenecían desde 1845 varios núcleos, como Javierre de Ara y Santa Olaria) para formar el municipio de Albella y Jánovas, que se mantuvo hasta 1974, en que se incorporaron al de Fiscal.

<sup>255</sup> *Dicc. Geogr. de España*, XI, p. 180.

<sup>256</sup> Madoz, IX, p. 611.

<sup>257</sup> El *Javierrillo* de Madoz, 1846, IX, p. 612, en Loarre, parece ser este *Jabarrillo/Javarrillo*.

<sup>258</sup> Está claro que *Casanueva* no es sino la traducción de *Exaver*.



- Topónimos que se puede ampliar fácilmente si recurrimos a los documentos medievales, a internet (*Javierre de Cercastiello*, *Javierre de Guaso*, en la Jacetania, y otros), a los despoblados (*Javierremartes*, pueblo junto a Martes, abandonado en 1785, del que queda la ermita románica, llamada de *San Javierre* o *San Javier*, que había sido su iglesia parroquial). Y si acudimos a la toponimia menor oscense, algunos de cuyos topónimos ya vimos antes<sup>259</sup>.

Prescindo de las aragonizaciones de estos nombres, si no son oficiales<sup>260</sup>. Además a veces difieren de un autor a otro<sup>261</sup> y en realidad se ha impuesto la forma castellana, oficial y oralmente. Las formas con *J* se pueden deber a una castellanización, que puede ser antigua, pues esta empezó en Aragón al final de la Edad Media; de todos modos no tiene importancia, pues es la misma castellanización que experimentó el *Xavier/Javier* del santo. Otros «Javierre», referidos a una mansión o a una pequeña aldea medieval, pueden haber desaparecido, o ser anejos de otros municipios. En la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, se pueden ver fotografías de algunas de estas aldeas.

También encontramos los dos tipos de topónimo, primero en el grupo de *Liberry*, *Lecumberri* y los dos *Iriberry*, todos de Navarra, que no diptongan, y segundo en el *Lumbier* diptongado navarro, de la misma etimología que los anteriores (*Ilumberri/Irumberri* ‘castro nuevo’<sup>262</sup>, topónimo ya analizado).

Si pasamos a los *Origenes* de Menéndez Pidal encontraremos un célebre mapa (entre las pp. 464-465) de toda la zona vasco-aragonesa (de Santander a Andorra), en el que se delimita una zona romanizada hacia los siglos VI-VII, a diferencia de otras en las que todavía predominaba el vascuence en los siglos IX-X y posteriores. La primera zona del mapa abarca el norte de Aragón pero penetra una punta en Navarra, precisamente en la parte de Javier. En la parte no romanizada en los siglos VI-VII encontramos los topónimos no diptongados, mientras que en la parte del este (la aragonesa con la punta en Navarra), veremos los topónimos diptongados sobredichos, aparte de otros muchos topónimos con diptongo sobre una base vascoide en la misma zona de Aragón. Por ejemplo, en la punta que entra en Navarra hallaremos topónimos diptongados como *Sanguësa* y *Navascués*.

Ahora bien, es sabido que tanto en aragonés como en castellano la *e* y la *o* breves tónicas del latín se diptongan. La interpretación de Menéndez Pidal es la siguiente: esa zona aragonesa pirenaica (y la punta que entra en Navarra, según su mapa) tuvo que sufrir una romanización cuando todavía estaba en

<sup>259</sup> Irigoyen, 1986, pp. 195-197, recopila topónimos aragoneses en *-vierr(e)*, que ya hemos visto: nueve *Javierre*, un *Jabierre*, *Javierremartes* y *San Javier*, un *Camino de Javier*, un *Arroyo de Javierre*, un *Juvierre* (*Jubierre*, *Chuvierre*), todos en Huesca. Aparte de los *Jabarraz*, *Chavierrella*, etc., analizados anteriormente y de la misma provincia.

<sup>260</sup> La mayoría de los nombres anteriores son los oficiales. Véase una guía de códigos postales, y el *Dicc. Geogr. de España* citado. A veces algunos no aparecen porque son simples anejos de otros municipios.

<sup>261</sup> Lo hemos visto en páginas precedentes, pero en internet se pueden encontrar también todos bajo formas aragonesas o aragonizadas no siempre coincidentes, escritas *Jabierre*, *Chabierre* (prepalatal africana) o *Xabierre* (prepalatal fricativa), también *Chabierregay* o *Xabierregai*, *Xabarrella*, etc., grafías que ya expliqué. Si se busca en internet con todas las variantes ortográficas, no acaba uno de encontrar «Javierres».

<sup>262</sup> Mejor que «Villa nueva» me parece la denominación «Castro nuevo» que le da Irigoyen, 1986, p. 193. Así sería también *Iliberry*, la actual Granada.

vigor la diptongación romance de la *e* y la *o* breves, en los siglos VI-VII (según su mapa). Sería una «romanización bilingüe estacionaria en que convivieron durante siglos gentes vascongadas con gentes romanizadas, y de ahí la abundante conservación de topónimos vascos y su fuerte adaptación a la fonética romance»<sup>263</sup>. La romanización, que avanzó desde la costa del Mediterráneo, llegó a esta zona pirenaica al comienzo de la Edad Media. «Es decir, en las riberas navarras del río Aragón, a pesar de conservar el vascuence, hubo bilingüismo desde muy antiguo, efecto de la comunicación con Jaca»<sup>264</sup>. Con la consecuencia de que los nuevos hablantes neolatinos adaptaron a su fonética los topónimos vascos de los habitantes del lugar. Lo que ocurrió en el noreste de Navarra en lugares como Javier, Lumbier, Navascués, Sangüesa y el Romanzado, según su mapa.

Alvar también señala cómo abunda el diptongo *ie* «en voces prerromanas»<sup>265</sup>. Además Lapesa mostró en un texto ya visto que el romanamiento de estos topónimos (*Javierre, Lumbierre, Belsierre*) «son anteriores a la diferenciación de los romances aragonés y catalán»<sup>266</sup>, por el contraste entre diptongación y no diptongación de las mismas palabras vascas en ambas lenguas. Desde luego son anteriores a 867, año en que se documenta el «Javier» más antiguo, precisamente con diptongo, *Exavierre Gayo* (el *Javie-rregay* que ya conocemos).

Por otra parte, los testimonios lingüísticos se refuerzan con la arqueología<sup>267</sup>. Primero y sumamente importante es que junto a Javier pasaba una calzada romana<sup>268</sup>, lo que era una fuerte vía de romanización. Y en el primer castillo de Javier, que ya conocemos, el Castellar, emplazado (y hoy en ruinas) en la colina frente a la fachada sur del nuevo, aparte de hachas del Neolítico<sup>269</sup>, se descubrieron los cimientos y murallas de un castro con su templo romano, así como un mercurio de bronce, un anillo con un epígrafe en griego y otros restos<sup>270</sup>. «Por doquier tropezaba en ella [en esta colina] el arado con reliquias romanas», dice el P. Schurhammer<sup>271</sup>. Sobre esos cimientos prehistóricos y romanos se levantó el primer castillo medieval, que, se supone, después fue sustituido más abajo por el actual castillo de Javier. Pero, además, al pie del castillo nuevo, el actual, se encontró una estela romana, cuya inscripción podemos leer<sup>272</sup>. Es decir, en Javier hubo población romana, que, cuando se hizo romancehablante, diptongó el nombre vasco del lugar. Y un substrato latino, si no desaparece, da nacimiento a un romance.

<sup>263</sup> Menéndez Pidal, 1950, p. 462.

<sup>264</sup> Menéndez Pidal, 1968, p. 42. (Esta frase no estaba en la edición de 1918).

<sup>265</sup> Ejemplificando con nuestro nombre: *Xauierre*, etc. (Alvar, 1973, I, p. 68).

<sup>266</sup> Lapesa, 1980, p. 33, nota 17. (Y en Lapesa, 1968, p. 23, nota 1).

<sup>267</sup> No he podido ver la mayoría de los estudios arqueológicos del P. Escalada que se detallan en Maruri, 2006, p. 293. Se ve que muchos son separatas de artículos (cuyas fuentes no indica), excepto su obra cumbre final: *La arqueología en la villa y castillo de Javier y sus contornos* (Pamplona, 1942).

<sup>268</sup> Escalada, 1933, pp. 378-379.

<sup>269</sup> Recondo, 1957, p. 266.

<sup>270</sup> Recondo, 1976, pp. 3-7, con fotografías de los restos arqueológicos. También *idem*, 1957, p. 266. Maruri, 2006, pp. 274-293, detalla los objetos del Museo Xaveriano que formó el P. Escalada, siguiendo los apuntes de este último. Muchos son del Castellar.

<sup>271</sup> Schurhammer, 1992, I, p. 14.

<sup>272</sup> Escalada, *Documentos*, texto y explicación en doc. n.º XXXIV (2001, en pp. 382-390, con la foto en p. 451); Moreno Escribano, 1969, pp. 3-5. Texto y foto de la estela, en Maruri, 2006, pp. 274-275.

Además en esa zona, prescindiendo de la Ribera del Ebro, es donde, según González Ollé nace el romance navarro: «Mi hipótesis sobre el principal foco originario del navarro apunta hacia el tramo medio del río Aragón, y, tras sucesivas puntualizaciones, a la zona de Tiermas (nombre bien revelador de su ascendencia latina; en efecto, corresponde, a un yacimiento termal), Yesa, Javier, Sangüesa, Lumbier, Aibar y, de modo especial, al Monasterio de Leire»<sup>273</sup>. Además en casi todos estos pueblos se han encontrado inscripciones romanas<sup>274</sup>, y «los nombres vascos ofrecen la diptongación románica: *Sangüesa, Javier, Lumbier, Navascués, Gallués, Nardués*, etc.»<sup>275</sup>. (Lo que no ha de hacernos olvidar que, como es de suponer, también había descendientes latinos dispersos por el resto de Navarra, cuya lengua se veía reforzada por la de los visigodos reinantes y después por la de los visigodos inmigrantes, lengua latina que evolucionaría en el romance navarro).

También la dinastía Jimena, que consiguió una impresionante expansión territorial bajo Sancho Garcés I (905-925), procede de esa zona del río Aragón: «A principios del siglo X una nueva dinastía, la estirpe Jimena, comienza a regir el Reino de Pamplona. Esa estirpe procedía de la zona de Sangüesa y Leire: precisamente el área más cristianizada, más romanizada, de la periferia de la Navarra vascónica»<sup>276</sup>.

Junto al influjo regio, fue más antiguo y más permanente, quizás más decisivo, el religioso del monasterio de Leyre, cuya influencia irradiaba sobre todo el reino<sup>277</sup>. Ya han señalado algunos autores, que hemos visto, cómo el cristianismo fue un agente eficaz de latinización, y seguramente después de romanceamiento. A la función de Leyre en la génesis y difusión del romance navarro le dedica González Ollé tres largos artículos (1997-1999), aparte de frecuentes alusiones en los otros. Me remito a su minuciosa exposición y argumentación. San Eulogio de Córdoba en el año 848 visitó Leyre (y otros monasterios de la comarca), quedando maravillado de su legado latino. Su comunidad tenía que hablar el latín o el romance, para comunicarse con el ilustre visitante cordobés<sup>278</sup>. Los nombres de sus monjes eran de origen latino y germánico<sup>279</sup>.

Así pues, la zona del nacimiento del romance navarro incluye el monasterio de Leyre, así como Javier, que está muy cerca de él. Todo esto se añade a la romanización del fronterizo reino de Aragón, según hemos visto en Menéndez Pidal. Javier estaba, pues, en el interior del área de la más antigua romanización y romanceamiento.

<sup>273</sup> González Ollé, 1997, p. 657. Ver también *idem*, 1999, p. 310.

<sup>274</sup> González Ollé, 1997, p. 657, nota 14; y p. 665.

<sup>275</sup> González Ollé, 1970b, p. 63.

<sup>276</sup> *Ibid.*, p. 62.

<sup>277</sup> Sobre el influjo eclesiástico y civil de Leyre, véase González Ollé, 1970b, p. 64. En el siglo XI el obispo de Pamplona era abad nato de Leyre y salía de sus claustros; Leyre tenía bajo su jurisdicción setenta y dos monasterios y cincuenta y siete villas; se veía favorecido por los reyes, que buscaban allí su corte y su sepultura; era el centro cultural más importante de Navarra.

<sup>278</sup> Ciérvide, 1998, p. 501: «Es presumible que tan egregio visitante de tradición hispano-goda se entendería con sus hospitalarios anfitriones en latín y acaso familiarmente en romance».

<sup>279</sup> González Ollé, 1997, p. 660. También aparecen nombre indígenas a finales del siglo XI, añade el autor, como Blasco y García. Sin embargo, según Irigoyen, 1981, García no viene de *artz* 'oso', como se suele decir, sino de *garzón*, latinizado *garcio*, *-onis*, siendo una palabra de origen germánico.

Recapitulemos. Aquí nace el foco principal del romance navarro, pero no por una decisión administrativa de la dinastía Jimena, ni porque a los lugareños les diera por cambiar su lengua ancestral por la de sus vecinos peninsulares, sino de un modo natural, porque ya existía de antes, como la evolución lingüística natural de los antiguos latinohablantes. La dinastía Jimena procedía de una región romanceada por los antiguos romanos y la Iglesia. Lo que los reyes hicieron fue expandir *su lengua natural* por el resto del reino con la itinerancia de la corte regia y su cancillería. Expandir y también confirmar, pues, como hemos visto, en Pamplona y en el resto del reino había otros grupos de romancehablantes, que no habían perdido el latín y lo habían hecho evolucionar por su cuenta como romance navarro, el «ydiomate Navarre terre», hasta absorber los distintos romances de los inmigrantes del sur de Francia.

Y concluyamos. Javier está en medio –en la frontera– de la romanización navarra y la aragonesa. Pero es que ambos romances eran muy parecidos, y por ello se ha hablado tradicionalmente de romance navarro-aragonés. En esa frontera eran lo mismo, como hemos leído en González Ollé: «El romance del este navarro y el del oeste aragonés tuvieron que constituir necesariamente, en sus orígenes, una misma modalidad idiomática»<sup>280</sup>.

### Objeciones. El documento de 1587

El mismo Menéndez Pidal advierte de que la diptongación en un topónimo vasco no siempre indica la romanización de sus habitantes. Hay pueblos como *Gallués*, diptongado, que en el siglo XIX era vascófono en la mayoría de sus habitantes. Piensa que ese bilingüismo se remontaría a la más antigua Edad Media, cuando aún se diptongaba, y que la minoría romanizada impusiera la forma diptongada (al lado de la no diptongada). Así lo explicaba en 1918 para «casos aislados»<sup>281</sup>, mientras que medio siglo después, en 1968, al reeditar ese mismo artículo, lo retocó, considerando válida esa explicación ya para «muchos casos»<sup>282</sup>.

Otros topónimos diptongados los explica por influjo exterior. *Sagüés* y *Egüés*, ambos de habla vasca, habrían recibido la forma diptongada de la próxima ciudad de Pamplona, como una imposición cultural y administrativa de la capital castellanohablante<sup>283</sup>. Es un hecho conocido que un pueblo vea cambiado o modificado su nombre por influjo externo o administrativo, pero en estos casos veo dificultad en que fuera por la Pamplona castellanohablante, pues la castellanización total de Pamplona es tardía y posterior al fenómeno de la diptongación. Para estos casos se podría aplicar la misma regla que para los primeros.

Pero también se puede contemplar una tercera hipótesis para todos estos casos: los pueblos con diptongación tuvieron una masa romancehablante significativa en un momento dado, pero después se revasconizaron por inmigra-

<sup>280</sup> González Ollé, 1970b, pp. 72, 92-93.

<sup>281</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 247.

<sup>282</sup> Menéndez Pidal, 1968, p. 37.

<sup>283</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 248 (y en 1968, p. 38).

ción (la mucha gente, que, como hemos visto, bajaba de la Montaña<sup>284</sup>). Aunque los cambios toponímicos por migraciones han sido un hecho corriente en todo el mundo (como en América), en particular son harto conocidos los movimientos de población vascofona en toda la región (incluso en Castilla). Acerca de la revasconización, recordemos lo que decía Michelena de que «el vascuence debió ver sumamente reducidos sus dominios, hasta el punto de hallarse en trance de extinción durante los primeros siglos de nuestra era»<sup>285</sup>. Pero con la debilitación del Imperio romano recuperó el terreno.

Entre 1918 y 1968 el cambio de opinión de Menéndez Pidal, al reeditar su artículo, se extiende a más topónimos. En 1918 piensa que en *Javier* y otros topónimos la romanización fue anterior a la diptongación románica de la *e* y de la *o* latinas breves<sup>286</sup>. Pero en 1968 suprime ese párrafo, afirmando que a los casos de *Sangüesa*, *Javier*, *Liédana*, *Gallipienzo*, hay que aplicarles la anterior explicación de *Gallués*, apoyándose en que no habían olvidado el vascuence a fines del siglo XVI<sup>287</sup>. ¿A qué se debe el cambio de opinión de Menéndez Pidal? Lo dice él mismo en una nota. Se debe a un artículo de Lecuona «en el que ha hecho la trabajosa comprobación de que *todos* los pueblos del Romanzado se catalogan como “vascongados” a fines del siglo XVI, aunque es de suponer que fuesen bilingües»<sup>288</sup>. Pero el artículo de Lecuona es hoy un artículo desautorizado por los especialistas.

En efecto, en 1933 publicó Manuel de Lecuona un documento de 1587, con una lista de los pueblos del Obispado de Pamplona, de los que piensa que están agrupados por idiomas. Tomando los pueblos de la lista, Lecuona traza una línea que separaría la parte vascohablante de la castellana, respectivamente al norte y al sur de Navarra. Y resulta que esa frontera lingüística, que pasa por Cáseda, quedaría por debajo de Sangüesa. Por tanto, en 1587 Sangüesa y Javier serían del norte vascohablante.

Además de Menéndez Pidal, otros autores también se fiaron del documento de Lecuona, pero no todos. Caro Baroja al principio de los *Materiales* acepta este documento<sup>289</sup>, pero cuatro páginas después lo vacía en la práctica, cuando afirma que por encima de la línea de 1587 «había también núcleos romances de tipo castellano-aragonés, como ocurrió en el “Romanzado”, valle de la merindad de Sangüesa, y lugares del almiradio de Navascués»<sup>290</sup>. Precisamente la zona de Javier. Como vemos, Caro Baroja desautoriza en la práctica a Lecuona, que ponía el Romanzado como vascohablante.

Al P. Recondo el documento de Lecuona le parecía definitivo en 1961, por lo que el castillo de Javier era vascongado al nacimiento del santo, pero al final de su vida (murió en 2003) publicó un libro en el que cambiaba totalmente de opinión. Según él no consta que san Francisco Javier conociera el vascuence, pero entonces el castillo no podía ser vascongado en el siglo XVI<sup>291</sup>.

<sup>284</sup> Texto ya transcrito de Jimeno Jurío, 1997, p. 86.

<sup>285</sup> Véase González Ollé, 2004b, pp. 256-267.

<sup>286</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 247.

<sup>287</sup> Menéndez Pidal, 1968, p. 37.

<sup>288</sup> *Ibid.*, p. 37, nota 71. La cursiva de *todos* es de Menéndez Pidal.

<sup>289</sup> Caro Baroja, 1945, p. 13.

<sup>290</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>291</sup> Recondo 1961, p. 125, en un artículo en el que defendía que san Francisco Javier conocía el vascuence, dice que es un «documento definitivo» el de 1587, para concluir en la p. 136 que el castillo de

Entre los inconformes hay que añadir al P. Schurhammer que, según vimos antes, afirma taxativamente que la zona de Javier era castellanohablante en 1506, para descalificar seguidamente en una nota el documento y la interpretación que le da Lecuona. Pues pone en duda que la distribución de los pueblos sea lingüística y subraya los muchos errores del texto<sup>292</sup>.

El que quiera conocer al detalle lo que hay de fiable en el documento de Lecuona, que consulte los capítulos que le dedica Jimeno Jurío<sup>293</sup>, autor que suele decantarse en caso de duda por el vascuence. Es un estudio crítico pormenorizado, que recorre todas las comarcas, pero a nosotros nos interesa la zona de Javier, y nos basta con esta frase: el tal registro «supone un atentado contra la realidad idiomática, por cuanto ignora la existencia de un importante enclave lingüístico romanizado en la Navarra oriental lindante con Aragón»<sup>294</sup>. Es decir, la zona que nos interesa: la sierra de Leyre, el Romanzado, el Almiradío, Yesa, Sangüesa, Cáseda y Aibar, donde «penetró en fechas tempranas una corriente romanizante», por lo que «en estas localidades la lengua familiar y de relación vecinal era el romance de influencia aragonesa», en aquella época<sup>295</sup>. Y por tanto en Javier. «Uno de los datos que llaman la atención en el Registro de 1587 es la inclusión de Sangüesa en la zona vascongada», dice<sup>296</sup>. Incluso ofrece un mapa de Navarra con la línea divisoria entre el vascuence y el romance en el siglo XVI, que incluye una amplia zona romance en el oriente hasta por encima de Leyre y Sangüesa, corrigiendo la divisoria que deduce Lecuona del documento de 1587<sup>297</sup>.

Por otra parte, Patxi Salaberri afirma que «la frontera lingüística de 1587 contiene errores de bulto»<sup>298</sup>. Por tanto piensa que un mapa del vascuence que se confeccione a partir del documento de 1587, como el que hizo Irigaray en 1974<sup>299</sup>, es «erróneo, ya que los datos que se dan ahí son en cierta medida falsos»<sup>300</sup>. Pues da como de habla castellana pueblos que eran vascohablantes y viceversa. «Por otro lado, entre los pueblos vascófonos aparecen Yesa, Liédena, Sangüesa, Aibar y San Martín de Unx, y está claro que, como un somero análisis de la toponimia demuestra, el euskera había desaparecido de estas

Javier era «francamente vascongado en el XVI». Los otros documentos que menciona no prueban nada sobre la lengua de la villa de Javier, pues se refieren a otras poblaciones navarras. Pero al final de su vida, Recondo, 2001, publicó un libro para desdecirse y negar que hubiera ninguna prueba de que san Francisco Javier conociera el vascuence. Hay que advertir que la estructura de este libro es desconcertante para el lector no avisado, pues al principio reproduce sin más su artículo de 1961 (con las aserciones anteriores en las pp. 18 y 29-30), pareciendo que aprueba lo que después veremos que refuta en la segunda parte. Ahora bien, si el santo no sabía el vascuence (que es lo que defiende Recondo al final de su vida), este no podía ser la lengua del castillo y la villa en los que se crió y vivió su primera juventud.

<sup>292</sup> Schurhammer, 1992, I, pp. 37-38, nota 130.

<sup>293</sup> Jimeno Jurío, 1997, pp. 83-95: 6. *El «Registro» del año 1587*; 7. *Puntualizaciones al Registro de 1587*.

<sup>294</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>295</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>296</sup> *Ibidem*.

<sup>297</sup> *Ibid.*, p. 95.

<sup>298</sup> En el prólogo a J. Jimeno Jurío, *Retrosceso del euskera en Navarra*, Pamplona, Pamiela, 2004, p. 13.

<sup>299</sup> Se refiere a A. Apat-Echebarne [seudónimo de Ángel Irigaray], *Una geografía diacrónica del euskara en Navarra*, Pamplona, Ediciones y Libros, 1974.

<sup>300</sup> Salaberri, 2004, p. 95. Sobre las deficiencias del estudio de Irigaray, 1982, acerca de Gallipienzo, véase Jimeno Jurío, 1992, p. 271.

localidades para el s. XVI»<sup>301</sup>. Incluso cinco siglos antes. Pues Salaberri, que se funda en la toponimia, hace remontar nada menos que al siglo XI la pérdida del vascuence precisamente en la zona que nos interesa: «Creemos poder afirmar que la lengua vasca no se hablaba para el s. XI en Tafalla, San Martín de Unx, Olite, Sangüesa y Cáseda, pues de lo contrario en estos lugares tendríamos hoy en día bastantes más topónimos euskéricos que los que de hecho tenemos»<sup>302</sup>.

Gallipienzo sería vascohablante, pero no Cáseda en el siglo XI. Esta diferenciación lingüística entre Gallipienzo y Cáseda en 1571 la han expuesto documentalmente Irigaray (1982) y Jimeno Jurío (1992). Puede parecer extraño, dice Salaberri, cuando ambas localidades están a un par de kilómetros. «En este caso parece que fue decisivo el hecho de que la localidad estuviera situada en la parte sur del río Aragón, como ocurre al parecer con Sangüesa»<sup>303</sup>. Javier también, por supuesto, más al oriente que Sangüesa, está al sur del río Aragón, que durante algún tiempo hizo de frontera política en ese tramo con el reino de Aragón. Recordemos cómo Sangüesa fue y volvió a ser aragonesa antes de quedarse definitivamente en Navarra. Cáseda, Sangüesa, Liédena quedan en la zona romance en el siglo X[I] en el mapa de Salaberri<sup>304</sup>.

Y frente a la fecha de 1587 del documento editado por Lecuona, transcribe Salaberri otro anterior, de 1571, que lo desautoriza: «los de Aybar, Sangüesa y Cáseda, que no entienden vascuenz», dice el documento<sup>305</sup>. Comentando: «Queda claro en esta cita que para entonces los de Aibar, Sangüesa y Cáseda no sabían euskera. Esto casa perfectamente con lo que la toponimia nos indica, pues en aquella época la mayoría de los topónimos de esas tres localidades –todos en el caso de Cáseda– eran romances»<sup>306</sup>.

### El testimonio de la toponimia

Hemos visto que Salaberri usa como argumento la toponimia, y Belasko, en la misma obra colectiva de Salaberri, le da igualmente una gran importancia a la toponimia (menor) para datar la romanización. Al comienzo dice que, aunque su estudio se centra en la Ribera de Navarra, va a tratar también de las «comarcas de Olite y Tafalla e incluso zonas más al norte como el Romanzado y Almiradío de Navascués. Esto es, las zonas en las que [la] presencia de hablas romances parece más antigua en Navarra»<sup>307</sup>.

Para averiguar la fecha de la pérdida del vascuence, Belasko se funda en la toponimia menor, no en la mayor, que suele ser fija, sino en la menor, que es fácilmente traducida cuando se produce un cambio de lengua. La toponimia mayor (ciudades, montes, ríos) suele ser inamovible por los siglos, fuera de

<sup>301</sup> Salaberri, 2004, p. 95.

<sup>302</sup> *Ibid.*, pp. 95-96.

<sup>303</sup> *Ibid.*, p. 96. De todas maneras es un fenómeno común el de los pueblos limítrofes con distinta lengua, pues la romanización fue avanzando pueblo por pueblo. Véase en Belasko, 2004, pp. 73-74, una lista de pueblos colindantes de distinto idioma.

<sup>304</sup> Salaberri, 2004, p. 97. Aunque antes ha hablado del siglo XI, en el mapa pone «siglo X».

<sup>305</sup> *Ibidem.* También se reproduce el mismo texto en Jimeno Jurío, 1992, p. 273. Y véase *idem*, 1997, pp. 89-90.

<sup>306</sup> Salaberri, 2004, p. 99.

<sup>307</sup> Belasko, 2004, p. 55.

los desgastes fonéticos (aun desgastes drásticos, como el de *Hispalis* > *Sevilla*), pero la toponimia menor se traduce con los cambios de lengua: un «camino de» tomará la forma de la lengua de sustitución. «Es obvio –dice Belasko– que un manantial de agua caliente activo, y llamado en euskera *Urberoa*, con el cambio de lengua pasa a ser automáticamente *El Agua Caliente*»<sup>308</sup>. En su metodología, por ejemplo, un 20 % de toponimia menor vasca indicaría que la pérdida del vascuence se remontaría a la Edad Media, y un 30 % a los siglos XVI-XVII<sup>309</sup>.

En su estudio dice, por ejemplo, que «el 85 % de los topónimos pamplo-neses son eusquéricos»<sup>310</sup> (pues su completa romanización fue tardía). Pero prescindo aquí de las zonas hasta no hace mucho tiempo vascohablantes. Nos interesan las romanizadas de antiguo y recojo los datos siguientes. Pienso Belasko que pudieron perder la lengua vasca en el siglo X Olite, Pinillas y Carcastillo con un 1%, un 5 % y un 3 % respectivamente de «toponimia eusquérica». Se inclina por el siglo V (con interrogación) como el de la romanización completa para Villafranca, Navascués y Sangüesa, los tres con un 0 % de toponimia eusquérica<sup>311</sup>.

Por otra parte, Sangüesa tuvo un Estudio de Gramática, el único de toda la merindad, del que hay constancia al menos desde 1241<sup>312</sup>, y sabemos cómo la escuela fue un medio eficaz de romanceamiento en la historia de Navarra. El estudio enseñaba primordialmente latinidad, pero está claro que desde una base romance. No se pasaba del vasco al latín directamente. Los clérigos que aspiraban a un beneficio eclesiástico tenían que saber «leyer, cantar et construir»<sup>313</sup>. Ahora bien, ¿qué significaba «construir»? Pues, «esto es, traducir frases latinas al castellano o del castellano al latín», según su editor Jimeno Jurío<sup>314</sup>.

Sangüesa, con un 0 % de toponimia menor eusquérica y romanizada hacia el siglo V, implicaba Javier, que está más cerca de Aragón. Pero veamos la toponimia menor de Javier. Pues tenemos datos específicos sobre ella. Belasko dice de Javier: «La forma actual de este nombre es la esperada en una zona romanizada desde antiguo y donde la toponimia menor es ya romance por completo»<sup>315</sup>. En la vida de san Francisco Javier del P. Recondo hay un mapa de la zona del castillo de «Xavier en el siglo XVI», rodeado de topónimos castellanos, y se aclara en una nota que «si se exceptúa *El Zarrastiero*, como vertedero de “zarrios”, en tiempo todavía reciente, no se registra toponimia vascongada en el territorio de Javier»<sup>316</sup>. Pero es que aun ese único topónimo es más que dudoso que sea vasco<sup>317</sup>. Los topónimos que rodean el castillo de

<sup>308</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>309</sup> *Ibidem.*

<sup>310</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>311</sup> *Ibid.*, pp. 72-73.

<sup>312</sup> Navallas y Labeaga, 2006.

<sup>313</sup> Véase, en Jimeno Jurío, 1973, p. 258, este requisito en una ordenanza de 1341, y similarmente, en otras de pp. 290 y 299.

<sup>314</sup> *Ibid.*, p. 246; Navallas y Labeaga, 2006, p. 12.

<sup>315</sup> Belasko, 1996, p. 251 (*idem*, 1999, p. 259).

<sup>316</sup> Recondo, 1988a, p. 6 (mapa) y p. 7, nota 16.

<sup>317</sup> El P. Recondo habla en pasado. Me dicen los jesuitas que viven actualmente en Javier, aun mayores, que no les suena este topónimo en absoluto. En internet no existe, y es raro que algo no exista



Javier son así como El Castellar, Malpaso, El Viso, San Felices, La Torreta, etc. En internet hay una web de Toponimia Oficial de Navarra, en la que se pueden ver los 219 topónimos del municipio de Javier: «*Abadía, Adoratorio* [etc., hasta] *Las Viñas Viejas, El Viso*». La casi totalidad de estos topónimos menores son transparentes para un hispanohablante cualquiera.

Resumiendo, según Salaberri en el territorio al sur del río Aragón no se hablaba vasco desde el siglo X u XI; según Belasko posiblemente desde el siglo V, fundándose ambos en la toponimia.

### Conclusión. Un dominio cultural y lingüístico

Recapitulemos. Encontramos la zona de Javier, en la frontera de Navarra, entre dos zonas toponímicas contrastadas (con algunos lugares solapados con topónimos híbridos, como vimos): la occidental vasconavarra de *Echebarri* y la oriental pirenaica de *Exaberrri*; la vasca pura y la romance aragonesa que diptonga. Recordemos la zona de la diptongación de *Javier/Javierre*, que en el mapa de Menéndez Pidal abarcaba el norte de Aragón (Huesca principalmente), penetrando una punta en la región de Javier, Sangüesa y el Romanzado. Según Menéndez Pidal era una zona de romanización, aún bilingüe, en los siglos VI-VII y una zona de rasgos comunes. Toponímicamente, *Javier* no forma comunidad con las formas vascas *Echeverri, Etxarri, Etxerri* y *Javerri* de la misma Navarra, sino con los múltiples y diptongados *Javierre* de Aragón. Más arriba dije que, si uno miraba en el mapa de Menéndez Pidal la línea divisoria de *exe*<sup>318</sup>, vería cómo la villa y el castillo de Javier están cerca de esa frontera lingüística, pero dentro del dominio lingüístico de Aragón, como si fuese su espacio natural. Hemos visto también que *El Castellaz*, el castillo más antiguo en el recinto de Javier, así como el antiguo molino del castillo, *El Molinaz*, tienen un sufijo aragonés.

Además el castillo de Javier está en el mismo ámbito geográfico (no político) que el pueblo aragonés de Undués de Lerda, un típico pueblo de casas de factura antigua<sup>319</sup>. Pues Javier y Undués comparten un mismo valle. Por otra parte, Undués pertenece a la región de la Valdonsella, cuya columna vertebral es el río Onsella, que desemboca en el río Aragón cerca de Sangüesa, y esta orientación hace que la salida natural de la Valdonsella sean las localidades vecinas de Navarra<sup>320</sup>. Es más, Undués estuvo a punto de despoblarse en la segunda mitad del siglo XX por la emigración, pero se empezó a revertir esta tendencia a final del siglo; y ¿gracias a qué? «El hecho determinante que permitió al pueblo eludir la despoblación fue la construcción de la carretera

en internet. Por otra parte, es dudoso que sea un topónimo vasco. Pues *zarrío* es una palabra castellana, aunque sea de «posible» origen vasco o ibérico según Corominas. Una palabra castellana puede ser de origen inglés, italiano, checo o esquimal, pero no por eso deja de ser castellana. Y *zarrío* es de uso aragonés y andaluz según el diccionario de María Moliner, pero también se encuentra en el castúo extremeño, y como leonesismo, murcianismo, etc. Es decir, que, fuera cual fuera su origen etimológico, el «zarrío» que dio origen al hoy desconocido topónimo *El Zarrastiero* pudo haber salido en su momento de labios castellanos o romancehablantes. No olvidemos que se usa en Aragón especialmente.

<sup>318</sup> Menéndez Pidal, 1948, entre pp. 12-13 (1968, tras p. 250).

<sup>319</sup> Se pueden ver algunas fotografías en López Aguerri *et al.*, 2011, pp. 35, 97, 107, 153-155. Los edificios de la villa de Javier, menos el castillo, la iglesia parroquial y la abadía, son modernos.

<sup>320</sup> López Aguerri *et al.*, 2011, pp. 9-10.

que une Undués con Javier», lo que acortaba considerablemente el acceso a Sangüesa e incluso a Pamplona, a donde se podía ir a trabajar viviendo en Undués de Lerda<sup>321</sup>. Esto nos recuerda que junto a Javier pasaba una calzada romana<sup>322</sup>, y hoy se puede admirar la que pasa junto a Undués<sup>323</sup>, que tenía que ser la misma.

Aunque no hay que exagerar el valor de lo siguiente, se puede señalar que entre Javier y Sangüesa hay un monte; no se ven. Yesa tampoco se ve desde el castillo. Pero, respaldados por sus montañas, Javier y Undués se miran cara a cara. De uno a otro el acceso es muy fácil, mientras que «el viejo camino de Sangüesa a Javier se arrastraba por entre barrancos y peñascales»<sup>324</sup>.

En la parte aragonesa del valle se conservan las ruinas de un castillo, llamado el Castellón, «cuyo castillo sin duda se hizo contra el de Xabier que hoy se conserva, casa fuerte donde nació San Francisco Xabier»<sup>325</sup>. Y existió la *Torraza* de Undués de Lerda, a las puertas del pueblo más cercano de Aragón. Y, correlativamente en la parte navarra, tenemos la llamada *torre de Undués* del castillo de Javier, orientada hacia el pueblo de su nombre, que tenía como misión el ser vigía de la raya fronteriza de Aragón, con los ojos puestos en las dos fortalezas de la *Torraza* de Undués y el Castellón. Y, curiosamente, la torre del homenaje o de San Miguel en el castillo de Javier se llamaba igualmente la *Torraza*.

Tenemos, pues, una frontera política que no estaba delimitada por ningún accidente geográfico. Lo que exigía baluartes defensivos en cada parte, que se miraban cara a cara. Pero esta relación militar era... una relación. Que suponía un contacto frecuente y una lengua de comunicación entre poblaciones que compartían el mismo valle. Por otra parte, las relaciones no eran solo de antagonismo militar, sino también colaborativas. Había trasvases de población, pastos comunes, relaciones económicas, como vamos a ver a propósito de Undués, etc. E incluso relaciones de amistad. Como se dice en un documento encontrado por el P. Recondo en Sos, en el que el señor de Javier en 1430 da atribución a los suyos para que traten con amistad a los de Sos<sup>326</sup>. Después veremos las relaciones de la familia de Javier con Undués de Lerda.

*Un mismo dominio lingüístico y cultural.* Por otra parte, Undués perteneció al monasterio de Leyre, al que se pagaban los diezmos. Y Undués pasó de Aragón a Navarra y viceversa varias veces, lo mismo que Javier. Todavía hoy hay enclaves en Aragón que pertenecen oficialmente a Navarra, como Peti-

<sup>321</sup> *Ibid.*, p. 231. Sobre sus cambios demográficos en el siglo XX, pp. 181-187, 207-208, 230-232.

<sup>322</sup> Escalada, 1933, pp. 378-379.

<sup>323</sup> En bastante buen estado de conservación, como se puede ver en la fotografía de López Aguerri *et al.*, 2011, p. 19.

<sup>324</sup> Arteta, 1952, p. 103. Sobre las grandes dificultades de acceso a Javier desde Sangüesa, aunque se refieren al siglo XIX, véanse López de Aberasturi y Pérez Simón, 2007, p. 180: desde la voladura del puente medieval en la Primera Guerra Carlista Javier se había quedado aislado de Yesa. «Por tanto solo quedaba el acceso desde Sangüesa a través del portillo de Malpaso» [de tan significativo nombre, añadido]. «Por allí el paso de carruajes era imposible por las fuertes pendientes y la estrechez del camino, por lo que el acceso solo era posible entre zarzales y rocas a caballo o a lomos de un asno».

<sup>325</sup> Según una memoria de 1801 (Recondo, 1957, p. 269; *idem*, 1976, p. 10).

<sup>326</sup> Maruri, 2006, p. 327, transcribiendo un apunte del diario o crónica del P. Recondo, donde se denomina al señor de Javier como Aznar de Sada. Por el año debe de ser Martín Aznárez de Sada, llamado también Martín Ruiz.

lla de Aragón, a treinta kilómetros de Sangüesa por carretera y más lejos de Navarra que Sos del Rey Católico. Lo que parece claro es que Leyre y Javier (en Navarra), con Petilla de Aragón y Undués de Lerda (en Aragón)..., todos pertenecían a un mismo dominio cultural. Y sin duda lingüístico. Creo, pues, que Belasko acierta al denominar toda esta zona navarro-aragonesa como «*un mismo dominio lingüístico y cultural*»:

Otro tanto cabe decir del *Chavier* de Caparrosa, que se convierte en el representante más suroccidental de la amplia serie de localidades llamadas *Javier* y *Javierre* que salpicaron la región navarroaragonesa. Este nombre, que no ofrece ninguna duda en cuanto a su etimología (< *Etxeberri* 'casa nueva') parece confirmar que se extendió hasta la confluencia del Aragón y el Arga un mismo dominio lingüístico y cultural, que desde aquí se extendía por toda la Navarra situada al norte, y por el Alto Aragón. Tal y como se propone para la Jacetania y otras zonas colindantes, la pérdida del euskera en esta comarca debió de darse en las postrimerías del imperio romano<sup>327</sup>.

Y, si formaba un solo dominio lingüístico y cultural desde el fin del Imperio romano, no se puede desligar la suerte de nuestra franja navarra de la de Aragón. Esa romanización, que siguió imparable en Aragón, tuvo que continuar en la zona contigua de Navarra de un modo parecido. Hemos visto cómo en esa zona hubo relaciones continuas, con sus corrimientos de límites entre navarros y aragoneses, pues formaba una franja fronteriza común navarroaragonesa<sup>328</sup>. No es de pensar que en la franja de Navarra se hubiera olvidado el romance con el que hablaban, rivalizaban y colaboraban con sus compañeros de zona.

Teóricamente pudo haber habido migraciones vascohablantes con retroceso del romance en algunas zonas del interior de Navarra durante la Edad Media, pero no parece verosímil una regresión del romance en la franja navarra con Aragón, por la necesidad de comunicarse con sus vecinos, además en la lengua de prestigio.

*Undués de (cabo) Lerda y la familia de san Francisco Javier*. Pero vengamos al siglo XV y a la relación de la familia de Javier con Aragón en ese siglo, ya que este trabajo se debe al santo misionero.

Recordemos antes algunos datos sobre Undués de Lerda. Existe cerca un *Undués Pintano*, llamado así por su proximidad al pueblo de Pintano. Cuando un topónimo se repite suele tomar como sobrenombre la denominación de algún lugar geográfico cercano para distinguirse. Es un fenómeno muy corriente en todas partes (Alcalá de Henares, Alcalá de Ebro, Alcalá de Guadaíra, según sus tres ríos, etc.). Y nuestro Undués es *de Lerda* ¿Por qué? Lerda era una villa vecina, hoy en ruinas, que estaba sobre un monte, «en la cima del alto de Santa Cruz»<sup>329</sup>. Y Undués tomó igualmente este nombre para diferenciarse.

Por otra parte, como consta en textos antiguos y se recuerda aún en el pueblo, anteriormente se llamaba *Undués de cabo Lerda*. Se puede ver en tex-

<sup>327</sup> Belasko, 2004, p. 65.

<sup>328</sup> Como decía Ubieto, 1960, p. 202: «no existió una verdadera línea fronteriza, sino una zona fronteriza».

<sup>329</sup> López Aguerri *et al.*, 2011, p. 12.

tos del siglo XVII, como en unos documentos de Sangüesa<sup>330</sup> y en otro de los jesuitas que entonces vivían en Aragón, y que veremos líneas abajo. ¿Por qué *cabo*? Porque *cabo* significa también «parte, lugar, sitio, lado», según la Academia. Con lo que significaría «Undués del lugar de Lerda», «al lado de Lerda». Equivaldría a la preposición *cabe*, «junto a». Y, en efecto, en los textos javerianos *cabo* se intercambia con *cabe*<sup>331</sup>. En cualquier caso, está claro de dónde toma Undués de Lerda su sobrenombre.

Además, como Lerda estaba en una cima, los habitantes bajaron a tierras más fértiles, con mejor acceso a ellas y con un clima más benigno, creando los *Casales/Casares*<sup>332</sup> de Lerda, hoy desaparecidos, los cuales estaban junto al camino que une Undués con Javier<sup>333</sup>. En seguida aparecerán en esta historia.

Undués, como bien sabemos, es el pueblo de Aragón más cercano a Javier, y está recostado en la ladera de una montaña situada al sureste del castillo; por lo que ambos comparten el mismo valle, que algunos llaman «vallecito de Lerda»<sup>334</sup>. Desde el castillo de Javier se le ve perfectamente, castillo que tiene una torre de Undués, que mira hacia el otro pueblo. Entre los jornaleros que acudían al castillo de Javier para las faenas del campo consta que algunos venían de Undués<sup>335</sup>. Del mismo modo que en tiempos modernos, pues Undués está más cerca que Sangüesa<sup>336</sup>. Así como veremos que en la Segunda República los niños de Javier iban a estudiar a Undués y no a Sangüesa. Además los habitantes de Javier estaban en continua comunicación con los de ese pueblo, no siempre pacífica por problemas con el ganado. El padre de san Francisco Javier tenía una casa en Undués de Lerda y una granja en los Casares de Lerda, nos informa el P. Recondo<sup>337</sup>; además usaba los pastos del extenso llano de El Real, en tierras fronterizas con Aragón, pastos que se disputaban Sangüesa y Sos del Rey Católico<sup>338</sup>. Y hay documentación en Sos sobre «las rentas del Dr.

<sup>330</sup> En un documento de Sangüesa de 23 de mayo 1615, que trata de un acuerdo entre los escultores Adrián de Almádoz (m. 1615) y Gaspar Ramos (m. 1660), en el que se dice que el primero «tiene tomado a su cargo el acer para la iglesia del lugar de Undues de cabo Lerda una obra y para ello tiene echo u trabajado el sagrario y cajones en la sacristía y otras cosas» (Archivo General de Navarra, Clero, Carmelitas de Navarra, leg. 1.74, documento que se puede encontrar en internet). En otro documento de 1627 se habla del «vicario y becinos del lugar de Undués de cabo Lerda» (*ibid.*, leg. 4.255, e igualmente en internet).

<sup>331</sup> Véanse los textos de Recondo, 1957, pp. 266-267: «La yglesia que está *cabe* el castilaz [...] e está *cabo* solía ser el castillo viejo de xabierr»; «la yglesia que está *cabe* el castillo viejo de xabierr».

<sup>332</sup> Unos investigadores escriben *Casales* y otros *Casares*. Mi impresión es que el nombre primitivo era *Casales* y que la segunda forma es una modernización. Pero en las citas respetaré lo que dice cada uno.

<sup>333</sup> López Aguerri *et al.*, 2011, p. 12. Lerda estaba a 859 metros de altitud y los Casales a 400 m. El sitio de las ruinas de los Casales de Lerda es conocido hoy como el «cerro de Lerda». Ya decía Moret, 1988, II, p. 49, en el siglo XVII, que los «Casares de Lerda» ya no existían y que sus ruinas estaban «entre Javier y Undués».

<sup>334</sup> López Aguerri *et al.*, 2011, p. 10.

<sup>335</sup> Recondo, 1988a, p. 58.

<sup>336</sup> Cuando en 1955 y 1956 se trabajaba en la restauración del castillo de Javier, se menciona con frecuencia en el diario o crónica de las obras la presencia de obreros de Undués, a veces en contraste con la ausencia de los de Sangüesa. Véase, por ejemplo, en Maruri, 2006, p. 354: «08.01.1956. Los de Sangüesa como no vienen están trabajando sólo los de Undués».

<sup>337</sup> Recondo, 1988a, p. 83: «Don Juan de Jaso, con tener una casa en Undués y una granja en los Casares de Lerda [...]». «Y en los Casares tuvo también casa propia el Castillo de Xavier» (Recondo, 1976, p. 12).

<sup>338</sup> Fortún, 2006, pp. 37-38.

Jasso en Undués y cómo le llamaban para arreglar pleitos, etc.»<sup>339</sup>. Del mismo modo que en el lejano 1482 el señor de Javier, Martín de Azpilcueta, hizo de árbitro en un pleito a favor de Undués<sup>340</sup>.

Nos interesa lo de la casa de los Javier en Undués. Schurhammer no nos afirma su posesión por la familia, pero dice que la «casa de Javier» en Undués era parecida al palacio de su tío Martín en Lezáun y al de los Azpilcueta en Echagüe<sup>341</sup>. Comparación que tiene poco sentido, si la casa de Undués no tuviera nada que ver con la familia<sup>342</sup>.

Y hay un hecho interesante. Nos dice el P. Recondo que en el siglo XVII los jesuitas, bajo el generalato del P. Tirso González (1687-1705), quisieron hacer una fundación, si no en Javier ni en Sangüesa, donde era imposible<sup>343</sup>, en alguna localidad próxima de Aragón. Al principio se pensó en Sos del Rey Católico, por las «casas ilustres de la Villa de Sos y demás villas y lugares circunvecinos que se apreciaban y onraban mucho de tener sangre y parentesco del dicho Santo apóstol Xavier»<sup>344</sup>. Notemos: sangre y parentesco –se decía– de la familia de Javier con sus vecinos de Aragón. El P. Recondo encontró Xavieres de 1460, que eran vecinos de Sos<sup>345</sup>.

Si la fundación no se podía hacer en Sos, se trasladaría –decían los jesuitas de entonces– «al lugar de *Undués de cabo Lerda* que es el más propincuo dentro de los términos del Reyno de Aragón al dicho Castillo de Xavier y según común tradición habitó el dicho Santo en su niñez en compañía de sus padres en dicho lugar de Undués considerable espacio de tiempo, y en donde tuvieron casa los dichos sus padres»<sup>346</sup>. Eso se decía en el siglo XVII, y el P. Recondo lo da por firme, en un texto recién mencionado: Don Juan de Jaso tenía una casa en Undués de Lerda y una granja en los Casares de Lerda. Lo que parece muy verosímil, pues consta que los señores de Javier ya en el siglo XV tenían una borda (cabaña destinada a albergue de pastores y ganado) en los Casales de Lerda y una casa en Undués de Lerda<sup>347</sup>.

¿Qué se sabe de ello en el mismo Undués de Lerda? Telefoneé al mismo pueblo, y hablé con el anterior propietario de la casa atribuida a la familia de Javier. Es una casa grande, dijo, de la que se conserva la fachada, aunque el interior está restaurado. Se la ofreció a los jesuitas, pero no se interesaron por

<sup>339</sup> Maruri, 2006, p. 326.

<sup>340</sup> López Aguerri *et al.*, 2011, p. 82.

<sup>341</sup> Schurhammer, 1992, I, p. 89: «El Palacio [de Lezaun, tierra del tío Martín] se conserva y se parece al de Echagüe y a la “Casa de Javier” en Undués». Sobre el palacio de los Azpilcueta en Echagüe, véase p. 26, nota 62. También se describe (pero falta la foto, único caso en el libro, al menos en el que dispongo) en Martinena, 2008, p. 101.

<sup>342</sup> El artículo de Schurhammer, 1947, es una conferencia sobre «las casas que el Santo habitó en Navarra antes de partir para la Universidad de París» (p. 469). Una conferencia dada, al parecer, en Navarra. No nos extraña, pues, que no mencione la posible estancia de Francisco Javier en Undués, pues el artículo se ciñe a Navarra y Undués está en Aragón.

<sup>343</sup> Por la oposición de los frailes que entonces había en Sangüesa (Maruri, 2006, p. 326).

<sup>344</sup> Recondo, 1976, p. 83. También Maruri, 2006, p. 326, recoge los descubrimientos documentales del P. Recondo en Sos del Rey Católico sobre los esfuerzos de los jesuitas de entonces por acercarse a Javier desde Aragón. Los padres, que misionaban en el desierto de la raya de Aragón, quisieron fundar un colegio en Undués.

<sup>345</sup> Maruri, 2006, p. 326.

<sup>346</sup> Recondo, 1976, p. 84. La cursiva está añadida.

<sup>347</sup> López Aguerri *et al.*, 2011, p. 82.

ella y pasó a otro dueño. Antes había en ella unos cuadros sobre san Francisco Javier y se guardaba la habitación del santo. Según la tradición local, cuando había guerra en Javier, los padres del santo lo mandaban a Undués para sus estudios. Lo de los estudios en Undués puede ser una tradición errónea —ya que es un asunto discutido dónde estudió el gran misionero—<sup>348</sup>, pero no se puede tachar de inverosímil el ir a estudiar a Aragón, pues lo hacían muchos navarros en la Edad Media<sup>349</sup>. Y me alegan los del pueblo que, cuando la Segunda República expulsó a los jesuitas de España, y por tanto del castillo, los niños de la villa de Javier iban a estudiar a Undués de Lerda y no a Sangüesa. Pero, en todo caso, la tradición de la casa en Undués se remonta al menos a tiempos del generalato del P. Tirso González y al siglo XV.

En fin, el padre de san Francisco Javier tenía casa en Undués de Lerda, como dicen el P. Recondo y los jesuitas de tiempos del P. Tirso González. Que fuera la misma casa que se señala ahora es secundario, aunque lo hace verosímil la observación del P. Schurhammer de que se parece a otras casas de la familia, en concreto al palacio del tío Martín en Lezáun y al de los Azpilcueta en Echagüe. En todo caso, lo que nos interesa es la relación de la familia de Javier con su vecina Aragón. No solo con los jornaleros y pastores que iban al castillo, sino con el mismo pueblo de Undués, pues, si tenían casa en él, naturalmente era para habitarla. Todo lo cual tiene claras consecuencias lingüísticas, que no hace falta repetir.

*Javier de cabo Lerda.* Antes hemos visto una lista de todos los topónimos Javier y Javierre de Navarra y Aragón, antiguos y modernos, tomados de los diccionarios geográficos y de internet. El P. Recondo también hace una lista de ellos, y los encabeza por *Xavier de cabo Lerda*<sup>350</sup>, así, sin más explicación. ¿Cuál es este Javier?, se habrán preguntado muchos de sus lectores. Pues a los que no vivan en la zona o no hayan leído los párrafos anteriores les resultará enigmática esta denominación. Pero es verdadera y bastante importante.

Igual que se hizo con Undués de Lerda y Undués Pintado, vimos que, para no confundir entre sí algunos pueblos de Aragón denominados *Javierre*, se les añadía el nombre de una población o un accidente geográfico cercano, como es el caso de Javierre de Bielsa, Javierre de Olsón, Javierre de Ara, o Javierrelatre y Javierremartes, que están junto a los lugares de Latre y Martes. Pues bien, en sus investigaciones el P. Recondo había encontrado el sobrenombre

<sup>348</sup> Schurhammer, 1992, I, p. 37, cree que Javier hizo todos sus estudios en el mismo castillo, pero el argumento principal es *a silentio*. Recondo, 1988a, p. 54, no resuelve el problema del sitio de los estudios: «Sus estudios, ¿dónde hizo los estudios? Siempre esta cuestión avivaría la disputa en las localidades vecinas». Orella, 2002, p. 128, dice: «Parece que estudió humanidades en Leire, Tafalla o Sangüesa, aunque sean muy débiles los argumentos en que se fundamentan tales afirmaciones». Sobre la tradición que ubica su formación en el Estudio de Sangüesa, del que he hablado, véanse los argumentos en pro y en contra en Navallas y Labeaga, 2006, pp. 124-126, y en Labeaga, 2006, pp. 36-39. Pero la ciudad es lo de menos. Lo que me parece raro es que Francisco Javier, al contrario que sus hermanos, no saliera de su casa, sin despegarse de su madre, y que le mandaran con diecinueve años a la Universidad de París; mientras que su madre, que nació también en el castillo, pasó parte de su juventud en Sangüesa, como veremos, y lo más natural era que su hijo estudiara en la escuela de latinidad de la misma población (López de Aberasturi y Pérez Simón, 2007, p. 85).

<sup>349</sup> Goñi, 1975, p. 177, dice que «no todos los navarros acudían a las escuelas de gramática de su tierra. En 1328 muchos de los escolares del Estudio de Uncastillo (Aragón) eran navarros».

<sup>350</sup> Recondo, 1957, p. 277, nota 39.

de *cabo Lerda*, referido al castillo de Javier, en un documento del siglo XIII. Así se dice en el diario o crónica de sus pesquisas<sup>351</sup> el 13 de noviembre de 1954: «Ha vuelto esta tarde de Pamplona, con un escrito rotundo, pues ha encontrado cantidad de cosas nuevas, referentes al itinerario, y además documentos nuevos del siglo XIII acerca del Sr. de Xavier desconocidos hasta ahora, etc. [...] *Lo más grande es que en el siglo XIII Xavier era llamado, Xavier de cabo Lerda, así como Undués*»<sup>352</sup>.

Recordemos que, aunque el topónimo de nuestro castillo solía estar apocopado, también aparecía en la documentación medieval con la vocal final, lo que exigía un sobrenombre de diferenciación. Precisamente la consolidación de la apócope fue lo que después hizo innecesario el sobrenombre, pero lo importante es que en un tiempo hizo falta y existió. Lo que confirma la simbiosis de nuestro Javier(re) con los de Aragón.

*El territorio del romance.* Algunos han delimitado esa zona oriental romanceada de Navarra. Belasko, en un texto ya transcrito, parte de la confluencia del Aragón con el Arga, para ir remontando el primero, hasta la Navarra del norte<sup>353</sup>, en el Romanzado. Echenique dice igualmente que «la romanización fue también intensa en la cuenca del río Aragón y en las riberas del Arga y el Ega»<sup>354</sup>. En cuanto a «la cuenca» del río Aragón, hay que tener en cuenta que la orilla que da al reino de Aragón era la más romanizada, como hemos visto en las dos poblaciones vecinas, pero separadas por el río, de Cáseda y Gallipienzo, aunque también había pueblos romanceados en la otra orilla, como Aibar y los del Romanzado.

Y dice Schurhammer, como leímos al principio: «Es cierto que se hablaba el castellano en toda la cuenca del Aragón hasta Tudela, y en las estaciones romanas de Liédena y Lumbier, y en los once pueblos más hacia el norte, avanzada extrema de esa lengua, cuyo recinto se llamaba por lo mismo *El Romanzado*»<sup>355</sup>. La descripción de Schurhammer parece correcta, aunque habría que añadir el Almiradío de Navascués y quitar Lumbier<sup>356</sup>. Por otra parte, hace descender, empalmar, hasta Tudela la franja romance oriental. Véase el mapa de Jimeno Jurío sobre la situación lingüística en el siglo XVI, que enlaza la zona romance del oriente de Navarra con la del sur<sup>357</sup>.

<sup>351</sup> Se trata del diario sobre las correrías, las investigaciones y los descubrimientos javerianos del P. Recondo en los años 1954-1956, que redactaba su colaborador y cronista el hermano jesuita José Luis Alberdi Juaristi, y que publicaría Maruri, 2006, pp. 318-339.

<sup>352</sup> *Ibid.*, p. 335.

<sup>353</sup> Belasko, 2004, p. 65.

<sup>354</sup> Echenique, 1997, pp. 60-61.

<sup>355</sup> Schurhammer, 1992, I, p. 37.

<sup>356</sup> Lumbier presenta un 41% de toponimia eusquérica, y por tanto perdería el vascoence hacia 1700-1750, según Belasko, 2004, p. 73. Habría también otros testimonios de su vascofonía, al menos parcial (según anunciaba Irigaray, 1982, p. 495, que, fallecido al año siguiente, no lo pudo demostrar). Según Jimeno Jurío, 1997, pp. 88, 129-130, Lumbier era a principios del siglo XVII tierra vascongada, aunque con parte de la población bilingüe. Pero hay que tener en cuenta que Lumbier es el pueblo más desplazado geográficamente de este conjunto.

<sup>357</sup> Jimeno Jurío, 1997, p. 95. Es un mapa que corrige la zonificación vista de 1587. En la p. 143 presenta otro mapa lingüístico a mediados del siglo XVII. Irigaray, 1935, entre las pp. 608-609, ofrece otro mapa, de 1778, cuando la zona castellana se había ensanchado. Pues el artículo de Irigaray, aunque no se indica en el título, se centra en ese año de 1778. Hay que advertir que los topónimos de su texto no coinciden siempre con las zonas lingüísticas de su mapa; por ejemplo dice que el distrito de Sangüesa era vascohablante (p. 620) pero en el mapa está en la zona castellana (junto con Javier).

El nombre de *Romanzado*, valle de la merindad de Sangüesa, ya está indicando que era de habla romance. Es conocida la frase de José Yanguas y Miranda: «Obsérvese que los habitantes de este valle y los del almiradío de Navascués, sus vecinos, han hablado *siempre* el idioma castellano o romance»<sup>358</sup>. González Ollé dice:

Muy próxima [*sic*] a la zona sobre la que vengo recabando la atención, se encuentra el Valle (división administrativa actual, en la merindad de Sangüesa) de *El Romanzado*, denominación reveladora de su temprana peculiaridad lingüística, confirmada por la presencia en su interior del topónimo *Domeño* (núcleo de población, atestiguado, al menos, desde 1044, en un documento de Leire, hasta el presente) < DOMINIUM 'territorio bajo la directa jurisdicción del Emperador', bien acreditado en diversos puntos de la toponimia española<sup>359</sup>.

Quisiera añadir algo sobre el Romanzado. Menéndez Pidal supone que su romanización es tardía y que recibió el nombre de sus vecinos romanceados anteriormente: «El *Valle del Romanzado*, en la parte baja del río Salazar, recibió sin duda el nombre de *\*romanizatus* por haber penetrado en él la romanización lo bastante tarde para ser a causa de ella denominado por los territorios vecinos que estaban romanizados desde antiguo y olvidados ya de su propia romanización»<sup>360</sup>. O sea, que el nombre se lo dieron los romancehablantes vecinos. Que los pueblos de alrededor del Romanzado estuvieran romanizados antes, y que, por ser tardía la romanización del Romanzado, le dieron ese nombre, parece que no tiene sentido. Así lo hace ver González Ollé: «resulta más difícil suponer que en esa época ya estuvieran lingüísticamente romanizados todos sus territorios vecinos»<sup>361</sup>. *Salva reverentia magistris*, la explicación de Menéndez Pidal no me parece verosímil<sup>362</sup>.

Según Yanguas fue al revés: el nombre se lo pondrían los vascohablantes vecinos, lo que parecería más verosímil: «Esto da lugar a presumir que el valle Romanzado fue poblado de romanos o de habitantes del mediodía de Navarra, y que a causa de su distinto lenguaje le dieron los vascongados el nombre de Romanzado»<sup>363</sup>. Los vecinos eran vascongados. Según Yanguas, los vecinos de Urraúl miraban con antipatía a los del Romanzado por no hablar vascuence como ellos, «hasta el punto de ver con repugnancia la unión de familias por medio de los matrimonios»<sup>364</sup>. Además va contra la psicología pensar que

<sup>358</sup> Yanguas, 1964, t. II, p. 677. La cursiva es mía. Añade Yanguas: «Compónese el Romanzado de los pueblos de Adansa, Arboniés, Arielz, Berroya, Bigüezal, Domeño, Iso, Murillo-Berroya, Napal, Orradre y Usún». Casi los mismos que actualmente, aunque algunos están despoblados (*Nomenclátor*, 2009, p. 56). La capital es Domeño.

<sup>359</sup> González Ollé, 1997, p. 666.

<sup>360</sup> Menéndez Pidal, 1918, p. 246 (1968, p. 36).

<sup>361</sup> González Ollé, 1997, p. 666, nota 33.

<sup>362</sup> Y creo que el mismo Menéndez Pidal se contradice, pues en la página siguiente dice que los nombres diptongados de *Gallués*, *Navascués*, *Nardués*, etc. recibieron estas formas romanizadas «desde antiguo por los habitante del vecino territorio Romanzado» (1918, p. 247). Dice aquí que «desde antiguo» el Romanzado dio nombres romances a sus vecinos, y hemos visto que en la página anterior decía que el Romanzado se romanizó «bastante tarde» y que recibió tal nombre de sus vecinos romanizados antes. En la reedición de 1968, p. 37, se dio cuenta de la contradicción y cambió el segundo párrafo.

<sup>363</sup> Yanguas, 1964, p. 677.

<sup>364</sup> *Ibidem*.



pueblos ya romanizados le dieran ese nombre a una zona romanizada más tarde. Y aventuro otra explicación. La forma concreta de *Romanzado* no es vasca, luego esta denominación romance se la pusieron o sus propios habitantes, o los romancehablantes de otras regiones navarras (pero no las limítrofes, pues estas eran vascohablantes), como los de la capital del reino.

Ricardo Ciérvide dice que la población del Romanzado «fue euskaldún hasta el siglo XVIII»<sup>365</sup>. Pero consta que en 1605 los habitantes de Bigueçal (Bigüezal), del Romanzado, según un documento de ese año, «no saben bascuence»<sup>366</sup>. Y al norte del Romanzado está el Almiradío de Navascués que en el mismo año era igualmente de lengua castellana, según Jimeno Jurío<sup>367</sup>. El cual precisa que este estado lingüístico procede «*ciertamente desde la Edad Media*»:

Uscarrés del valle de Salazar, y Ustés, del Almiradío, están unidos o separados por la muga convencional, existiendo entre ambos núcleos urbanos una distancia de «un cuarto de legoa» o «tres tiros de alcabus» (tres kilómetros de carretera). Pero en 1605 se levantaba entre ambos la divisoria del idioma. Los salacencos eran vascongados; los de Ustés desconocían esa lengua. [...] Al Sur del Almiradío de Navascués se extendía el Romanzado, denominado así por la lengua. [...] La frontera estuvo estabilizada en este punto durante siglos. Ciertamente desde la Edad Media hasta el siglo XX<sup>368</sup>.

Pero podríamos pensar, retrocediendo en el tiempo: ¿No pudo proceder internamente de la primitiva latinización, que directamente se convirtió en romanceamiento? En todo caso, desde fecha antigua, que algunos hacen remontar al siglo XI y otros al fin del Imperio romano, en el dominio lingüístico que incluye a Javier se había perdido el vascuence en favor del latín y después del romance. Romance navarro que en 1506, el año del nacimiento de san Francisco Javier, ya era esencialmente el castellano en su castillo y villa natal<sup>369</sup>.

### La familia de san Francisco Javier

Antes hemos visto el romanceamiento social y vertical que se daba en las clases letradas y superiores de Navarra y las Vascongadas, aunque estuvieran en poblaciones o zonas vascohablantes<sup>370</sup>. Ello contribuía a difundir el romance desde arriba y desde dentro. Así, la monarquía y la cancillería regia fueron el principal foco difusor social del romance<sup>371</sup>.

<sup>365</sup> Ciérvide, 1980, p. 97.

<sup>366</sup> Jimeno Jurío, 1993, pp. 238, 240.

<sup>367</sup> *Ibid.*, p. 251: «En 1605 toda la población de Roncal, Salazar y Urraul era vascongada, mientras que en el Almiradío y el Romanzado se hablaba el castellano».

<sup>368</sup> *Ibid.*, p. 240.

<sup>369</sup> Digo esencialmente, pues a veces se notan rasgos de romance navarro en las grafías de los documentos. También el castellano hablado podía estar coloreado de algún navarrismo, dado que algún dialectalismo navarro ha llegado hasta el castellano del siglo XX. Pero se trata de algo absolutamente irrelevante, pues el castellano de todas las regiones de España tiene aún hoy sus particularidades lingüísticas (de léxico, pronunciación, etc.).

<sup>370</sup> Michelena, 1977, p. 24: «Parece claro, por otra parte, que el bilingüismo establecía una separación vertical, todo lo gradual que se quiera, de clase o de cultura, no horizontal o geográfica, en la población». Véase también González Ollé, 1970a, p. 71.

<sup>371</sup> González Ollé 1970b, pp. 68-69.

Aunque en la región de Javier se hablaba castellano, los antepasados del padre del santo, Juan de Jaso o Jassu, procedían de la aldea del mismo nombre de la Baja Navarra, al otro lado de los Pirineos, una población vascófona. Algunos subrayan este dato como muy significativo, pero el mismo Juan de Jaso no era de allí sino que «había nacido en Pamplona»<sup>372</sup>, y, según Jimeno Jurío, «durante el siglo XV gran parte de la población pamplonesa era vascohablante, o, precisando más, bilingüe»<sup>373</sup>. Pero, si gran parte era vascohablante, había una parte que no lo era sino romance. Y desde el siglo XVI, según el mismo Jimeno Jurío, ya había un grupo *exclusivamente* castellanohablante<sup>374</sup>. Estamos en los años de Juan de Jaso. Pero Ciérvide llega a más, corrigiendo explícitamente a Jimeno Jurío: en la Edad Media los romancehablantes era ya la mayoría y los vascohablantes fueron sobre todo inmigrantes posteriores de origen rural<sup>375</sup>. Si bien no quiero afirmar con ello que don Juan de Jaso no conociera las dos lenguas.

La familia de su madre, María de Azpilcueta, procedía del valle de Baztan, de habla vasca, al noroeste de Navarra, lo que también se suele recalcar, pero ella había nacido en el castillo de Javier<sup>376</sup>, y pasó parte de su juventud en Sangüesa<sup>377</sup>.

La lengua de los lugares de origen de los ancestros de san Francisco Javier se repite como argumento<sup>378</sup>, pero ello solo no significa nada, pues cuántos hijos hay —el que esto escribe— que no habla la lengua nativa de uno de sus padres, y menos la de sus antepasados, si han nacido en distinto lugar que ellos. Y no me refiero tanto al santo como a su madre. También la abuela del gran misionero, Juana Aznárez, había nacido en el castillo de Javier, donde vivía con su hija<sup>379</sup>. Hay que saber que, a falta de varones, madre e hija eran las herederas, y es natural que nacieran en la casa de sus padres, que era el castillo<sup>380</sup>.

<sup>372</sup> Dice Recondo, 1988a, p. 12. A veces se le ha atribuido otra ciudad de nacimiento sin fundamento. Lo que se sabe es que su abuelo, Pedro de Jassu, vivía en la Baja Navarra, pero dos de sus hijos, Arnalt y Bernardo, emigraron jóvenes a Pamplona. Arnalt se casó y tuvo seis hijos, de los que Juan de Jaso fue el primogénito (Schurhammer, 1992, p. 4; Escalada, *Documentos*, 2001, pp. 10-12). De ello deducen que nació en Pamplona, lo que parece lo más natural, pero en cualquier caso allí vivió con sus padres y hermanos.

<sup>373</sup> Jimeno Jurío, 1995, p. 142. Es un libro sobre la historia (bastante compleja, y cambiante en los siglos XII-XIV) de las lenguas de Pamplona desde la Antigüedad hasta nuestros días. Parecidamente, en *idem*, 2004, p. 184, respecto al habla de Pamplona en los siglos XIV-XV. Lo cual no concuerda con lo que dice Ciérvide a continuación.

<sup>374</sup> Jimeno Jurío, 1995, p. 166: Al llegar el siglo XVI, admite un grupo, minoritario pero en progresión numérica constante, exclusivamente castellanohablante.

<sup>375</sup> Pues Ciérvide, 1998, p. 511, refiriéndose a Jimeno Jurío, dice: «afirmar que en la Pamplona medieval [...] era común la lengua vasca [...] no pasa de ser una sencilla exageración. [...] Sí habría vascohablantes, pero de condición servil o de modestos labradores [...]. La presencia real de vascohablantes en Pamplona fue un hecho posterior, de la segunda mitad del siglo XVI y del siglo XVII y fue el resultado de la inmigración interna, procedente de su entorno rural». Son años posteriores a Juan de Jaso.

<sup>376</sup> Schurhammer, 1992, I, p. 22: «Doña María, la madre, [...] había visto la luz del mundo en el Castillo de Javier». También Moreno Escribano, 1969, p. 60. López de Aberasturi y Pérez Simón, 2007, p. 83.

<sup>377</sup> Recondo, 1988a, p. 44. Schurhammer, 1947, p. 475; *idem*, 1992, I, p. 36.

<sup>378</sup> Por ejemplo en Schurhammer, 1992, I, p. 38.

<sup>379</sup> Recondo, 1988a, p. 44: «Juana Aznárez, llamada también Juana Alfonso, que, según el analista, había nacido en Xavier». Lo de Juana Alfonso sería por su padre, Alfonso de Artieda. También se llamaba Juana de Sada o Juana Aznárez de Sada.

<sup>380</sup> Datos familiares sobre la abuela materna de Francisco Javier se hallarán en Moreno Escribano, 1969, p. 115; que en pp. 95-115 da amplia información sobre la estirpe de los Aznárez. En las guardas de Fortún, 2006, se encontrará un árbol genealógico de la familia del santo misionero.

Me parece razonable el bilingüismo de los padres de san Francisco Javier, aunque hay que recordar que, según Michelena, los que hablaban romance no se sentían obligados a aprender el vasco: «El vascohablante, tan pronto como su círculo de acción se ampliaba algún tanto, se veía obligado a adquirir un conocimiento, por lo menos pasivo, de algún romance, mientras que no ocurría lo mismo con personas de habla materna románica»<sup>381</sup>. Al decir que creo en el bilingüismo estoy diciendo que creo que *además* serían vascohablantes, pues que conocían el castellano no hay que demostrarlo, está en los documentos.

La madre del gran misionero, María de Azpilcueta, sería principalmente castellanohablante (castillo de Javier, Sangüesa), si bien es probable que también fuera bilingüe para entenderse con la servidumbre<sup>382</sup> y sus familiares de otras zonas de Navarra. Es muy interesante un documento de 1517, que, al firmarlo de su propia mano, lo hizo con estas palabras: «la tryste marya dezplycueta» (la triste María de Azpilcueta)<sup>383</sup>. Esa expresión, «la tryste», de suyo innecesaria en una firma, ha dado que hablar<sup>384</sup> y hace suponer un conocimiento connatural del castellano, viendo algunos en ese giro un modismo del valle del Ebro.

Con más razón se puede decir del padre de san Francisco Javier que tenía que ser bilingüe, aunque alguno se muestra bastante reticente al respecto<sup>385</sup>. Es decir vascohablante *además*, pues, como hemos visto, había nacido en Pamplona, que era una ciudad bilingüe, y porque hablar el vascuence era muy conveniente para sus asuntos públicos y privados, así como para los familiares. Pero es solo una deducción lógica, no consta documentalmente. Lo que consta por sus escritos es su dominio de la lengua de Castilla, como que escribió una *Crónica de los Reyes de Navarra* en castellano<sup>386</sup>. Pues era un hombre de cultura. Se doctoró en Derecho Canónico por la Universidad de Bolonia<sup>387</sup>, con lo que demostró saber también el latín y el italiano. Y en Bolonia realizó sus estudios universitarios como colegial en San Clemente *de los Españoles*, lo que es significativo, y firmaron entre los testigos del doctorando un aragonés, un leonés, un castellano y un catalán<sup>388</sup>. Con lo que el P. Escalada puede concluir con un sabroso comentario: «Es decir, todas las regiones de España acudieron a porfía, como buenas hermanas, a honrar y enaltecer el doctorado del futuro padre de san Francisco Javier y dar fe de su inquebrantable

<sup>381</sup> Michelena, 1987, p. 80.

<sup>382</sup> La servidumbre del castillo era en parte vascófona, afirma Schurhammer, 1992, I, p. 38. Pero, en cualquier caso, solo en parte, porque, por ejemplo, también venían gentes de Undués (Aragón), según Recondo, 1988a, p. 58. Ya dije más arriba que, por la movilidad de la población, en cualquier pueblo de habla vasca o romance tenía que haber hablantes de la otra lengua, sin que eso significase que tal o cual ciudad fuera en realidad bilingüe.

<sup>383</sup> Fotografía del documento en Fortún, 2006, p. 38. Termina así: «firmado de mi nombre con mi propia mano, fecho en mi casa de Xabierr a XV dias del mes de jenero del anno mil quinientos y dizesiete / la tryste marya dezplycueta». Escalada, *Documentos*, doc. n.º XVI (2001, pp. 274-275). Moreno Escribano, 1969, p. 126.

<sup>384</sup> Escalada, *Documentos*, al final del doc. n.º XVI (2001, p. 275), lo explica como un calificativo corriente en aquella época para indicar la viudez. También Moreno Escribano, *ibid.*, p. 65, 125.

<sup>385</sup> García Villoslada, 1958, pp. 506-507.

<sup>386</sup> Publicada por Fita, 1894.

<sup>387</sup> El diploma de doctor, de 1470, se reproduce en Escalada, *Documentos*, doc. n.º VIII (2001, pp. 213-218); y en Moreno Escribano, 1969, pp. 37-40.

<sup>388</sup> Fortún, 2005, p. 70. Las firmas de los testigos, en las páginas citadas de Escalada y Moreno Escribano.

solidaridad»<sup>389</sup>. Del mismo modo que «*Hispanus* se llamaba en el siglo XV, como en la Edad Media, cualquier navarro, máxime viviendo en el extranjero», como el *Magister Jacobus Jasso hispanus*, en la Universidad de la Sorbona, quizás de la familia del santo<sup>390</sup>.

Además los cargos públicos de Juan de Jaso y su condición de jurista le exigían el conocimiento y el uso *diario y continuo* del romance (castellano). Fue miembro del Consejo Real de Navarra, fue embajador en la corte de los Reyes Católicos, en la que colocó a su hija Magdalena como dama de honor de Isabel la Católica. Fue partidario de mantener buenas relaciones con Castilla y de llegar a una unión dinástica. Tras la conquista de Navarra (1512), prestó homenaje muy pronto a Fernando el Católico en Medina del Campo (1513)<sup>391</sup>. El rey Fernando lo mantuvo en el Consejo Real, llamándolo «bienamado consejero»<sup>392</sup>, le encomendó trabajos extraordinarios y le pagó lo que le debían los anteriores reyes destronados. La unión de Navarra con Castilla era finalmente connatural<sup>393</sup>.

De modo que don Juan de Jaso, aunque agramontés (fiel a la dinastía Foix-Albret) era, dentro de este partido, de la corriente filocastellana, partidaria de la unión de Navarra con Castilla<sup>394</sup>. La madre del santo también proclamó su fidelidad al rey castellano<sup>395</sup>, y su hijo Francisco Javier siguió la senda de sus progenitores, con un comportamiento con los castellanos inconcebible desde un punto de vista agramontés<sup>396</sup>. Tampoco todos en su familia eran agramonteses. Sus parientes los Baquedanos y los Eguías eran beamonteses (a favor de la corona de Castilla)<sup>397</sup>. Y, entre ellos, los primos segundos del santo por parte de su padre, Diego y Esteban de Eguía, que ingresaron en la Compañía de Jesús cuando Javier vivía en Roma, en 1538, y con los que convivió hasta 1540<sup>398</sup>.

Pero volvamos al conocimiento del castellano en el castillo de Javier en aquella época. Es sabido que los dos hijos mayores de don Juan de Jaso siguieron derroteros políticos distintos que los de su padre, defendiendo con las

<sup>389</sup> Escalada, *Documentos*, al final del doc. n.º XVIII (2001, p. 218).

<sup>390</sup> García Villoslada, 1958, p. 501, y la nota 5 de p. 527.

<sup>391</sup> Orella, 2002, pp. 117-122. García Villoslada, 1958, p. 504.

<sup>392</sup> Fortún, 2006, p. 36. La fotografía del documento del rey, en el que le llama «bienamado consejero», en p. 43. Transcripción del documento, en Escalada, *Documentos*, doc. n.º XIV, 2.º (2001, p. 272). Ver también García Villoslada, 1958, p. 501.

<sup>393</sup> Para ofrecer una visión neutral y realista sobre el hecho de la incorporación de Navarra al reino de Castilla, cito a un francés, Prosper Boissonnade (1862-1935), el cual en la síntesis final de su historia dice entre otras cosas: «A medida que los príncipes de Albret se afrancesaban, crecía el abismo que los separaba de sus antiguos súbditos. Los navarros se adherían día a día a España por la comunidad de la lengua, las costumbres, los intereses materiales, la gloria militar» (2005, p. 730). Igualmente en García Villoslada, 1958, p. 501. Y en la p. 502 (con su nota 6 en la p. 527), muestra cómo los dos bandos de beamonteses y agramonteses, si bien dividían a Navarra, tenían ramificaciones en los otros reinos peninsulares, lo que consecuentemente los unía a estos.

<sup>394</sup> Fortún, 2005, p. 70. García Villoslada, 1958, p. 503. Orella, 2002, pp. 118-119, afirma que el doctor Juan de Jaso era el mejor interlocutor de la corte de Navarra con Castilla.

<sup>395</sup> Fortún, 2006, p. 51: «La actitud política de los hijos mayores de Juan de Jaso, Miguel y Juan, fue diferente a la de su padre. [...] Mientras tanto su madre, María de Azpilcueta, jugó la carta opuesta, pues proclamó su fidelidad al rey castellano, postura que le permitió atemperar las consecuencias negativas derivadas de las rebeliones de sus hijos». Véase Moreno Escribano, 1969, pp. 60, 64, 66.

<sup>396</sup> Fortún, 2005, pp. 71-76.

<sup>397</sup> García Villoslada, 1958, p. 503. Los cuatro hermanos Eguía, junto con su padre, impidieron en 1512 que Estella fuera recuperada por los Albret (Fortún, 2005, p. 75).

<sup>398</sup> Fortún, 2005, p. 75.

armas a la dinastía Foix-Albret, pero su conocimiento de la lengua de Castilla está claro. La carta más antigua (1535) que se conserva de san Francisco Javier está dirigida a su hermano Juan y naturalmente está escrita en castellano.

Siguiendo con la familia, uno de los parientes más famosos del santo es Martín de Azpilcueta (1492-1586), conocido como el Doctor Navarro<sup>399</sup>. Mantuvieron correspondencia epistolar, que se conserva, y el Doctor Navarro menciona al ya difunto y mítico Francisco Javier en varias de sus obras. Pues bien, Martín de Azpilcueta, el más famoso canonista de su siglo, estudió en Alcalá de Henares y Toulouse, fue catedrático de la Universidad de Salamanca durante catorce años y después, por orden de Carlos V, en la de Coimbra por diecisiete. Es otra muestra del plurilingüismo de las capas ilustradas de la sociedad navarra y de la familia del santo. Sin duda sabía el castellano antes de salir de su tierra.

El P. Escalada, el jesuita que tuvo que entregar el castillo de Javier al Gobierno de la Segunda República, cuando esta suprimió de España a la Compañía de Jesús, publicó en 1931 un libro de documentos históricos del castillo de Javier a partir de 1217. Fuera de algunos pocos documentos en latín, los demás están en romance, al principio navarro, y desde fines del siglo XV en castellano. Hay documentos reales y de los señores de Javier, testamentos, ordenanzas, etc. Documentos en castellano del padre y de la madre del santo, con firmas autógrafas de ambos.

De modo que, aparte del carácter castellano hablante de la comarca de Javier, la familia del santo pertenecía a la capa de la sociedad que, aunque conociera el vasco, dominaba la lengua castellana, que además sería su lengua habitual, dado el entorno del castillo.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUD, M. y TOVAR, A., 1989, *Materiales para un Diccionario Etimológico de la Lengua Vasca*, VI, en Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo», 23, pp. 897-954.
- 1991, *Materiales para un Diccionario Etimológico de la Lengua Vasca*, XI, en Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo», 25, pp. 543-622.
- ALVAR, M., 1953, *El dialecto aragonés*, Madrid, Gredos.
- 1973, *Estudios sobre el dialecto aragonés*, 2 vols., Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1973-1978.
- ARBELOA, V. M., 2004, *Perversiones políticas del lenguaje*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- ARTETA, J., [S. J.], 1952, *El castillo y la villa de Javier. Año centenario, 1552-1952*, Madrid, Hechos y Dichos.
- BELASKO, M., 1996, *Diccionario etimológico de los nombres de los pueblos, villas y ciudades de Navarra. Apellidos navarros*, Pamplona, Pamiela.

<sup>399</sup> Respecto al parentesco, es frecuente leer que Martín de Azpilcueta y san Francisco Javier eran primos, pero, aparte de que en la familia había media docena de varones con el mismo nombre que el primero, los datos son que el bisabuelo de Francisco Javier (Juan de Azpilcueta) y el abuelo del Doctor Navarro (Miguel de Azpilcueta) eran hermanos, según G. Schurhammer, en *Epistolae S. Francisci Xaverii aliaque eius scripta*, 2 vols.: col. MHSI, 67-68 (Roma, 1944-1945); en I, p. 2, nota 18. O dicho de otra manera, que «el famoso Doctor Navarro, Martín de Azpilcueta, no era hermano, sino primo tercero de la madre de Francisco» (Schurhammer, 1947, p. 471). En consecuencia, el canonista era de una generación anterior respecto a san Francisco Javier, aunque le sobrevivió más de treinta años.

- 1999, *Diccionario etimológico de los nombres de los pueblos, villas y ciudades de Navarra. Apellidos navarros*, Pamplona, Pamiela, 2.<sup>a</sup> ed.
- 2004, *Toponimia y panorama lingüístico de la Ribera de Navarra y comarcas circundantes*, en *Vascuence y romance*, cit. *infra*, pp. 55-78.
- BESGA, A., 2010, «El problema del nombre del País Vasco», *Letras de Deusto*, 127, abril-junio 2010, pp. 9-79.
- BOISSONNADE, P., 2005, *Historia de la incorporación de Navarra a Castilla*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana.
- CARO BAROJA, J., 1945, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Universidad de Salamanca, con una reimpresión facsímil en San Sebastián, Txertoa, 1990.
- CIÉRVIDE, R., 1980, «Toponimia navarra: historia y lengua», *Fontes Linguae Vasconum*, 12, pp. 87-106.
- 1998, «El euskera en la Navarra medieval en su contexto románico», *Fontes Linguae Vasconum*, 30, pp. 497-513.
- COROMINES, J., 1965, *Estudis de toponímia catalana*, 2 vols., Barcelona, Barcino.
- 1989, *Onomasticon Cataloniae*, 8 vols., Barcelona 1989-1997.
- CORONA BARATECH, C. E., 1947, *Toponimia navarra en la Edad Media, extraída de diferentes colecciones de documentos*, Huesca.
- Dicc. Geogr. de España = Diccionario Geográfico de España*, 1956, 17 vols., Madrid, Ediciones del Movimiento, 1956-1961.
- ECHENIQUE ELIZONDO, M.<sup>a</sup> T., 1986, *El romance en territorio euskaldún*, en *Lengua y literatura románica en torno al Pirineo. IV Cursos de Verano en San Sebastián*, R. Ciérvide (dir.), Bilbao, Universidad del País Vasco, pp. 151-169.
- 1987, *Historia lingüística vasco-románica*, Madrid, Paraninfo, 2.<sup>a</sup> ed. revisada.
- 1991, *¿Romance autóctono en zona vasca?*, en *Actes du XVIII<sup>e</sup> Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes. Université de Trèves (Trier) 1986*, publiés par Dieter Kremer, t. 3, Tübingen, Max Niemeyer, pp. 97-103.
- 1997, *Estudios lingüísticos vasco-románicos*, Madrid, Istmo.
- ELORZ, J. R. y BELASKO, M., 2000, *Toponimia de Navarra. Criterios de normalización lingüística y nomenclátor de localidades*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- ESCALADA, F., [S. J.], 2001, *Documentos históricos del Castillo de Javier y sus mayorazgos*, Pamplona, Sancho el Fuerte Publicaciones. La primera edición es de Pamplona 1931. Cito por la reedición de 2001, añadiendo el número del documento para que se pueda hallar en la primera edición.
- 1933, «La arqueología en la villa de Javier (Navarra)», *Razón y Fe*, 103, pp. 375-380.
- FITA, F., [S. J.], 1894, «El Dr. D. Juan de Jaso, padre de San Francisco Javier. Su Crónica de los Reyes de Navarra», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 24, pp. 129-148.
- FORTÚN, L. J., 1998, *Navarra*, en *Historia de España Menéndez Pidal*, t. IX, Madrid, Espasa, pp. 605-660.
- 2005, *Realidad política e ideal religioso en la vida de San Francisco Javier*, en Ignacio Arellano (coord.), *Sol, apóstol, peregrino, San Francisco Javier en su centenario*, Pamplona, Gobierno de Navarra, pp. 69-73.
- 2006, *Los señores de Javier. Un linaje en torno a un santo*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1967, «La latinización de España», *Archivo Español de Arqueología*, 40, pp. 3-29.
- GARCÍA DE DIEGO, V., 1978, *Dialectología española*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 3.<sup>a</sup> ed.
- GARCÍA VILLOSLADA, R., [S. J.], 1958, «Un monumento de la ciencia histórica alemana en honor de San Francisco Javier», *España Misionera*, 14, pp. 498-530.
- GONZÁLEZ OLLÉ, F., 1969, «La lengua occitana en Navarra», *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 25, pp. 285-300.

- 1970a, «Vascuence y romance en la historia lingüística de Navarra», *Boletín de la Real Academia Española*, 50, pp. 31-76.
- 1970b, «El romance navarro», *Revista de Filología Española*, 53, pp. 45-93.
- 1997, «La función de Leire en la génesis y difusión del romance navarro, con noticia lingüística de su documentación», *Príncipe de Viana*, 58, pp. 653-707; continuado en 59 (1998) pp. 483-522; 60 (1999) pp. 757-821.
- 1999, *Navarro*, en *Manual de dialectología hispánica. El español de España*, M. Alvar (dir.), Barcelona, Ariel, pp. 305-316.
- 2004a, *Orígenes y la supervivencia del romance navarro*, en *Vascuence y romance, cit. infra*, pp. 123-150. El título anterior, con un anacoluto y una «supervivencia» imprecisa, es el que encabeza el artículo, pero, según su autor, el verdadero título, el que él dio, es el que figura en el índice: *Origen y desarrollo del romance navarro*.
- 2004b, «Navarra, Romania emersa y ¿Romania submersa?», *Aemilianense*, 1, pp. 225-270.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J., 1975, *La formación intelectual de los navarros en la Edad Media (1122-1500)*, en *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, t. 10, Zaragoza, pp. 143-310.
- 1997, *Colección diplomática de la catedral de Pamplona. Tomo I (829-1243)*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- 2001, en *Lingua Navarrorum 1167*, Pamplona, Mintzoa, pp. 1-4: «Traducción literal del Documento Lingua navarrorum»; pp. 9-15: «Estudio».
- GORROCHATEGUI, J., 2004, *Las raíces lingüísticas de Navarra*, en *Vascuence y romance, cit. infra*, pp. 105-122.
- Gran Enciclopedia Aragonesa*, 1980-1982, 12 vols., Zaragoza, más los apéndices que se van añadiendo.
- IRIGARAY, A., 1935, «Documentos sobre la geografía lingüística de Navarra», *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, 26, pp. 601-623.
- 1982, «El euskera en la comarca de Gallipienzo (s. XVII)», *Fontes Linguae Vasconum*, 24, pp. 493-495. El tema de este artículo lo reelaboró y amplió Jimeno Jurío, 1992.
- IRIGOYEN, A., 1981, *Sobre el topónimo Gasteiz y su entorno antroponímico*, Bilbao, edición del autor.
- 1986, *En torno a la toponimia vasca y circumpirenaica*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- JIMENO JURÍO, J. M.<sup>a</sup>, 1973, «El libro del Patronato de Santa María de Sangüesa (1300-1501)», *Príncipe de Viana*, 34, pp. 233-307.
- 1992, «El vascuence en Gallipienzo y la Val de Aibar (1571)», *Fontes Linguae Vasconum*, 24, pp. 271-275. Reeditado en *idem*, *Retroceso del euskera en Navarra*, Pamplona, Pamiela, 2004, pp. 19-24.
- 1993, «Salazar/Almiradío. Muga lingüística (1605)», *Fontes Linguae Vasconum*, 25 pp. 235-252. Reeditado en *idem*, *Retroceso del euskera en Navarra*, Pamplona, Pamiela, 2004, pp. 69-90.
- 1995, *Historia de Pamplona y sus lenguas*, Tafalla, Txalaparta.
- 1997, *Navarra. Historia del euskera*, Tafalla, Txalaparta.
- 2004, *Las lenguas escritas y habladas en Pamplona*, en *Vascuence y romance, cit. infra*, pp. 175-195. Publicado antes, al menos sustancialmente y con el mismo título, en *Fontes Linguae Vasconum*, 27, 1995, pp. 51-68.
- LABEAGA, J. C., 2006, *Sangüesa y San Francisco Javier. Culto, arte y tradición*, en *San Francisco Xabier desde sus tierras de Navarra*, Sangüesa, Grupo Cultural Enrique II de Albret, pp. 5-91.
- LACARRA, J. M.<sup>a</sup>, 1944, «El primer románico en Navarra. La Iglesia de San Salvador de Leire. Notas documentales», *Príncipe de Viana*, 5, pp. 223-243. Reproducido en *En el centenario de José María Lacarra (1907-2007). [1] Trabajos publicados entre 1927 y 1944*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007, pp. 389-404.

- 1972, *Historia política del Reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, 3 vols., Pamplona, Aranzadi, 1972-1973.
- LAPESA, R., 1968, *Historia de la lengua española*, Madrid, Escelicer, 7.<sup>a</sup> ed.
- 1980, *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 8.<sup>a</sup> ed.
- 2004, *Léxico hispánico primitivo (siglos VIII al XII)*, proyectado y dirigido inicialmente por Ramón Menéndez Pidal, redactado por R. Lapesa con la colaboración de C. García, Madrid, Espasa.
- LECUONA, M., 1933, «El euskera en Navarra a fines del siglo XVI», *Revue Internationale des Etudes Basques*, 24, pp. 365-374. Reimpreso en la obra colectiva *Geografía histórica de la lengua vasca*, t. I, «Colección Auñamendi», 13, Zarauz, Icharopena, 1960, pp. 126-137. Lo citaré por la edición original.
- LÓPEZ DE ABERASTURI, A. y PÉREZ SIMÓN, F., 2007, *Javier. El Castillo redescubierto*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- LÓPEZ AGUERRI, J. A. et al., 2011, *Undués de Lerda. Entre reyes, señores y abades*, «Cuadernos de Aragón», 46, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- MADOZ, P., 1846, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, 16 vols., Madrid, 1846-1850.
- MARTÍN DUQUE, Á., 1999a, *El reino de Pamplona*, en *Historia de España Menéndez Pidal*, VIII/2, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 39-266.
- 1999b, «Imagen histórica medieval de Navarra. Un bosquejo», *Príncipe de Viana*, 60, pp. 401-458.
- 2002, «Imagen histórica medieval de Navarra. Un bosquejo», *Príncipe de Viana*, 63, pp. 957-1008. Es una reedición del artículo anterior en un número de la revista dedicado a una «Selección de la obra de Ángel J. Martín Duque».
- MARTINENA, J. J., 2008, *Navarra. Castillos, torres y palacios*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- MARURI, D., 2006, *El Museo Xaveriano de Javier y su Castillo*, en *San Francisco Xavier desde sus tierras de Navarra*, Sangüesa, Grupo Cultural Enrique II de Albret, pp. 255-371.
- MENÉNDEZ PIDAL, R., 1918, «Sobre las vocales ibéricas *ç* y *ç* en los nombres toponímicos», *Revista de Filología Española*, 5, pp. 225-255. Reproducido con correcciones y una nota final en Menéndez Pidal, 1968, pp. 7-48.
- 1941, *Manual de gramática histórica española*, Madrid, Espasa-Calpe, 6.<sup>a</sup> ed., corregida y aumentada.
- 1948, «Javier-Chabbarri, dos dialectos ibéricos», *Emerita*, 16, pp. 1-13. Reeditado con algún retoque en Menéndez Pidal, 1968, pp. 233-250.
- 1950, *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, Madrid, Espasa-Calpe, 3.<sup>a</sup> ed., muy corregida y adicionada.
- 1968, *Toponimia prerrománica hispana*, Madrid, Gredos. Incluye los artículos de 1918 y 1948, modificados, sobre todo el primero.
- MEZQUÍRIZ IRUJO, M.<sup>a</sup> Á., 2007, «La aculturación romana de los vascones», *Veleia*, 24-25, 2007-2008, pp. 963-976.
- 2009, *Andelo, ciudad romana*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- MICHELENA, L., 1973, *Apellidos vascos*, San Sebastián, Txertoa, 3.<sup>a</sup> ed.
- 1977, *La lengua vasca*, Durango, Leopoldo Zugaza.
- 1987, *Palabras y textos*, Vitoria, Universidad del País Vasco.
- Mon. Xav.* = *Monumenta Xaveriana, ex autographis vel ex antiquioribus exemplis collecta*, 2 vols., «Monumenta Historica Societatis Iesu», [16], [43] (Matriti, 1899-1900 y 1912).
- MORENO ESCRIBANO, J., [S. J.], 1969, *Archivo Heráldico S. I. Volumen primero* [y único]: *Javier*, Sevilla, Editorial Católica Española.
- MORET, J. DE, [S. J.], 1665, *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reyno de Navarra* (En Pamplona, Por Gaspar Martínez Impressor del Reyno de Nauarra).



- 1684, *Annales del Reyno de Navarra*, t. I (En Pamplona: En la Imprenta de Martin Gregorio de Zabàla, Impressor del Reyno. Año M. DC. LXXXIV).
- 1988, *Anales del Reino de Navarra*, edición anotada e índices, dirigida por S. Herberos Lopetegui, 5 vols., Pamplona, Gobierno de Navarra, 1988-1997.
- NAVALLAS, J. y LABEAGA, J. C., 2006, «El Estudio de Gramática de Sangüesa (1241-1834)», *Zangotzarra*, 10, pp. 9-157.
- Nomenclátor 1990 = *Nomenclátor euskérico de la población de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- Nomenclátor 2009 = *Nomenclátor de Navarra al 1-1-2009*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- ORELLA, J. L., 2002, «La familia y la patria de Francisco Xavier», *Anuario del Instituto Ignacio de Loyola*, 9, pp. 109-165.
- RECONDO, J. M.<sup>a</sup>, [S. J.], 1957, «El castillo de Javier. Ensayo arqueológico», *Príncipe de Viana*, 18, pp. 261-417.
- 1961, «La lengua vernácula de san Francisco Javier», *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, 17, pp. 119-144.
- 1976, *Castillo de Xavier*, Barcelona, Escudo de Oro. A pesar del mismo título, es una guía muy distinta de la de 1988b.
- 1988a, *San Francisco Javier. Vida y obra*, col. «BAC Maior», 32, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- 1988b, *Castillo de Xavier*, Barcelona, Escudo de Oro. A pesar del mismo título, es una guía muy distinta de la de 1976.
- 2001, *La lengua vasca de san Francisco Javier o cuarenta años de obsesión*, Bilbao, Grafite.
- 2005, *Leyre y Javier*, en *Leyre, cuna y corazón del Reino. Cincuenta años de la restauración del monasterio (1954-2004)*, Yesa, Abadía de San Salvador de Leyre, pp. 223-237.
- SALABERRI, P., 2004, *Sobre la frontera lingüística vasco-romance en la zona de Ujué*, en *Vascuence y romance*, cit. infra, pp. 95-104.
- SCHURHAMMER, G., [S. J.], 1947, «San Francisco Javier y Navarra», *Príncipe de Viana*, 8, pp. 469-477.
- 1992, *Francisco Javier. Su vida y su tiempo*, 4 vols., Pamplona, Gobierno de Navarra. El original alemán se publicó en 1955-1973.
- TORQUEMADA, A. DE, 1970, *Manual de escribientes*, edición de M.<sup>a</sup> Josefa C. [Canelada] de Zamora y A. Zamora Vicente, Madrid, Real Academia Española.
- UBIETO, A., 1953, «Las fronteras de Navarra», *Príncipe de Viana*, 14, pp. 61-96, y 15 mapas desplegados.
- 1960, «La fijación de la frontera navarro-aragonesa (siglos XI-XII)», *Príncipe de Viana*, 21, pp. 195-207.
- URIARTE, J. DE, [S. J.], 1902, «Javier. Etimología y significación de este apellido», *Razón y Fe*, 4, pp. 505-515.
- Los vascones*, 2009, en J. Andreu Pintado (ed.), *Los vascones en las fuentes antiguas. En torno a una etnia de la Antigüedad peninsular*, Universitat de Barcelona.
- Vascuence y romance: Ebro-Garona, un espacio de comunicación*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- VÁZQUEZ OBRADOR, J., 2001, «Reflexiones acerca de la normalización toponímica en la provincia de Huesca», *Alazet*, 13, pp. 145-162.
- VERD, G. M., 1974, «Íñigo, Íñiguez, Huéñega. Historia y morfología», *Miscelánea Comillas*, 32, pp. 5-61, 207-293.
- YANGUAS Y MIRANDA, J. 1964, *Diccionario de antigüedades del Reino de Navarra*, 3 vols., Pamplona, Príncipe de Viana. Edición original en 4 vols.: Pamplona, 1840-1843.
- ZAMORA VICENTE, V., 1970, *Dialectología española*, Madrid, Gredos, 2.<sup>a</sup> ed., reimpr.

## RESUMEN

*El topónimo y la lengua del castillo de Javier*

Este estudio consta de dos partes. En la primera se examina el topónimo Javier y en la segunda la lengua que se hablaba en el castillo y la villa de Javier desde la Antigüedad hasta el nacimiento de san Francisco Javier. Las dos partes están relacionadas entre sí, pues la lengua que se hablaba desde los tiempos prerromanos, durante la colonización romana, en tiempos visigodos y en la Edad Media influyó en la forma y la evolución del topónimo. Por otro lado, Javier estuvo en relación con la parte pirenaica y aragonesa desde el punto de vista de la lengua, perteneciendo al mismo dominio lingüístico. Tanto en las formas ibéricas o prerromanas o del vascuence primitivo, como en el romance navarro-aragonés. En ambos casos Javier pertenecía a la forma oriental del protovasco y del romance. Ello explica que su étimo no estuviera compuesto de «eche» y «barri» (formas occidentales del vascuence) sino de «exa» y «berri» (sus formas orientales), o sea, que no procede de Echevarri sino de Exaverri, forma que está también en la base del nombre de los diversos pueblos llamados Javierre de Aragón. Javier también fue romanizado bajo el influjo del romance aragonés. En la segunda parte se estudia la romanización de Navarra y, en particular, de su zona colindante con Aragón, zona en la que está situado el castillo de Javier. Por fin, cuando nació san Francisco Javier, la lengua hablada en la zona del castillo era ya el castellano.

**Palabras clave:** Javier (topónimo); Xabier (topónimo); Javierre (topónimo); castillo de Javier; Undués de Lerda; romanización de Navarra; lenguas prerromanas de Navarra; lenguas romances de Navarra; romance navarro; romance aragonés; vascuence; san Francisco Javier.

## ABSTRACT

*The toponym and the language of the castle of Javier*

This article consists of two parts: the first examines the place name, the toponym, of Javier; and the second, the languages spoken in the town and at the castle from antiquity to the birth of St. Francis Xavier. The two parts are, of course, interrelated: the language spoken in the region as it changed through the pre-Roman, Roman, Visigothic, and Medieval periods, influenced the place name. Linguistically Javier is principally related to the region of the Pyrenees and Aragon from the Iberian (or pre-Roman) language through old Basque to the Romance language of Navarre and Aragon. Throughout Javier belonged to the eastern branch of proto-Basque and Romance languages. Etymologically Javier is not a compound of «eche» and «barri», from western Basque, but of «exa» and «berri», from eastern Basque. In other words, Javier comes not from Echevarri, but from Exaverri, the same word from which the name of Javierre in Aragon is derived. The Romance language as spoken in Aragon determined the name Javier. The second part of the article examines the initial romanization of Navarre, especially the region bordering on Aragon, the area in which the castle of Javier is situated. Finally, by the time of the birth of St. Francis Xavier, the language spoken in the castle was Castilian.

**Keywords:** Javier (toponym); Xabier (toponym); Javierre (toponym); castle of Javier; Undués de Lerda; Romanisation of Navarre; pre-Roman languages of Navarre; Romance languages of Navarre; Romance Navarrese; Romance Aragonese; Basque; St. Francis Xavier.